

Ciudades en la Historia

Juan Eslava Galán

ROMA

de los Césares



Lectulandia

Ésta es una fascinante excursión a la Ciudad Eterna en el tiempo de los Césares, cuando el Imperio Romano abarcaba el mundo conocido.

Con rigor histórico, pero también con humor e ironía, el autor nos introduce en el ambiente vivo y colorista de la ciudad refinada y bruta, cosmopolita y excéntrica. Deambulando sobre este vigoroso y descarnado mosaico, conoceremos los abigarrados foros, las escandalosas casas de vecinos, la promiscua sociedad de los baños y letrinas públicas, las costumbres sexuales, los ritos de la muerte, el comercio de esclavos, la magia, los terribles suplicios, los juegos de azar, las carreras de circo, los banquetes, las luchas entre gladiadores...

Estas páginas invitan a pasear hoy por la ciudad que eclipsó al resto del mundo, la ciudad cuyo brillo cegador dejó un reflejo perenne que todavía ilumina nuestra cultura occidental.

Lectulandia

Juan Eslava Galán

Roma de los Césares

ePUB v1.0

Crubiera 01.03.13

más libros en lectulandia.com

Título original: *Roma de los Césares*
Juan Eslava Galán, 1988.

Editor original: Crubiera (v1.0)
ePub base v2.1

La Roma de los Césares

Este libro nos propone una fascinante excursión a la Roma de los Césares cuando su Imperio abarcaba casi todo el mundo conocido. Combinando deliciosamente el rigor histórico, la agilidad narrativa y el humor, Juan Eslava reconstruye las costumbres de Roma en el ambiente vivo, y a veces irrespirable, de aquella ciudad refinada y brutal que era compendio de todas las razas y culturas del orbe. De su mano nos internamos en los diversos ambientes de la urbe para captar, con regocijada sorpresa y a veces con un punto de aprensión, los pintorescos detalles de su vida cotidiana.

Los abigarrados foros, las escandalosas casas de vecinos, la amable y promiscua sociedad de los baños y letrinas públicas, el institucionalizado intercambio de esposas entre las clases pudientes, las curiosas costumbres sexuales, los impresionantes ritos de la muerte, el comercio de esclavos, los terribles suplicios, las ceremonias religiosas, la magia, la superstición, la trepidante vida nocturna, los refinamientos gastronómicos, la etiqueta de los banquetes, el turismo, los juegos de azar, las carreras de circo y los sangrientos espectáculos del anfiteatro; el mundo sórdido, pero también heroico, de los gladiadores y de los que se ganaban la vida luchando contra las fieras...

Sobre este fondo colorista contemplamos, en vigoroso y descarnado mosaico, una galería de célebres personajes, como Julio César, Augusto, la seductora Cleopatra, la depravada Mesalina y la dinastía imperial que se hizo famosa por sus vicios y crueldades: Tiberio, Calígula y Nerón.

Ésta es una colección de retratos de ciudades en sus momentos más brillantes, curiosos y significativos.

Su ambiente, su vida cotidiana, sus personajes, sus mitos y anécdotas, la configuración urbana y sus características, el arte y la literatura, los restos más importantes de la época que aún se conservan y que pueden ser objeto de una especie de itinerario turístico, cultural o nostálgico, todo lo que contribuyó a hacer la leyenda y la historia de una ciudad en el período de mayor fama, se recoge en estas páginas de evocación del pasado.

Grandes escritores que se sienten particularmente identificados con la atmósfera y el hechizo de estas ciudades de ayer y de hoy resumen para el lector contemporáneo lo que fue la vida, la belleza y a menudo el drama de cada uno de estos momentos estelares de la historia que se encarnan en un nombre de infinitas resonancias.

Una copiosísima ilustración de planos y mapas, grabados antiguos, reproducciones de obras de arte, fotografías y caricaturas completan admirablemente

los textos de los autores.

Siendo mucho más que una simple guía turística y algo muy diferente de un libro de historia en su acepción usual, «Ciudades en la Historia» presenta un panorama ameno y muy bien documentado de lo más profundo, interesante y vistoso que cada ciudad, en su momento de máximo esplendor o de mayor singularidad histórica, puede ofrecernos.

El original en tinta aparece profusamente ilustrado con figuras, fotografías, grabados, etc., estrechamente relacionados con el texto que, hemos omitido.

«A mis padres.
Y a Diana y María, sus nietas romanas»

Un español te lleva de su mano y te repite, oh caminante, en vano: Si entras en
Roma no saldrás de Roma.

Rafael Alberti.

Capítulo 1

Los gemelos que amamantó la loba

Los romanos, que tan orgullosos estaban de su ciudad, conocían, desde niños, esta leyenda: Érase una vez la diosa del amor, Venus, que se enamoró de un mortal, el noble troyano Anquises, y concibió de él un hijo, Eneas. Cuando la ciudad de Troya fue conquistada y destruida por los griegos, Eneas escapó de la matanza y se hizo a la mar con un puñado de fugitivos en busca de otra tierra donde establecerse. Después de diversas aventuras y fracasos, desembarcaron en Italia, cerca del río Tíber, en los dominios del rey Latino, que era descendiente del dios Saturno. Este Latino concedió a Eneas la mano de su bella hija, la princesa Lavinia.

Un hijo de la feliz pareja, Ascanio, fundaría, años más tarde, la ciudad de Alba Longa e inauguraría la prestigiosa dinastía que habría de reinar en ella durante muchas generaciones.

Siglos pasaron y uno de los descendientes de Ascanio, el rey Numitor, fue destronado y expulsado de Alba Longa por su taimado hermano Amulio. Además, el usurpador obligó a su sobrina, la bella Rea Silvia, a consagrarse a la diosa Vesta, lo que es tanto como decir que la metió en un convento de clausura para que no pudiera tener hijos que propagaran la simiente del destronado Numitor.

Pero Marte, el dios de la guerra, se prendó de la bella muchacha y la empuñó. Rea Silvia dio a luz dos hermanos gemelos a los que puso por nombres Rómulo y Remo. Cuando el malvado Amulio tuvo noticias del parto decidió desembarazarse de las criaturas y ordenó que las arrojaran al Tíber, pero la criada encargada de cumplir tan cruel sentencia se apiadó de los niños y los depositó en una cestilla de mimbre que, discurriendo río abajo, fue a encallar entre las raíces de una providencial higuera que crecía al pie mismo del monte Palatino.

Una loba, a la que los cazadores habían matado su reciente camada, percibió el llanto de los pequeñuelos y, colocándose encima de ellos, permitió que mamasen de sus doloridas ubres.

Luego, con maternal instinto, los crió y ellos crecieron robustos y lobunos hasta que se hicieron hombres.

Pasaron los años y Rómulo y Remo, con las vueltas del tiempo, vinieron a saber la historia de su origen. Entonces fueron a Alba Longa, mataron al usurpador Amulio y restituyeron a su anciano abuelo Numitor en el trono de la ciudad. Cumplida esta

justicia, regresaron a los parajes donde los había criado la loba y fundaron allí la ciudad de Roma. Y ahora viene la parte más dramática de la leyenda: en el curso de una ceremonia sagrada, Rómulo dibujó, en torno al escarpe del Palatino, el surco cuadrangular sobre el que había de elevarse el muro de la nueva ciudad. Pero Remo, celoso, deshizo de una patada la señal de tierra. Este sacrilegio le costó la vida porque el severo fundador le hundió el cráneo con su azada. Sobre tan terrible sacrificio propiciatorio, vertida la sangre de Venus y Marte, amor y guerra, Roma quedaba consagrada.

Hasta aquí la leyenda, pero la historia es mucho más prosaica y menos atractiva. Hacia el año 750 antes de Cristo, algunas familias de campesinos se establecieron cerca de la orilla izquierda del Tíber y construyeron sus modestas chozas de barro en la ladera de la colina Palatina. Desde aquella defendida posición dominaban sus campos de cultivo y el humilde embarcadero del río. El lugar era insalubre, pues la cercanía de pantanos favorecía el paludismo, pero tenía la ventaja de estar al resguardo de piratas y saqueadores puesto que el mar quedaba a casi una jornada de camino. Otra ventaja, que se haría evidente con el tiempo, fue su estratégica posición: en el centro de la península itálica, que era el centro del Mediterráneo, centro a su vez del mundo conocido. Los pobladores de los alrededores del Palatino se federaron en una liga, Septimontium, dominada por la tribu Sabina, a la que los latinos, menos poderosos, se sometían. Esta liga se enfrentó a la ciudad de Alba Longa y la destruyó, pero el esfuerzo militar la dejó tan debilitada que fue a su vez fácilmente dominada por los etruscos, otra tribu foránea. Bajo la hegemonía de los etruscos, las distintas poblaciones diseminadas por las siete colinas comienzan a vertebrarse en la forma de una ciudad con espacios comunales, la ciudad del río («rumon») o Roma.

Cuando el poder etrusco entró en crisis, los sometidos latinos se revelaron, obtuvieron su independencia y proclamaron la república. Desde estos humildes orígenes, los romanos fueron progresando lenta pero incesantemente. Dos siglos después ya se habían impuesto a las otras ciudades del entorno; pasados otros doscientos años eran amos de toda la bota italiana. Finalmente, prosiguiendo su imparable ascensión, dominaron las tierras ribereñas del Mediterráneo (al que ellos llamaban «mare nostrum», «nuestro mar»), la Europa atlántica y Oriente Medio hasta Persia. La Roma imperial, capital del estado universal, rectora del mundo conocido, la reina de las ciudades y señora del mundo, como la llama Cervantes, llegaría a contar, en la época de su mayor desarrollo, en el siglo II, un millón doscientos mil habitantes. Ésa es la Roma en la que ya, sin más dilaciones, vamos a penetrar.

Capítulo 2

Una república de Patricios

Durante cuatro siglos, Roma se gobernó por un régimen seudodemocrático basado en una serie de costumbres ancestrales («mos maiorum») que fueron quedando cada vez más desfasadas.

Teóricamente la paz social quedaba garantizada por el equilibrio de dos instituciones que representaban, respectivamente, al pueblo y a la aristocracia: los Comicios, o asamblea popular, que elegía cada año al gobierno; y el Senado, o parlamento vitalicio, en manos de la aristocracia, que ratificaba tal elección. El conjunto del poder político se expresaba por la conocida fórmula: *Senatus Populus Que Romanus*, o SPQR.

En la práctica, todo el poder se concentraba en manos de la aristocracia senatorial. Los doscientos cincuenta mil votantes se dividían en cinco clases, con arreglo a un baremo establecido sobre el patrimonio personal de cada uno. Los que nada poseían, la masa obrera, ni siquiera constituían clase. Eran «*infra classem*» o «*proletarii*», curiosa palabra que significa «que sólo poseen a sus hijos». Éstos se libraban del servicio militar, un honor reservado a los ciudadanos con derecho a voto. La clase superior, más rica que las otras, realizaba este servicio a caballo y, por lo tanto, sus integrantes constituían el grupo de los caballeros o «*equites*» que con el tiempo iría acaparando la actividad económica de la ciudad. Frente a los «*equites*» destaca, en creciente oposición, la aristocracia («*nobilitas*», descendientes de algún alto cargo), que detenta el poder político a través de un Senado defensor de sus intereses de clase.

La unidad de voto romana no se basaba en el principio «un hombre, un voto» que, aunque nos parezca fundamental, es, sin embargo, innovación relativamente moderna, sino en el voto colectivo de un grupo (fuera *curia* o *tribu* o *centuria*, dependiendo del tipo de votación). Este curioso sistema garantizaba el triunfo de la oligarquía senatorial en todas las votaciones. En las llamadas *centurias*, una minoría de millonarios constituye la mayoría efectiva puesto que ocupan noventa y ocho unidades de voto de un total de ciento noventa y tres. Y, si la votación es por *tribus*, continúan predominando puesto que están distribuidos en veintisiete *tribus* rurales, mientras que la plebe urbana se concentra en sólo cuatro. Por lo tanto, el margen de participación real del pueblo era más bien escaso, por no decir ridículo.

Como es de esperar, el gobierno resulta elegido entre la aristocracia de la ciudad.

Sus integrantes han de progresar en la carrera política, obligatoriamente, de acuerdo con un escalafón («cursus honorum»), que integra los siguientes cargos: «cuestores» o encargados de hacienda, tesorería y pagos. Al principio eran sólo dos, pero este número fue aumentando, según la creciente complejidad de la máquina estatal lo requería, hasta alcanzar los cuarenta en época de César; «ediles», o concejales municipales. Normalmente había cuatro «pretore», que cumplen las funciones del ministerio de justicia y del interior. En ausencia del cónsul lo sustituyen. Al principio sólo hubo uno, pero en la época de César eran ya dieciséis; «cónsules», que vienen a ser presidentes del gobierno con poderes casi absolutos pero compartidos, puesto que son dos. Presiden el Senado y los comicios y capitanean el ejército. El año romano recibe el nombre de sus dos cónsules; «censores», que son antiguos cónsules encargados de elaborar el censo de los ciudadanos actualizando su clasificación por clases según la fortuna de cada individuo. También nombran a los nuevos senadores, entre las personas de prestigio, y vigilan las costumbres de la población. Se eligen para cinco años.

Los cargos gubernativos más bajos (cuestores y ediles) tienen «potestas», es decir, poder administrativo; los más altos (pretore y cónsules) tienen «imperium», que es poder de vida y muerte, de carácter sagrado.

Cuando están ejerciendo su cargo van precedidos y escoltados por un número variable de soldados («lictore») que portan al hombro las «fasces», varas de azotar, atadas en un haz, símbolo del poder coactivo que otorga el cargo. Cuando están fuera de la ciudad, y por lo tanto de la jurisdicción del pueblo, añaden a las varas un hacha de verdugo («securis») cuyo hierro sobresale del haz. Mussolini, que soñaba con emular la pretérita gloria de Roma, adoptó las «fasces» como símbolo de su partido «fascista».

Al margen de los cargos descritos, y fuera ya del «cursus honorum», existían los diez tribunos de la plebe que representaban, teóricamente, «una revolución insitucionalizada». Estos tribunos, elegidos entre los plebeyos, tenían derecho de veto contra todos los cargos con «imperium». Además, eran inviolables: el que les ponía la mano encima quedaba solemnemente excomulgado («sacer»). En la práctica no siempre fueron efectivos en la defensa de los derechos del pueblo, puesto que el voto de uno solo de ellos podía invalidar el de los otros nueve.

Finalmente, y sólo en circunstancias excepcionales, el Senado podía proponer a un dictador para que salvara a la patria. En este caso, automáticamente quedaba en suspenso la autoridad de todos los demás cargos, a excepción de los tribunos de la plebe.

El dictador disfrutaba de plenos poderes durante seis meses.

El sistema electoral romano tenía, además de las expuestas, otras pintorescas limitaciones. Solamente se podía votar en Roma, no existía el voto por correo (que

Augusto intentaría introducir, sin resultados). Por lo tanto, de la numerosa población que habita fuera de la ciudad, sólo los ricos se pueden permitir el lujo de acudir a las urnas cada vez que se anuncian votaciones: ¡unas veinte veces al año! Además, puede ocurrir que los taimados aristócratas recurran a tácticas dilatorias para que sus adversarios políticos venidos del campo se vean obligados a regresar a sus hogares sin haber votado, por miedo a perder las cosechas. Por otra parte, el mecanismo del sistema está ideado para favorecer descaradamente las tendencias conservadoras en detrimento de las liberales. La mitad de las unidades de voto, las mentadas centurias, han de estar integradas por «seniores» o ciudadanos mayores de 45 años, lo que perjudica al mayor número de «juniores», que ha de resignarse con la otra mitad. Por si esto fuera poco, en caso de empate tienen preferencia los casados y, entre ellos, los que tengan hijos.

Asistamos, aunque sólo sea por curiosidad, a una votación. El día elegido, que debe ser auspicioso, se iza una bandera roja en el Capitolio y se convoca a los votantes a toque de corneta («classicum»). Este día señalado ha venido precedido, como es natural, por un periodo de veinticuatro días de propaganda electoral, presentación de candidatos, confección de listas y actuación de muñidores y comparsas.

Primero, el aspirante se presenta a los magistrados y, en caso de que cumpla los requisitos (ya se sabe, la experiencia previa requerida por el «cursus honorum»), es inscrito como «petitor». Estos candidatos («candidati», así denominados porque se lucen con una toga blanqueada con tiza) comienzan su gira electoral («ambitus», de donde, tome nota el lector, procede la palabra «ambición») por plazas, mercados de abastos, paseos y demás lugares de concurrencia, donde hablan con todo el mundo y se fingen interesados en los problemas del procomún, a la caza del voto. Entre el obligado séquito que los acompaña a todas partes figura un memorioso sujeto, «el nomenclator», cuyo oficio consiste en conocer por su nombre y apodo a todos los posibles votantes e írselos apuntando al candidato para que pueda saludar a cada cual familiarmente.

Luego está el equipo de promoción de imagen que incluye parientes, amigos y correligionarios. Es importante cuidar este equipo. «Que todos los estamentos — aconseja un texto de la época—, que todas las categorías y todas las edades estén representadas... considera desde ese punto de vista tres clases de personas: las que acuden a saludarte a casa, las que te acompañan a la plaza pública y las que van contigo a todas partes...». Es muy normal utilizar a gente joven, más idealista y sacrificada, en la campaña electoral: «¡Qué celo admirable el de los jóvenes! — exclama otro texto—. Ya sea para hacer propaganda, para visitar al elector, para hacer recados, par figurar en tu cortejo, ¡qué actividad!». En el equipo deben figurar algunos eficientes amanuenses, porque es necesario despachar desesperadas cartas a

posibles votantes ausentes instándolos a que vengan a Roma a votar: «Necesito que vengas inmediatamente —escribe el candidato Cicerón a su amigo Attico—; es seguro que algunos nobles amigos tuyos se van a oponer a mi elección. Trata de venir a Roma».

Los mítines («contiones») están a la orden del día, así como la compra de votos por medio de los «divisores».

Se divulgan eslóganes políticos: «Vota a Fulano, el más honrado» o «el más virtuoso», o «el más honesto».

Otras calificaciones: «hombre de pro», «muy religioso», «ya conocéis su rectitud», «organizará espectáculos».

A veces unas siglas siguen al nombre del candidato: D. R. P., es decir, «digno de cargos públicos». Las valas publicitarias están muy solicitadas. A falta de mejores medios, se realizan sobre la pared previamente cedida por el dueño de la casa. Tales pintadas electorales son ejecutadas en serie por un equipo que integra a un blanqueador, que prepara la pared; un rotulador, que escribe el texto usando mayúsculas rojas o negras de hasta treinta centímetros de altura, y dos ayudantes que portan la luz y los trebejos.

En Pompeya se ha encontrado el siguiente anuncio: «Votad a Aulo Vettio Firmo para edil. Os lo solicitan Fusco y Vaccula». Con este tipo de murales se ganaban la vida muchos artistas, algunas de cuyas obras, imitando nobles inscripciones en piedra, merecerían figurar en un museo.

Es una lástima que los del partido rival acostumbrasen estropear estos carteles con sus pintadas (por lo que, a veces, se añadía debajo, en letras más pequeñas, alguna maldición: «Que la enfermedad se lleve al que lo borre»). Algunas pintadas nos hacen sonreír: «Los borrachos noctámbulos solicitan tu voto para su compadre Fulano» (aquí el nombre del político al que se pretende desacreditar). «Lo apoya la cofradía de los dormilones; Lo apoyan sus amigos chorizos; Lo apoyan los esclavos fugados». Otras resultan filosóficas: ¡«Cuántas mentiras alimenta la ambición»! Las hay, finalmente, que son como dardos envenenados. En otro muro pompeyano, debajo del mural que solicita el voto para un tal Cayo Julio Polibio, sus adversarios han añadido: «Cuculla y Zmyrina» —dos conocidas prostitutas del barrio— «declaran amar y apoyar a Polibio».

¿Qué prometían al electorado los políticos romanos? Los asesores de campaña aconsejaban un programa ecléctico: «Que el Senado crea que vas a defender su autoridad; que los "equites", la gente honorable y los ricos encuentren en ti la defensa de su reposo y de su paz, y que la plebe estime que no vas a oponerte a sus intereses». ¿A quiénes conviene halagar, hechizar, conquistar con el encanto personal?: «A las gentes del campo y de los pueblos les basta con que nos sepamos su nombre para creerse que son amigos nuestros... los candidatos en general y tus adversarios en

particular descuidan a esas gentes... pero será mejor que consigas que vean en ti más que a un buen nomenclator, a un verdadero amigo...». «No descuides los banquetes que has de organizar en tu casa o en las de tus amigos e invita a gente de todos los barrios, procurando que estén representadas todas las tribus».

Bien, hemos visto la bandera, hemos oído la trompeta y, como buenos ciudadanos con derecho a voto, hemos acudido al lugar de los comicios. En la explanada del Campo de Marte, a las afueras de la ciudad, se han ido reuniendo los que van a votar y a la orden de un magistrado que dice «dispersaos, romanos» («discedite quirites») nos hemos ido agrupando por centurias. Las de los ricos, que votan los primeros, se han puesto previamente de acuerdo sobre la lista de cargos que quieren sacar. El secretario («centurio») organiza el acto auxiliado por un administrativo («rogator») que va pasando lista para que cada cual emita su voto. En los primeros tiempos el voto era oral, pero desde 139 a. de C. se escribe. En obsequio a la mayoría analfabeta sólo hay que tachar una letra en la papeleta («tabella»). Si se trata de un juicio las letras son L («libero», es decir, declaro libre), o D («damno», condeno). A veces A de «absolvo» o C de «condemno». Si se trata de una proposición de ley se pone V («voti rogas», que sea como pides), o A («antiquo», que sigan las cosas como antes). Cuando el «centurio» ha identificado al votante lo deja pasar con su tablilla a un alto y estrecho escaño de madera («ponte»), donde, bien a la vista de todos, está la urna («cista»), custodiada por varios circunspectos «custodes». Con este lentísimo sistema no es de extrañar que el escrutinio durase cinco o seis horas. En realidad cuando las centurias de los ricos, que votaban primero, habían obtenido la previsible mayoría, la votación se interrumpía y los pobres se quedaban sin votar. También se suspendía si a alguien le daba un ataque de epilepsia, el llamado «mal comicial», que era aviso de los dioses. En algunas ciudades también se dieron casos de suspensión, aplazamiento o anulación por causas más terrenales: garrotazo a la urna, palizas a candidatos, falsificación de papeletas o manipulación del recuento, voto de gente no censada y un largo etcétera. De donde se deduce que el pucherazo electoral no es cosa de ahora o, por decirlo a la romana, «nihil novum sub sole».

Nos sorprende la modernidad de la estrategia electoral romana, producto, sin duda, de una larga evolución.

Durante siglos la estuvieron practicando aunque, como hemos visto, nunca alcanzaron un gobierno democrático en el moderno e igualitario sentido del término. Durante siglos, también, aquella república gobernada por una aristocracia inmovilista hizo la guerra a todos los pueblos y países de su entorno. En el siglo III a. de C.

Roma había sojuzgado a toda la península Itálica. Después amplió sus intereses a los territorios de ultramar y se enfrentó a la poderosa Cartago por el dominio del Mediterráneo.

Romanos y cartagineses lucharon en tres guerras. Durante la segunda, la situación

de Roma llegó a ser angustiosa con el victorioso caudillo enemigo, Aníbal, a las puertas de la ciudad. No obstante, Roma resistió con heroica determinación y, años después, logró derrotar a su temible adversario. Con la definitiva destrucción de Cartago (147 a. de C.) Roma quedó dueña del Mediterráneo e inició su expansión territorial por Europa, Oriente Medio y el Norte de África. Las inmensas riquezas de estos territorios enriquecieron a la aristocracia senatorial, que se distribuía los cargos y prebendas, y a los «equites», que canalizaban el activo comercio, pero, al propio tiempo, la devastadora competencia de la mano de obra esclava terminó arruinando al pequeño campesino y al artesano y los convirtió en parásitos improductivos cuya única salida consistía en hacer fortuna en el ejército.

Estos cambios económicos provocaron, a lo largo del periodo republicano, fuertes tensiones sociales entre los tres grupos predominantes: los cada vez más numerosos y empobrecidos plebeyos; la pujante plutocracia de los «equites», que demanda un mayor espacio político proporcional a su poderío económico; y la inmovilista aristocracia senatorial que se encastilla en sus antiguos privilegios y se resiste a ceder terreno.

Dos reformadores, los hermanos Gracos, tribunos de la plebe, intentaron obtener tierras para el pueblo por medio de una revolución pacífica, pero fueron asesinados. No obstante, la aristocracia hubo de transigir en que desde entonces el enriquecido Estado sobornara a la plebe con distribuciones de trigo a bajo precio o gratuitas («annona»). Esta práctica se institucionalizaría y contribuiría a la formación de una numerosa clase social parasitaria y embrutecida que vive de los subsidios estatales y se desentiende de las cuestiones del gobierno.

Capítulo 3

El ocaso de la república

Hacia el siglo I a. de C., el Senado se había convertido en una institución obsoleta y corrupta, incapaz de afrontar las nuevas necesidades que comportaba la administración de los inmensos territorios conquistados por Roma. Julio César daría finalmente al traste con la república y prepararía el retorno de Roma al autocrático régimen monárquico. César, aunque nacido en el seno de una antigua y prestigiosa familia senatorial, se inclinó políticamente por el partido del pueblo, que se oponía al corrupto Senado y propugnaba la evolución institucional y una mayor democratización de las estructuras del poder. El joven César apostó fuerte: primero se atrajo a la oprimida y descontenta plebe con espectáculos públicos, banquetes y dádivas que lo dejaron endeudado y al borde de la ruina; después marchó a Hispania, donde sofocó una rebelión de tribus indígenas y ganó —además de prestigio— las inmensas riquezas que necesitaba para saldar sus deudas y proseguir su brillante carrera política; finalmente regresó a Roma. Allí encontró a otro famoso general y ambicioso político, Pompeyo, que acababa de enemistarse con el Senado, y a un millonario, Craso, paradójicamente líder del partido del pueblo (en el que también militaban muchos adinerados «equites»). Este Craso, llamado el Rico («Crassus dives»), llegó a ser dueño de la mayor parte de los bienes raíces de Roma. Sus procedimientos combinaban el ingenio con la falta de escrúpulos. Había credo, por ejemplo, un cuerpo de bomberos propio y, cuando había un incendio en la ciudad, compraba a bajo precio los inmuebles amenazados y luego enviaba a sus hombres a extinguir el fuego. Pero sabía ganarse a la gente con préstamos y regalos y el pueblo lo apoyaba.

Pompeyo y Craso se estaban disputando la arena política. César consiguió reconciliarlos y constituyó con ellos una coalición electoral que Tito Livio denominaría «conspiración permanente»: el primer triunvirato.

Sumando la fuerza de sus aliados a la de sus muchos partidarios en Roma, César logró ser elegido cónsul para el año 59 a. de C. Pero, como los cónsules eran dos, teóricamente se veía obligado a compartir el poder con un compañero de ideología conservadora. En la práctica consiguió desplazarlo para gobernar de manera casi personal, después de anular a sus otros adversarios políticos de importancia: Cicerón, el famoso orador, y Catón.

Cuando expiró su periodo consular, César abandonó Roma y marchó a las Galias en busca de mayor gloria militar con la que cimentar su prestigio político. Consiguió plenamente sus objetivos: sometió a las tribus rebeldes de aquella rica provincia y conquistó para Roma nuevos y extensos territorios.

Estos fulgurantes éxitos despertaron la envidia de sus antiguos camaradas de triunvirato, Pompeyo y Craso, y el recelo de la aristocracia senatorial, que veía peligrar sus privilegios si César llevaba adelante los anhelos democratizadores del partido del pueblo.

Craso, deseoso por su parte de ganar gloria militar, fue a buscarla en la capitania de las legiones de Oriente, pero resultó ser un mediocre estratega y fue derrotado y muerto por los partos. Se cuenta que el rey de los partos, cuando le presentaron el cadáver de Craso, le hizo verter en la boca oro derretido, al tiempo que le decía: «¿No es esto lo que venías buscando desde siempre? Anda, hártate ahora».

Desaparecido Craso de la escena, era inevitable que Pompeyo y César acabaran enfrentándose. El Senado, corrigiendo pasados desprecios, ganó a Pompeyo para su causa, lo nombró cónsul único, es decir, dictador, y lo puso a la cabeza del partido senatorial. La maniobra fue un acierto político, pero luego la malograron con un tremendo error: subestimaron el poder de César en las Galias y lo conminaron a que licenciara su ejército y regresara a Roma. Al propio tiempo comenzaron a perseguir a los más destacados líderes del partido del pueblo. En vista del cariz que tomaban los acontecimientos, algunos correligionarios de César huyeron de Roma y fueron a unírsele a las Galias, entre ellos el tribuno de la plebe Marco Antonio, que era amigo y medio pariente suyo.

César calculó inteligentemente su jugada y nuevamente decidió la partida con pasmosa habilidad. Atravesó el fronterizo riachuelo Rubicón al frente de sus tropas e invadió el suelo italiano. Esto equivalía a declarar la guerra al Senado, es decir, a un golpe de estado en términos modernos. La guerra civil había comenzado.

El Senado confiaba poder oponerse a César por las armas, pues contaba con suficientes tropas bajo su mando y Pompeyo era, o había sido, un excelente general. Pero desde las victorias de Pompeyo en Asia había transcurrido mucho tiempo y la figura de César resultaba mucho más atractiva a una tropa que procedía mayoritariamente de las clases populares de Roma. Por tanto, comenzaron a desertar de las filas senatoriales para unirse a las de César. La desbandada general no tardó en producirse: el propio Pompeyo y los senadores más comprometidos huyeron, primero de Roma y después de Italia, dejando el campo libre a su poderoso adversario.

El partido senatorial reorganizó sus fuerzas en las provincias con lo que la guerra civil prendió en todos los dominios de Roma. Finalmente, César y Pompeyo se enfrentaron personalmente en la batalla de Farsalia (Grecia) en el 48 a. de C. A pesar de la aplastante superioridad numérica del ejército pompeyano, César venció y

Pompeyo hubo de huir nuevamente. Esta vez se refugió en Egipto, país satélite de Roma, donde contaba con la protección de la casa real. Pero el maquiavélico primer ministro egipcio, Potino, pensó que sería mejor congraciarse con el victorioso César; después de recibir a Pompeyo con halagos, lo hizo asesinar.

César, menos cruel que aquellos orientales, lamentó sinceramente la muerte de su adversario, al que a pesar de todo admiraba por sus glorias pasadas. Y en este punto de nuestro relato aparece otro fascinante personaje: Cleopatra.

El rey de Egipto era a la sazón Tolomeo XIII, un jovencuelo de trece años de edad que estaba enemistado con su hermana Cleopatra. La muchacha vivía su dorado exilio en Siria, pero en cuanto tuvo noticias de que César se encontraba en Egipto, fletó su barco y se presentó en Alejandría dispuesta a suplicarle que defendiese sus derechos frente al rey su hermano.

Naturalmente el calculador ministro Potino no consentiría que la seductora Cleopatra se entrevistase con César y desplegase ante el fogoso romano sus irresistibles encantos.

Pero ella burló esta última barrera protocolaria recurriendo a una celebrada argucia femenil: se hizo llevar a la alcoba de César escondida dentro de una rica alfombra que le enviaba como presente. César, que siempre fue bastante mujeriego, quedó cautivado por la belleza y la osadía de la princesa e inmediatamente se puso de su lado. Pero el intrigante Potino, calculando que las escasas fuerzas que César había desembarcado en Alejandría podían ser fácilmente derrotadas por sus propias tropas, lo atacó y lo puso en aprietos. Después de tres meses de angustioso asedio, César recibió refuerzos del exterior y pudo derrotar y dar muerte a Potino. El joven Tolomeo XIII, que había sido mero instrumento en manos de su ministro, se ahogó en el Nilo cuando intentaba huir del desastre. Quedó el romano, pues, árbitro de la situación y colocó en el trono de Egipto a su amada Cleopatra, convenientemente asociada a su otro hermano, Tolomeo XIV, que sólo contaba nueve años.

Pacificado Oriente, César regresó a Roma donde su fiel Marco Antonio se había ocupado de sus intereses durante su ausencia. El ahora omnipotente César se mostró clemente con sus antiguos adversarios, los prohombres conservadores que habían apoyado a Pompeyo, entre ellos Cicerón.

En realidad la ascensión política del victorioso general era ya imparable: contaba con la fuerza del ejército, con la simpatía del influyente partido del pueblo y con la creciente debilidad y desprestigio del Senado. Por lo tanto no le fue difícil acaparar todos los resortes del poder haciéndose nombrar dictador vitalicio, jefe supremo del ejército, sumo sacerdote e incluso tribuno vitalicio, lo que, además, sacralizaba su persona.

En este tiempo, César emprendió una serie de profundas reformas políticas encaminadas a beneficiar a la mayoría en detrimento de los antiguos privilegios de la

clase senatorial: aumentó a novecientos el número de los senadores, incluyendo a muchos partidarios suyos, algunos de ellos incluso procedentes de provincias; reformó el sistema fiscal para aliviar la insufrible presión impositiva que abrumaba a las provincias; remedió los abusos de los gobernadores; extendió la ciudadanía romana a la Galia y a ciertas ciudades de Hispania; reformó la seguridad social (la «*annona*», el trigo de los pobres); fundó ciudades provinciales; reformó el calendario; apadrinó ambiciosos proyectos de obras públicas y puso, en fin, los cimientos del imperio que habría de sucederle.

En toda esta acertada gestión sólo cometió un error grave. Ya dictador vitalicio, soñaba con el retorno de la monarquía en una dinastía que él mismo encabezaría. Esta dinastía sería de origen divino puesto que su familia, la «*gens*» Iulia, era descendiente de Eneas y de Venus (idea que plasma Virgilio en la *Égloga* IV y en la *Eneida*). Pero el pueblo romano era, por tradición, muy refractario a la idea de una monarquía. La historia patriótica oficial había estado enseñando durante generaciones que la grandeza de la ciudad se debía a su régimen republicano, tan superior moralmente a las podridas monarquías de los pueblos sojuzgados por Roma.

César había minado el poder del Senado reduciéndolo a un papel meramente consultivo y se había atraído a la clase ecuestre y a parte de la «*nobilitas*», pero la aristocracia conservadora era aún poderosa. Las pretensiones monárquicas de César, cada vez más evidentes (lo escoltaban 72 *lictors*, vestía manto y zapatos rojos como los antiguos monarcas), constituyeron un revulsivo capaz de anudar nuevamente sus dispersas voluntades en pos de un objetivo común: la eliminación física de César como único medio de evitar que se proclamase rey. Lo asesinaron en el edificio del Senado, el año 44 a. de C. Pero la idea monárquica subsistió, y triunfaría con su sobrino y sucesor Augusto. Pareció que la muerte de César iba a robustecer la posición del partido senatorial. Sus líderes así lo creyeron al menos, entre ellos Cicerón, que consiguió la aprobación de una ley que abolía perpetuamente la dictadura y otra que echaba tierra al asunto del asesinato de César. Pero las cosas no iban a resultar tan fáciles. Las reformas emprendidas por el dictador eran ya imparables. En los funerales de César, su fiel lugarteniente Marco Antonio dio lectura pública al testamento del difunto. César nombraba hijo adoptivo suyo y heredero de sus bienes a su sobrino-nieto Octavio (el futuro Augusto). También dejaba un generoso legado para el pueblo romano. Este póstumo gesto demagógico desencadenó el fervor de la plebe, cuya recia y colectiva voz se alzó para pedir justicia contra los asesinos de su ídolo. A éstos les pareció más prudente poner tierra de por medio y alejarse de Roma.

Los herederos políticos de César parecían ser su fiel lugarteniente Marco Antonio y Lépido, otro prestigioso general. Entonces se presentó en Roma el joven Octavio, y la situación cambió radicalmente. A pesar de sus apenas estrenados diecisiete años,

Octavio se mostraba digno sucesor de César. Reclamó sus derechos y se proclamó «hijo del divino César» haciéndose llamar César Octavio.

Parecía inevitable que el joven Octavio se enfrentara con Marco Antonio.

Los atemorizados aristócratas del partido senatorial vieron el cielo abierto: inmediatamente apoyaron las pretensiones de Octavio y declararon enemigo público a Marco Antonio. De esta manera buscaban dividir al partido de la plebe. Una nueva guerra civil estalló. Esta vez se enfrentaban el ejército del Senado, que apoyaba a Octavio, contra el de Marco Antonio y su asociado Lépido. Marco Antonio resultó vencido y hubo de huir, pero los dos cónsules que comandaban el ejército senatorial perecieron en combate. En estas circunstancias, sólo Octavio quedaba indemne y victorioso.

Inmediatamente reclamó el consulado, pero sus recelosos aliados del partido senatorial, crecidos por la victoria sobre Marco Antonio, se hacían los remolones. En una maniobra digna de su ilustre padre adoptivo, el joven Octavio ocupó militarmente Roma y se hizo proclamar cónsul. El Senado, otra vez aterrorizado, no osó rechistar.

Octavio había ganado la primera baza. Nadie en Roma discutía su autoridad, pero su posición en las provincias distaba mucho de ser halagüeña. En Occidente, los vencidos Marco Antonio y Lépido se preparaban para volver a la lucha. En Oriente, los principales asesinos de César hacían lo propio: Bruto en Macedonia y Casio en Siria.

Nuevamente dio muestras Octavio de sagacidad política poco común: pactó con Marco Antonio y Lépido y formó con ellos una alianza tripartita, el segundo triunvirato. En virtud de este arreglo, Octavio gobernaría sobre África, Sicilia y Cerdeña; Marco Antonio sobre las Galias Cisalpina y Trasalpina, y Lépido sobre la Narbonense e Hispania.

En cuanto hubo afirmado su posición en Roma, el triunvirato actuó con mano dura contra el partido senatorial. Condenaron a muerte a sus líderes, desterraron a sus colaboradores y confiscaron los bienes de muchos correligionarios y simpatizantes.

Entre las víctimas de esta represión se contó Cicerón, al que Marco Antonio hacía responsable de la muerte de su padre adoptivo. Purgada Roma de adversarios políticos, el triunvirato se ocupó de sus enemigos de Oriente, los mentados Bruto y Casio, a los que se había unido Sexto Pompeyo, el comandante de la flota, hijo de aquel Pompeyo que luchó contra César. Los dos bloques se enfrentaron en una batalla decisiva sobre suelo griego, en Filipos. Bruto y Casio resultaron derrotados y muertos. Las últimas esperanzas del partido senatorial se desvanecían.

Desaparecidos sus adversarios políticos, pareció que no había motivo alguno para mantener el triunvirato.

Octavio y Marco Antonio se las compusieron para relegar a Lépido a la provincia africana mientras ellos se repartían Oriente y Occidente y sellaban el nuevo pacto con

una alianza familiar: el matrimonio de Marco Antonio con una hermana de Octavio, llamada a su vez Octavia. Los grandes perdedores del nuevo reparto, Lépido y Sexto Pompeyo, no se resignaban a ocupar la posición subalterna que les había tocado. Por lo tanto se conchabaron para conspirar contra el cada vez más poderoso Octavio. La suerte de las armas les fue esquivada una vez más. Lépido, definitivamente excluido del triunvirato, tuvo que conformarse con el cargo de Sumo Pontífice, en Roma.

Mientras tanto, la historia de la rivalidad de César y Pompeyo se reproducía fatalmente entre Octavio y Marco Antonio. El mundo parecía demasiado pequeño para contenerlos a los dos. Era inevitable que terminaran enfrentándose.

Nuevamente entra en escena la bella Cleopatra. Marco Antonio, que había marchado a Oriente para reorganizar aquellas provincias, se prendó de ella y repudió a su esposa Octavia, la hermana de su poderoso socio. Era todo lo que Octavio necesitaba para declararle la guerra. No obstante, procuró guardar las formalidades para que no pareciese una cuestión personal. Primero reveló, ante los horrorizados romanos, los escandalosos términos del testamento que Marco Antonio había depositado en el templo de las Vestales. Según aquél, la herencia del venerado César correspondía a Cesarión, el hijo que el famoso general tuviera con Cleopatra. El pretexto estaba servido: Octavio declaró la guerra a Cleopatra. Las escuadras romana y egipcia se enfrentaron en Actium en el año 31 a. de C. Marco Antonio y Cleopatra resultaron derrotados, huyeron a Egipto y se suicidaron para no caer en manos de Octavio. Cesarión, todavía adolescente, fue ejecutado. La monarquía de los Tolomeos quedó abolida. En adelante, Egipto sería provincia romana.

Después de estos hechos, Italia y las provincias occidentales prestaron juramento de fidelidad a Octavio. El 16 de enero del año 27 a. de C., el Senado, reducido ya a un mero coro de comparsas, concedió a Octavio el título de Augusto. En adelante sería Octavio Augusto. El imperio romano había comenzado.

Julio César (100-44 a. de C.)

Julio César era alto y apuesto, de cara redonda y ojos negros de penetrante mirada. Estaba dotado de envidiable energía, tanto intelectual como física, y gozaba de buena salud, pero a veces sufría ataques de epilepsia.

Su único defecto visible fue la calvicie, que siempre intentó disimular recurriendo a los más diversos procedimientos: dejándose crecer los aladares hasta tapanla, usando bisoné y, hacia el final de su vida, usando constantemente la corona de laurel que el Senado le había concedido. Su coquetería era igualmente observable en lo referente al vestido y al cuidado de su persona: acudía con frecuencia al peluquero, se depilaba el vello superfluo y le gustaba vestir con elegancia. Era también singularmente aficionado al lujo, a las joyas y a las obras de arte.

Julio César destacó en todas las actividades que se propuso: fue gran estratega, brillante orador, sagaz político, concienzudo hombre de estado y excelente escritor. Como buen soldado, era reflexivo, generoso con los vencidos, gran sufridor de fatigas, sobrio y nada inclinado a los placeres de la mesa. No se puede decir lo mismo en lo tocante a los de la cama, puesto que fue bisexual y muy lujurioso. Cuando entró triunfalmente en Roma, sus soldados iban cantando: «Romanos, guardad a vuestras mujeres que traemos al putaño calvo» (Romani, servate uxores: moechum calvum adducimus). Un contemporáneo suyo lo llama «el marido de todas las esposas y la esposa de todos los maridos». En la larga lista de sus conquistas amorosas figuraba incluso Mucia, la esposa de su colega y adversario Pompeyo. Fue, sin embargo, muy estricto con sus propias esposas: a la segunda la repudió sólo por sospechas leves, puesto que «la mujer de César no sólo debe ser honesta sino que debe parecerlo». Julio César era culto, elocuente y muy ingenioso. Cuando desembarcó en África, al saltar a tierra, perdió pie y se dio de bruces contra el suelo, delante de la tropa formada.

Pues bien, salvó la ridícula situación exclamando: «¡Oh, África, te abrazo!». Otra anécdota que nos muestra su tesonera determinación: siendo todavía estudiante, la nave que lo conducía a Rodas fue capturada por los piratas. Estando cautivo, y en espera del rescate, uno de sus carceleros le preguntó: «¿Qué harás cuando estés libre?». Y él contestó: «Armaré una flotilla, os buscaré, os capturaré y os haré ejecutar». Los piratas rieron de buena gana el chiste pero, en cuanto estuvo libre, César hizo exactamente lo que les había prometido y los crucificó a todos.

En su faceta de escritor, Julio César historió sus propias campañas militares en dos obras espléndidas: «Comentarios a la guerra de las Galias» (51 a. de C.) y «Comentarios a la guerra civil» (45 a. de C.).

La muerte anunciada

El asesinato de Julio César, el 15 de marzo del 44 a. de C., constituye uno de los acontecimientos más importantes de la historia de Roma. Al parecer vino precedido por una serie de premoniciones que el propio César ignoró. Meses antes, unos campesinos encontraron un sepulcro antiguo con una inscripción que rezaba: «Cuando se descubran las cenizas de Capys (el difunto), un descendiente de Iulo perecerá a manos de los suyos». Pocos días antes del asesinato, los caballos de César «se negaron a comer y lloraban». La víspera misma del día fatídico, César soñó que volaba hasta la morada de Júpiter, y su esposa que la casa se hundía y César moría en sus brazos. Cuando amaneció, César se sintió indispuerto y casi había decidido quedarse en casa y aplazar su visita al Senado, cuando Bruto le hizo ver la conveniencia de comparecer aquel día pues los senadores estaban aguardándolo para

concederle el título de rey de Oriente.

Así pues, César decidió ir al Senado después de todo. Por el camino, un anónimo ciudadano se le acercó y le entregó un memorial que resultó ser una acusación en la que se denunciaba la conjura para asesinarlo con los nombres de los cincuenta senadores implicados. Pero César, ignorante de su contenido, aplazó su lectura para más tarde. El memorial se encontraría, con el sello intacto, en la mano izquierda del cadáver.

El arúspice Spurinna había advertido a César, unos días antes, que se guardase de los idus de marzo (esta división romana del mes abarcaba el periodo comprendido entre los días 8 y 15, inclusive). Como ya era día 15, César bromeó con Spurinna a la puerta del Senado: «¿Ves como no pasaba nada?». A lo que el augur replicó sombríamente: «El día no ha terminado todavía, César».

Cuando penetró en el edificio, los conspiradores lo rodearon. César, al ver que los capitaneaba Bruto, le reprochó, decepcionado: («Tú también, hijo mío»), y, renunciando a defenderse, se cubrió la cabeza con la toga. Recibió veintitrés puñaladas «y sólo la primera le arrancó un gemido». Quedó muerto en medio de un gran charco de sangre a los pies de la estatua de Pompeyo, su gran enemigo.

Otras dos frases que Julio César pronunció han pasado a la historia: «La suerte está echada» (*Alea jacta est!*), cuando atravesó el río Rubicón al comienzo de la guerra civil: y «Llegué, vi y vencí» (*Veni, vidi, vici*), su lacónico informe al Senado sobre la campaña contra Farnaces, rey del Ponto, que duró exactamente cinco días, lo que nos muestra que la guerra relámpago no es cosa de ahora.

Cleopatra (69-30 a. de C.)

La famosa reina de Egipto era de sangre griega, como todos los Tolomeos, y descendiente de uno de los generales de Alejandro Magno. En ella se aunaban la cultura griega y el refinamiento oriental. En sus escasos retratos fiables aparece como una mujer delgada y no muy agraciada: gran nariz ganchuda y despejada frente. No obstante, como suele acontecer con las mujeres dotadas de nariz poderosa, sus encantos debieron ser irresistibles: inspiró una ardiente pasión en César y en Marco Antonio, y aun, quizá, la hubiese inspirado en el esquivo Octavio de haber sido ella más joven y él menos avisado. Los escritores de su tiempo se sintieron igualmente fascinados: «Su voz —dice Plutarco— era como un instrumento de muchas cuerdas». «Existen —escribe otro— cien formas de adular, pero ella sabía mil».

Cuando murió César, Cleopatra estaba en Roma, instalada en la lujosa villa que su enamorado poseía junto al Tíber. Además, César había colocado una estatua dorada que representaba a Cleopatra en el templo familiar de Venus Genetrix. Muerto su valedor, la bella egipcia hubo de hacer el equipaje apresuradamente y regresó a sus

posesiones del otro lado del mar.

No es seguro que se suicidase por medio de una serpiente áspid que se había hecho llevar oculta en una cesta de rosas, pero es poéticamente plausible. En cualquier caso, el áspid simbolizaba la divinidad del reino. Dicen que esta ilustre y bella suicida escribió una carta a Octavio suplicándole que la sepultaran al lado de Marco Antonio. El magnánimo vencedor accedió. Cleopatra murió a los 39 años. Dión Casio le dedica este epitafio: «Conquistó a los dos romanos más ilustres de su tiempo, pero el tercero fue causa de su ruina».

Capítulo 4

El imperio de los Césares

Legamos ahora a la Roma de los césares. La figura de Julio César se revistió de tanto prestigio después de su muerte que su nombre se transformó en título de realeza y dignidad, no sólo, por cierto, en la Roma imperial que él cimentó, sino en ámbitos tan alejados de ella como el ruso y el alemán modernos. Los títulos de «zar» y «kaiser» no son sino derivados de la palabra «césar».

Antes de examinar los acontecimientos más relevantes del periodo, bueno será que echemos un vistazo a la sociedad e instituciones de la Roma imperial.

Según la reforma de Augusto, los ciudadanos de Roma se dividen en tres clases: senatorial, a la que pertenecen los que poseen más de un millón de sestercios; equestre, para aquellos cuya fortuna excede los cuatrocientos mil sestercios; y plebe. No se cuentan los esclavos y libertos, pues están desprovistos de derechos de ciudadanía. La igualdad ante la ley no existe: el delincuente recibe distinto castigo por una misma falta según la clase social a la que pertenezca.

Roma y su imperio son propiedad de un número reducido de familias nobles pertenecientes a la clase senatorial, cuyos descendientes van heredando este privilegio, por línea masculina, hasta la cuarta generación. La admisión en el Senado depende del prestigio social alcanzado por el individuo porque, como dice Tácito, «el pueblo ve las cosas a través de los ojos de las estirpes ilustres». El aristócrata debe cultivar su prestigio en todo momento. La expresión «Romanum non est» está continuamente en la boca del padre noble que educa a su hijo en las pautas de comportamiento propias de su clase. Naturalmente este severo ideal quedará cada vez más distante de la realidad cuando la aristocracia de la Roma imperial se deje conquistar por el lujo, la molicie y las nuevas ideas morales de origen oriental que se difunden a partir del siglo II.

A las órdenes de la privilegiada minoría senatorial están la plebe —formada por hombres libres pero pobres— y los libertos y esclavos.

Entre estas dos clases extremas se sitúa la equestre, cuya importancia crece incesantemente con el auge de una clase media comercial e industrial que también va accediendo a puestos importantes en la administración. No obstante, la movilidad social es mínima al principio. Hay un proverbio que dice: «El que ha nacido en el cuchitril del entresuelo no sueña con la casa» («Qui in pergula natus est, aedes non

somniatur»). Avanzando el imperio, esta situación tiende a suavizarse y hasta encontramos casos de libertos enriquecidos cuyos hijos ingresan en el orden ecuestre y cuyos nietos llegan a ser senadores. De hecho, en el siglo II la población de Roma está tan mezclada que más de la mitad es descendiente de antiguos esclavos, lo que quizá explica la sorprendente expansión de oscuros cultos orientales que al principio eran propios de gente baja e inculta y a partir de esta época comienzan a ganar terreno entre las clases dirigentes.

Los romanos eran, y en realidad nunca dejaron de serlo, campesinos y soldados vinculados a la tierra y dotados de un envidiable sentido común, pragmáticos, tenaces y realistas.

Destacaron mucho en las ciencias positivas, en organización, explotación y administración de sus conquistas.

Por el contrario, descuidaron las especulativas, la lucubración filosófica y el arte en general, que prefirieron copiar de otros pueblos, particularmente del griego. No pretendían ser artistas, se conformaban con ser buenos artesanos. Eran, también, profundamente religiosos y estaban convencidos de que sus dioses tutelaban a Roma, creencia que constituyó un poderoso acicate en las épocas de adversidad.

El aristócrata romano está tan orgulloso de su origen campesino que esta vinculación al campo le parece garantía de rectitud moral. No obstante, dista mucho de ser un mero terrateniente: su máxima aspiración sigue siendo hacer carrera política ejerciendo sucesivamente cargos cada vez más importantes en el «cursus honorum». De este modo adquiere dignidad para él y para sus descendientes.

Al propio tiempo, le importa mucho la censura colectiva («reprehensio»), que viene a ser, bien mirado, la única arma que ha quedado en manos de este pueblo, crítico y mordaz pero despojado de derechos políticos. Por este motivo, la aristocracia no pierde ocasión de halagarlo y lo corteja con toda clase de medidas demagógicas: subsidios, repartos, juegos, obras públicas...

En nuestro curioso deambular por la Roma imperial hemos notado que el romano es algo chismoso, socarrón y maldiciente. «Italum acetum», recuerda Horacio. «En efecto —corroborra Cicerón—: gran ciudad maldiciente es la nuestra: nadie se salva». El propio Cicerón es famoso por sus réplicas y ocurrencias. Un ejemplo ilustrativo: acierta a pasar cerca de nosotros su yerno Léntulo, hombre de muy baja estatura, que va luciendo con gallardía su uniforme militar. Pues bien, recibe el siguiente saludo de su ilustre suegro: «¿Quién ha sido el que te ha atado a esa espada?». Otro ejemplo: están tomando declaración a una doncella, granadita ya, y le preguntan: «¿Edad?». «Treinta años», responde ella bajando pudorosamente la mirada. Y Cicerón, sin bajar la voz, se vuelve hacia los testigos y corroborra, con gravedad romana: «Así debe de ser porque llevo veinte años oyéndoselo decir».

Este carácter mordaz se manifiesta en los apodos despectivos que, a fuerza de

usarse, llegan a tomar carta de naturaleza como nombres propios: el mismo Cicerón, nombre que significa «garbanzo», por una hermosa verruga que le afea el rostro; o Plautus, orejudo; Varus, patizambo. Los hay también que, por ser evidentes, no precisan explicación: Brutus, Bestia.

Decíamos que el noble que quiere hacer carrera ha de promocionarse sobornando al pueblo con juegos gratuitos, financiación de edificios públicos o subvención de fiestas, si no quiere que lo tilden de avaro. Un cínico personaje de Petronio observa: «Él me ha ofrecido el espectáculo y yo lo he aclamado: estamos en paz; una mano lava a la otra».

¿De dónde sale el dinero para los cuantiosos gastos que acarrea la promoción política del aristócrata?: de los mismos cargos que va desempeñando.

El funcionario romano obtiene cargos en la administración provincial y allí se enriquece aceptando sobornos y recaudando impuestos ilegales. Toda función pública entraña ganancias privadas y nadie se espanta de ello. El tráfico de influencias y la venta de recomendaciones («suffragia») constituyen procedimientos comunes; la propina («sportula») es el medio normal para agilizar trámites. Incluso existen gestores («proxenetae») que, mediante una adecuada remuneración, buscan las recomendaciones necesarias y liman cualquier escollo administrativo.

Desde nuestra perspectiva moderna, la administración romana aparece tan podrida como la de cualquier república tercermundista, y ustedes perdonen la manera de señalar. Pero antes de emitir un juicio condenatorio hemos de tener en cuenta que tal proceder respondía a una ética distinta y que, en cualquier caso, a pesar de estas evidentes tareas, la administración romana sigue siendo mucho más articulada y eficaz que la de los otros países, a veces culturalmente superiores, a los que Roma sojuzga y convierte en provincias de su imperio.

La plebe no tiene problemas éticos ni se fatiga con ambiciones de escalar lo más aceleradamente posible el «cursus honorum». Las preocupaciones de la plebe son más inmediatas. En los estratos más bajos están los parásitos del estado que se contentan con sobrevivir de la «annona» oficial y de ocasionales propinas de sus conocidos poderosos. Luego está una masa obrera artesanal que, desplazada por la competencia de la mano de obra esclava, acabará engrosando el número de los parásitos. Por encima de éstos encontramos a los pequeños comerciantes, «que revenden cada día lo que han adquirido fiado por la mañana», y una decreciente escala de comerciantes acomodados que culmina en aquellos que aspiran a ingresar en la clase ecuestre y se ocupan de favorecer el ascenso social de sus hijos, ese sempiterno anhelo de las clases medias.

Con Augusto (63 a. de C.-14 d. de C.) Roma torna al régimen autocrático de la antigua y odiada monarquía, aunque, después del desastrado intento de César, los emperadores romanos se guardaron mucho de adoptar el título de rey, que seguía

estando muy desprestigiado. Augusto prefirió titularse príncipe («princeps», es decir, «primer ciudadano»), lo que, teóricamente, reconoce la primacía de un órgano parlamentario, el Senado.

Además de príncipe era «imperator», es decir, jefe máximo del ejército. Todos sus sucesores serán «princeps» hasta el siglo III. A partir de 285 (Diocleciano), el título cambia a «dominus», señor, lo que refleja, ya sin tapujos, el poder absoluto de que está investido el emperador.

Augusto se esforzó por mantener una apariencia republicana en las instituciones de Roma. De hecho, devolvió al domesticado Senado una serie de prerrogativas que quizá lograron disimular la cruda realidad:

Todos los resortes del poder se habían concentrado en la firme mano del sucesor de César. Por una parte se abrogó la potestad tribunicia, lo que lo convertía en sacrosanto valedor del pueblo y le otorgaba, además, derecho de veto frente al Senado y los cargos por él designados; por otra parte, gozaba de «imperium» proconsular, lo que reunía en sus manos los poderes ejecutivo, legislativo y judicial. Finalmente, también era sumo pontífice y controlaba las decisiones religiosas.

¿Cómo se gobierna la Roma de los césares?

Augusto delega parcelas de su inmenso poder en un poderoso funcionariado que designa, preferentemente, entre individuos de la clase ecuestre.

De este modo contribuye al debilitamiento de las republicanas aspiraciones de la clase senatorial, al tiempo que se crea una fiel clientela política entre los cada vez más poderosos caballeros. Las magistraturas y cargos republicanos continúan existiendo sobre el papel, pero ahora están desprovistos de sus antiguas prerrogativas. El antes poderoso Senado se reduce a mero órgano consultivo. Al principio, los seiscientos miembros que lo componen son designados personalmente por el emperador. Más adelante, en el siglo III, queda prácticamente reducido al papel de ayuntamiento de Roma.

La cuestión sucesoria de esta solapada monarquía nunca se planteó en términos dinásticos. Normalmente el emperador designa sucesor a un familiar suyo y lo adopta como hijo antes de morir. A partir del siglo III el nuevo emperador es aclamado simplemente por los soldados de la guardia pretoriana o del ejército de las fronteras, a los que los diferentes candidatos procuran sobornar con dádivas y promesas. En ocasiones el trono es prácticamente subastado por la soldadesca.

Los ministros del emperador, por lo general procedentes del orden ecuestre, son: el prefecto de pretorio o jefe de la guardia pretoriana, cuerpo de ejército establecido en Roma o en sus cercanías; el prefecto de la «annona», responsable de los abastecimientos de Roma y de la embrionaria seguridad social que suponen los periódicos repartos de trigo a los pobres; el prefecto de vigilias, responsable del cuerpo de bomberos de una ciudad proclive a los incendios; y el prefecto de la urbe,

especie de alcalde que vela por la administración y policía. Éste suele proceder de la clase senatorial.

Aparte de estos altos cargos, existen una serie de ministerios u oficinas gubernativas, la cancillería imperial, entre las que encontramos los siguientes negociados: «ab epistulis», equivalente al ministerio del interior y al de asuntos exteriores; «a rationibus», hacienda; «a cognitionibus», justicia, y «a libellis», bienestar social.

A partir de Adriano (117-138) toma forma una especie de consejo de ministros («consilium principis»), que agrupa a los responsables de la cancillería imperial y viene a ejercer las funciones tradicionales del Senado.

Suele estar integrado por dos cónsules, quince senadores y algunos otros magistrados.

A las diecisiete provincias conquistadas en época republicana siguen sumándose las que Roma adquiere en época imperial hasta un total de cuarenta y cuatro. Desde el año 27 a. de C. el gobierno de estas provincias se divide entre el emperador y el Senado. El emperador se reserva todas las fronterizas («provinciae Caesaris»), donde se asienta el ejército —al que, por tanto, controlará personalmente—, y deja al Senado las provincias interiores («provinciae Senatus et populi»), desprovistas de tropas. Las ciudades de cada provincia se reúnen en un «concilium provinciae».

La justificación teórica de la autocracia imperial reside en el anhelo de paz, la «pax romana», que termina con las guerras civiles y con los estériles enfrentamientos que durante tanto tiempo han desangrado al pueblo romano y a sus provincias sometidas.

Esta «pax», solemnemente proclamada por Augusto en el 27 a. de C., perdurará hasta la dinastía de los Antoninos (año 96) y será, sin duda, muy beneficiosa para la implantación y normalización de la superior cultura romana en el imperio.

No obstante, el principado de Augusto se caracterizó por una intensa actividad militar en las fronteras: en Occidente hubo de someter a los inquietos galos e hispanos, en Oriente guerreó contra los belicosos partos; en el Norte extendió los límites imperiales hasta las líneas del Danubio y del Elba. La guerra contra los germanos fue dirigida por el hijo adoptivo de Augusto, Druso, cuya temprana muerte, por un accidente de equitación, cuando sólo contaba 31 años, quizá frustró el firme establecimiento de la frontera en el Elba.

A los pocos años, una rebelión indígena aniquiló a tres legiones romanas y obligó a Augusto a replegar sus tropas hasta el Rin, de donde ya no volverían a progresar. Si Roma hubiese permanecido en el Elba, los germanos habrían sido civilizados y romanizados, lo que, a la postre, hubiese redundado, si bien se mira, en beneficio tanto de sus actuales descendientes como del resto de Europa.

El drama personal de Augusto fue el de su sucesión. Augusto no tuvo hijos

varones, y la única hembra, Julia, le salió tan disoluta que quizá hubiera deseado no tenerla. Con angustiosa lucidez era consciente de que toda la obra de su vida podría irse a pique si no encontraba a un sucesor capaz de continuarla. Primero pensó en su amigo y colaborador Agripa, al que casó con Julia, pero aquél falleció en el año 12. Entonces puso su mirada en Druso, el vencedor de los germanos, al que adoptó como hijo. Ya hemos visto que también éste murió tempranamente. Sólo quedaba Tiberio, hijo de su esposa Livia y hermano de Druso, al que Augusto profesaba mal disimulada antipatía. No obstante, a falta de más idóneo pretendiente, lo adoptó y lo designó sucesor.

Capítulo 5

Luces y sombras del imperio

La vida de Tiberio (14 a. de C.-37 d. de C.), el sucesor de Augusto, es como una novela. Su madre, la bella Livia, tenía trece años de edad cuando lo dio a luz. Era Tiberio todavía niño cuando Augusto, enamorado de Livia, la obligó a divorciarse de su marido para casarse con él. Tiberio recibiría la esmerada educación propia de un miembro de la familia imperial y, por lo tanto, posible sucesor de Augusto. A los veintidós años destacó en varias campañas militares y ganó un «triumfo».

Poco después se casó, por amor, con Vipsania. Pero su felicidad conyugal fue efímera. A poco, Augusto (quizá convencido por la calculadora Livia) decide casarlo con su hija Julia que había enviudado por segunda vez (esta vez de Agripa, padre de Vipsania y suegro del mismo Tiberio: el confundido lector hará bien en consultar el árbol genealógico de la páginas 100-101). Tiberio nunca pudo olvidar a Vipsania, a la que Augusto casó con un senador. Cuando se la encontraba por la calle no podía reprimir las lágrimas. Su nueva esposa, Julia, era bella, alegre y casquivana: mala pareja para el taciturno Tiberio. Los años que siguieron constituyeron para él un tormento pues los adulterios de Julia eran la comidilla de los mentideros de Roma, aunque nadie se atrevía a denunciarlos a Augusto. Profundamente deprimido, Tiberio renunció a todos sus cargos y honores y se retiró a la isla de Capri. Tenía 36 años. La alegre Julia quedaba en Roma. En el retiro de Capri pasó diez oscuros años, al principio por su voluntad; después, quizá, porque no podía regresar a Roma sin permiso expreso de Augusto.

Mientras tanto, Livia había obtenido pruebas irrefutables de los adulterios de Julia y la había denunciado ante Augusto. El emperador, incapaz de aplicar en su amada hija las rigurosas leyes contra el adulterio que él mismo había promulgado, se contentó con desterrarla a la diminuta isla Pandataria.

Después de estos cambios, Tiberio tornó a gozar del valimiento de Augusto, que lo llamó a Roma y le restituyó los cargos y honores que disfrutara en otro tiempo. Además, lo adoptó como hijo, lo que equivalía a nombrarlo sucesor suyo. Nuevamente al frente del ejército, Tiberio se cubrió de gloria aplastando a los sublevados germanos que años antes exterminaran a las tres legiones romanas.

Cuando heredó el imperio, a la muerte de Augusto, Tiberio había cumplido ya 56

años y era un hombre profundamente marcado por los sinsabores y adversidades de su dilatada vida. No obstante, en los comienzos de su principado gobernó sabiamente.

Puso coto a los dispendios del dinero público en juegos y espectáculos, lo que le atrajo la antipatía de la plebe, pero también fiscal que padecían las provincias. Otros aspectos de su mandato son menos loables. Obsesionado por la idea de una conspiración contra su persona, multiplicó los procesos políticos contra preeminentes ciudadanos. El inquisitorial sistema de delaciones permitía recompensar al delator con parte de los bienes confiscados al condenado, lo que favoreció que muchos inocentes se vieran acusados por simples sospechas o con ayuda de pruebas falsas.

El hijo favorito de Tiberio, Druso, murió, quizá envenenado por su esposa Livilla, el año 23. Esta pérdida causó tanto dolor al emperador que trastornó su juicio. A partir de entonces abandonó el ejercicio del poder en manos de su amigo Sejano, el prefecto de pretorio, y poco después abandonó Roma para fijar su residencia nuevamente en Capri. Lo tremendo del caso es que es posible que Sejano fuese el verdadero responsable de la muerte de Druso, pues era amante de Livilla.

Capri no alivió la depresión de Tiberio. Una enfermedad de la piel, que le cubrió el rostro de purulentos granos malolientes, debió contribuir a su creciente aislamiento y misantropía.

Mientras tanto, Sejano, ya casado con Livilla, proseguía en Roma los procesos políticos por delitos de lesa majestad en un ambiente de terror. Sin embargo, Tiberio, afectado por su creciente manía persecutoria, dio en pensar que había otorgado a Sejano demasiado poder y que quizá acabaría volviéndose contra él. Por lo tanto hizo llegar una carta al Senado en la que lo acusaba de traición y ordenaba su muerte. El cumplimiento de la sentencia había sido previamente acordado con Macro, el nuevo y ambicioso prefecto de pretorio. Sejano fue asesinado junto con sus parientes e hijos.

Según una antigua creencia romana, el que daba muerte a una virgen quedaba maldito; por lo tanto, los ejecutores violaron primero a la hija de Sejano, todavía niña, antes de degollarla.

Cuando sintió que su vida llegaba a su fin, Tiberio designó sucesor a su sobrino Calígula, al que había adoptado. El nuevo emperador se llamaba en realidad Cayo César Germánico, pero es más conocido por el apodo cariñoso con que lo llamaban los soldados de su padre, entre los que se crió. «Calígula» es el diminutivo de «caligae», la sandalia de suela claveteada que usaban los legionarios romanos.

Calígula (12 d. de C. 41 d. de C.) era buen mozo, alto y robusto, de piel blanca y muy velludo, pero francamente feo: ojos saltones, sienes deprimidas, frente abultada y un poco calvo. Casi todos están de acuerdo en que comenzó gobernando sabiamente, pero a los pocos meses cayó enfermo y estuvo a las puertas de la muerte.

Cuando se repuso, había perdido el juicio, sufría ataques de epilepsia, padecía insomnio y, cuando conseguía conciliar el sueño, solía despertarse angustiado por las

pesadillas. Si damos crédito al anecdotario que nos suministran sus biógrafos, de la noche a la mañana se convirtió en un maníaco homicida. En un banquete prorrumpe en carcajadas sin motivo aparente. Sus invitados, corteses, le preguntan la razón de tan contagiosa hilaridad: «Estaba pensando —responde— que si quisiera podría hacer que os degollaran ahora mismo». En otra ocasión acariciaba el cuello de su amante de turno y le susurró al oído estas palabras enamoradas: «Esta gentil cabecita caerá en cuanto yo quiera». O, malhumorado por las protestas de la plebe en el circo: «¡Ay, si tuvieseis una sola cabeza!».

Calígula era bastante exhibicionista. Vestía de forma extravagante y teatral, despreciando la severa toga romana. Sus aficiones eran igualmente impropias de la alta dignidad que ocupaba. Actuó sucesivamente como gladiador, como auriga, como cantante y como bailarín. «Sin embargo —reflexiona Suetonio—, este hombre que había aprendido tantas cosas no sabía nadar». Debe saber el lector que casi todos los romanos eran nadadores.

Por suerte para Roma, el gobierno de Calígula sólo duró tres años. En los primeros meses despilfarró el tesoro imperial reunido por Augusto y acrecentado por el ahorrador Tiberio.

Gastó hasta el último sestercio en frecuentes juegos de circo y en la financiación de los más extravagantes proyectos (por ejemplo, dio en construir un puente de barcas, perfectamente inútil, que atravesara la bahía de Nápoles. Cuando las arcas públicas estuvieron agotadas, Calígula hubo de recurrir a los sufridos contribuyentes para continuar financiando sus caprichos. Creó nuevos impuestos, esquilmo las provincias y reemprendió los procesos y juicios sumarísimos contra ciudadanos acaudalados como medio de confiscar sus fortunas. Muchos empezaban a dar valor profético a las palabras de Tiberio, que en una ocasión había hecho este siniestro comentario: «Estoy criando una víbora para el pueblo de Roma».

Influido por tradiciones egipcias y orientales que defendían la encarnación de los dioses en simples mortales, se empeñó en que el Senado lo proclamara dios aún en vida e hizo consagrar diosa a su fallecida hermana Drusila, con la que, notoriamente, había mantenido una relación incestuosa.

Otras historias aún más extravagantes son, sin embargo, calumnias propaladas por sus biógrafos. Por ejemplo, su pretensión de que el Senado nombrase cónsul a su querido caballo «Incitatus».

Calígula fue asesinado, cuando contaba veintiocho años, por el prefecto de su guardia pretoriana, Casio Querea, al que solía humillar imponiéndole expresiones obscenas o ridículas como santo y seña del día. Casio Querea lo acuchilló en el circo, en un pasaje subterráneo que comunicaba el palco con las habitaciones imperiales. Los conjurados de la guardia pretoriana asesinaron también a la emperatriz, Cesonia, y estrellaron contra el muro a su hijita.

El mismo día de la muerte de Calígula, los pretorianos que registraban el palacio imperial encontraron a Claudio, tío carnal del emperador, de cincuenta años de edad, oculto y tembloroso detrás de unas cortinas.

El pobre Claudio creyó llegada su hora pero, para su sorpresa, los soldados lo sacaron al patio y lo aclamaron como nuevo emperador. Claudio (41-54) era hijo de Druso, y por tanto, nieto de Livia, la esposa de Augusto. Una parálisis infantil y otras diversas desdichas lo afectaron gravemente dejándolo cojo y tartamudo. Era, además, desgarrado, feo y algo lento de entendederas. La divinizada familia Julio-Claudia se avergonzaba de aquel engendro. Su madre, Antonia, lo llamaba «aborto de la naturaleza», y cuando tenía que mostrar su desprecio por alguna persona decía: «Es más tonto que mi hijo Claudio». Su abuela Livia ni siquiera le dirigía la palabra. Naturalmente lo mantuvieron apartado de toda actividad pública, lo que le permitió pasar bastante inadvertido y dedicarse a sus loables aficiones, principalmente el estudio de la historia. Compuso una apreciable cantidad de tratados de tema histórico que lamentablemente se han perdido.

Siendo ya de cierta edad, Claudio fue promovido al consulado por su sobrino Calígula. A pesar de ello, como el cargo era poco más que honorífico, nuestro hombre consiguió mantenerse alejado de la política. Es curioso, sin embargo, constatar que sus estudios de historia lo habían llevado a simpatizar con el antiguo régimen republicano al que, con la deformada perspectiva del tiempo, parecían atribuibles las glorias y conquistas del heroico pasado romano. El novelista y biógrafo Robert Graves defiende la tesis de que Claudio se pasó la vida fingiendo ser más tonto de lo que en realidad era, a lo que quizá debió su supervivencia física en el ambiente de conjuras y asesinatos que caracterizó los principados de Tiberio y Calígula.

La actuación de Claudio como emperador fue, en general, beneficiosa para Roma: retornó a la tradición administrativa de Augusto, reformó el sistema judicial, otorgó la ciudadanía romana a algunas provincias, fundó ciudades y, en fin, gobernó despóticamente, unas veces dando muestras de paternal clemencia, otras con tiránica severidad, según su cambiante humor.

No obstante, procuró atraerse a los poderes fácticos: el ejército, el Senado y los «equites». Incluso amplió el imperio con la anexión de dos nuevas provincias africanas (las Mauritania) y otra en Asia Menor (Licia).

En lo personal tuvo poca suerte con sus cuatro sucesivas esposas, Urgalanilla, Aelia Pactina, Valeria Mesalina y Agripina la Joven. Esta última, que era su sobrina carnal, fue la que peor le salió pues acabó envenenándolo con un plato de setas. La señora tenía cierta práctica en el parricidio puesto que también había eliminado a su anterior marido. Los móviles del crimen fueron maternos y políticos: acelerar la ascensión al trono de su hijo Nerón, que ya había cumplido los diecisiete años.

Nerón (54-68) comenzó su mandato dando muestras de sabiduría y templanza. No

en vano había sido educado por dos sabios tutores, Burro, el prefecto de pretorio, y Séneca, el famoso filósofo cordobés. La sabiduría y profundidad de juicio del joven emperador sorprendían a todos. La primera vez que le presentaron una sentencia de muerte para que firmase su cumplimiento comentó con amargura: «¿Por qué me enseñaron a escribir?». A poco abolió la pena de muerte y prohibió los juegos sangrientos en el circo.

Incluso pretendía sustituirlos —en lo que ya empezamos a percatarnos de que estaba loco de atar— por juegos florales y justas poéticas. Quiso también reducir los impuestos y humanizar las condiciones de vida de los esclavos.

Todo parecía ir bien. Incluso en el exterior, las armas de Roma triunfaban, se sometían los rebeldes partos y se reconquistaba Armenia. Pero, de pronto, el joven Nerón dio cumplidas y notorias muestras de enajenación mental: en el año 59 asesinó a su posesiva madre Agripina y a partir de ese momento empezó a actuar como artista y cómico: era poeta y músico, conducía carros en el circo y emprendía cualquier actividad que pudiera favorecer sus inclinaciones exhibicionistas. Quizá al principio fuera un loco gracioso, pero su propio omnímodo poder acabó convirtiéndolo en un loco homicida. Reanudó los procesos por imaginarios delitos de lesa majestad y llegó a condenar a muerte a su esposa y a Burro, su preceptor. Es, sin embargo, falso que incendiase Roma para contemplar una ciudad en llamas. En realidad, cuando ocurrió el incendio que devastaría gran parte de la ciudad en el año 64, Nerón se encontraba a sesenta kilómetros de allí, en Antium, y regresó a toda prisa para dirigir los trabajos de extinción y socorrer a los damnificados. También es falso que acusara del incendio a los cristianos y desencadenara contra ellos una sangrienta persecución. La verdad es que los cristianos de la ciudad eran todavía escasos. Las noticias relativas a esta persecución son apócrifas y fueron insertadas, siglos después, en los textos de Tácito y Suetonio.

Nerón, muy helenizado en sus gustos, quiso reconstruir Roma en el más puro estilo griego y, como buen megalómano, se hizo diseñar un palacio que diese al mundo la justa medida de su genio y poder, la Domus Aurea. Según los planos originales, la nueva morada imperial hubiese cubierto casi un tercio de la superficie total de la ciudad. La suerte de Roma, o su desgracia, fue que el palacio quedase, casi todo él, sobre el papel. Al año siguiente, la llamada conjura de Pisón estuvo a punto de acabar con el emperador. Muchos conjurados ilustres se suicidaron preceptivamente, entre ellos el filósofo Séneca y los escritores Petronio y Lucano; otros fueron ejecutados por el verdugo.

Tres años más tarde, una nueva conjura tuvo éxito. El gobernador de las Galias, Julio Vindex, se sublevó.

El rebelde resumía su desprecio al emperador con estas palabras: «Lo he visto actuar sobre un escenario haciendo papeles de mujer preñada y de esclavo al que van

a ejecutar». En aquello había quedado la severa continencia de los antiguos romanos. A Vindex se unieron Galba y Otón, gobernadores de Hispania Citerior y Lusitania, respectivamente. El obediente Senado depuso a Nerón. Abandonado de todos, el emperador se hizo matar por un liberto. Tenía treinta y un años. Su amante, la cristiana Acte, se encargó de sepultarlo.

Con Nerón pereció la dinastía Julio-Claudia, que tan gloriosamente fundara Augusto un siglo antes. A este propósito circulaba en Roma una curiosa leyenda: paseaba Livia en su silla, a poco de casarse con Augusto, cuando, al cruzar una plaza, un águila que sobrevolaba dejó caer sobre su regazo una gallina a la que había apresado en un corral de la vecindad. La gallina aún sostenía en el pico una ramita de laurel que se hallaba picoteando en el momento de su secuestro. Considerando aquel suceso como una señal del cielo, Livia alojó a la gallina en el corral de una casa de su propiedad, donde también plantó la ramita de laurel. El árbol creció frondoso y la gallina se multiplicó en una muchedumbre de ponedoras descendientes, como si árbol y ave fuesen reflejo de la creciente prosperidad de Roma y de los Julio-Claudios.

Cuando un emperador celebraba un triunfo, siempre se coronaba con una rama de laurel tomada de aquel árbol.

Después de la ceremonia, la rama se volvía a plantar y siempre retoñaba y echaba raíces pero, curiosamente, se marchitaba a la muerte del emperador al que había coronado. Pues bien, durante el último año del principado de Nerón, las gallinas del corral murieron una tras otra y el laurel plantado por Livia se secó. Señal por la que los romanos vinieron a saber —concluye la leyenda— que la dinastía Julio-Claudia había fenecido.

Flavios, Antoninos y generalísimos

A la muerte de Nerón, los militares se disputaron el poder. En menos de un año, cuatro generales se sucedieron en el trono imperial y cada uno de ellos suprimió a su antecesor. El primero fue Galba, al que los pretorianos asesinaron porque preferían a Otón, pero éste hubo de suicidarse al ser derrotado por Vitelio, que contaba con las tropas de la frontera renana. Vitelio apenas pudo saborear las mieles del triunfo pues fue derrotado y muerto a su vez por Vespasiano, al que apoyaban las legiones de Oriente. Más afortunado que sus antecesores, Vespasiano se mantuvo en el poder durante diez años (69-79) y fundó la breve dinastía de los Flavios. Este militar, nieto de un centurión, no sentía las veleidades artísticas de Nerón, lo que quizá fuera un alivio para Roma. Era, por el contrario, un hombre sencillo y realista, como los de antiguamente, que procuró administrar austeramente su patrimonio imperial. Favoreció a los habitantes de las provincias, extendió la ciudadanía latina («Ius latii») a Hispania y aumentó a mil el número de senadores, admitiendo entre ellos a muchos

miembros de la nobleza municipal, plebeya, de las ciudades italianas. Fue el que inició la construcción del Coliseo o anfiteatro Flavio que es hoy el monumento más característico de Roma. Su principado distó mucho de ser pacífico. En la famosa guerra judaica, su hijo Tito aplastó la rebelión de Palestina y destruyó, memorablemente, el templo de Jerusalén.

También guerreó contra germanos y dacios.

Tito, que había sido prefecto de pretorio de su padre, sucedió a Vespasiano en el año 79. Su temprana muerte, a los cuarenta y dos años de edad, privó a la dinastía de un hombre experimentado y capaz. Lo único destacable de su corto reinado de tres años son dos catástrofes: el segundo incendio de Roma, el año 80, y la famosa erupción del Vesubio (79) que destruyó, sepultándolas bajo una montaña de cenizas y lava sólida, las ciudades de Pompeya, Herculano y Estabia. Una víctima famosa de esta erupción fue el naturalista Cayo Plinio Segundo, muerto cuando intentaba acercarse al cono del volcán en una expedición científica.

Tito tenía un hermano de treinta años, Domiciano, que heredó el trono. Absolutista y despótico, tomó el título de «Dominus et Deus» y gobernó arbitrariamente hasta que una conjura palaciega lo asesinó a los quince años de reinado. En ese tiempo prosiguieron las guerras contra los dacios en el Danubio, contra los germanos y contra los britanos. Roma contenía todavía a sus enemigos, pero el imperio comenzaba a dar muestras de hallarse militarmente exhausto: se crean las primeras líneas defensivas («limes») en Escocia y en el Rin.

A la dinastía Flavia siguió la Antonina, basada más en el principio de adopción que en el de la sucesión familiar. En términos generales, los Antoninos fueron beneficiosos e incluso intentaron reformar las costumbres y educar al pueblo. El primer emperador, Nerva (96-98), un anciano senador que sólo gobernó dos años, tuvo quizá el único mérito de promover al consulado y asociar al trono al gobernante excepcional que lo sucedió: Marco Ulpio Trajano (97-117), el primer emperador nacido fuera de Italia, pues era español y oriundo de Itálica, junto a Sevilla.

Para muchos, Trajano fue el mejor de los gobernantes que tuvo Roma. En vida le concedieron el título de «Optimus»; a su muerte se estableció la costumbre de desear a cada nuevo emperador, en el acto de toma de posesión de las insignias, que fuera «más feliz que Augusto y mejor que Trajano» («felicior Augusto, melior Trajano»). Trajano fue un hombre de acción, enérgico y honesto, afable con el Senado, generoso con la plebe. Moderó los impuestos, administró sensatamente, emprendió obras públicas, aumentó el número de los inscritos en la «annona» o beneficencia, instituyó un organismo de auxilio a los niños necesitados («alimenta») y cuidó del bienestar del pueblo de Roma como ningún gobernante lo había hecho.

Dice Dión Casio: «Sabía bien que la excelencia de un gobierno se muestra tanto en su atenta vigilancia de las diversiones como en su preocupación por los asuntos

más serios, y que aunque el reparto de dinero agrade a los individuos, también debe haber espectáculos que satisfagan a la plebe». Fue, en fin, tan sabio y paternal que una leyenda medieval pretendía que el papa Gregorio el Grande (hacia el 600) había conseguido con sus oraciones que Trajano fuese admitido en el paraíso a pesar de su condición de pagano.

Una de las grandes reformas de este emperador consistió en integrar las provincias en el núcleo de decisiones del imperio, aquel viejo sueño de César que Augusto había frenado. A partir de Trajano, el número de senadores provinciales aumentaría a casi la mitad del total. En política exterior reanudó las conquistas, que estaban estancadas prácticamente desde Augusto. Primero sometió a los dacios y fundó la provincia de Dacia, origen de la actual Rumania. Luego hizo la guerra a los partos, el tradicional enemigo del Este, y creó por aquellos confines las nuevas provincias de Armenia, Siria y Mesopotamia. El emperador murió en Asia Menor, al concluir aquella campaña, cuando Roma había alcanzado su máxima expansión territorial, pero ya daba alarmantes señales del cansancio y agotamiento que precede al declive.

A Trajano sucedió su pariente Adriano (117-138), también de origen hispano. Este hombre culto, refinado y distante, resultó ser un infatigable viajero y turista «explorador de todo lo curioso» («omnium curiositatum explorator»). Se ha sugerido que pudo ser homosexual y que su pasión por el bello Antínoo lo llevó a llenar sus dominios con estatuas del muchacho. El nuevo emperador supo ganarse a la plebe con juegos y amnistía fiscal y prosiguió las obras sociales de su predecesor, pero renunció formalmente a la expansión del imperio, hizo la paz con los partos, a los que devolvió extensos territorios, y sólo se preocupó de ganarse la amistad de los pueblos sometidos y de establecer fronteras seguras: la oriental en el Éufrates y la europea en el Danubio y el Rin. En Bretaña construyó la muralla de Adriano, que atraviesa Inglaterra de costa a costa. Fue también un buen organizador que reestructuró la administración y el ejército, codificó el derecho civil romano («Edictum perpetuum»), y fundó ciudades en un intento de reactivar la economía de sus dominios. Murió a los sesenta y dos años de edad, después de larga y penosísima enfermedad. Lo sepultaron en un monumental mausoleo circular («mausoleum Hadriani») que es la base del actual castillo de Sant. Ángelo. El sucesor de Adriano fue su hijo adoptivo Antonino Pío (138-161), hombre sabio y gris de cincuenta y dos años de edad, que prosiguió la política pacifista de su antecesor aunque se vio obligado a combatir contra los belicosos partos. En su tiempo la calidad del soldado romano había decaído tanto que cada vez se recurría más al alistamiento de mercenarios germanos.

A la muerte de Antonino Pío sucedió la diarquía de Marco Aurelio y Lucio Vero. Nuevas guerras agotan a Roma: contra los activos partos, que intentan llegar hasta el

Mediterráneo, y contra las tribus rebeldes de Germania. Después de la muerte de Lucio Vero, el hijo de Marco Aurelio se convierte en corregente de su padre con el título de Augusto, en lo que parece un regreso al principio de sucesión dinástica.

Así llegamos al siglo III, en el que asistimos al pleno ocaso de Roma. El imperio está a merced de militares que ni siquiera son romanos de origen.

Cae en manos de bárbaros y de cínicos como Septimio Severo, cuyo lema era «enriquece a la tropa y échate a dormir». A la breve dinastía de los Severos (193-235) sucede un periodo de anarquía militar (235-276), del que Roma sólo se recupera a medias con la despótica monarquía oriental de Diocleciano. Pero esto pertenece ya plenamente a la decadencia y larga agonía del imperio romano.

El primer emperador romano fue un hombre atractivo y bien parecido, como sus numerosos retratos en piedra o metal ponen de manifiesto. Por su biógrafo Suetonio sabemos que tenía los ojos claros y los cabellos castaños y algo rizados. También nos dice que era cejijunto y que tenía los dientes desparejos. Su cuerpo era de proporciones armoniosas pero de corta estatura, defecto que él procuraba disimular usando zapatos de suela gruesa. Quizá fuera ésta la única coquetería que se permitía, pues, por lo demás, nunca concedió demasiada importancia al arte de sus sastres y peluqueros. Fue hombre de precaria salud: sufría del hígado y del riñón y era propenso a las afecciones de garganta. Además, padecía algún defecto congénito que hacía que cojeara a veces de la pierna izquierda. Procuraba cuidarse y llevaba una vida sana: comía parcamente y apenas probaba el vino; evitaba madrugar, se abrigaba y practicaba regularmente «footing» (¿de qué otro modo se pueden interpretar las palabras de Suetonio: «Terminado el paseo, corría saltando»?). Su otro deporte era la pesca con caña.

Augusto era hombre culto. Había recibido una sólida formación humanística, en la que destacó su amor por la literatura griega. Cuando empleaba el latín incurría a veces en faltas de ortografía, quizá porque escribía mucho y no siempre con la debida atención. Este gran administrador y formidable organizador fue muy aficionado a memoriales, notas, informes y todas las otras tareas burocráticas necesarias para el funcionamiento de un Estado cada vez más complejo.

Como diplomático, fue sutil e inteligente. Revistió su poder autocrático con las viejas formas de la democracia republicana donde lustre a un domesticado Senado y supo evolucionar personalmente desde la severidad —incluso crueldad— de sus primeras actuaciones hacia la patriarcal benevolencia de su ancianidad.

En su vida privada fue muy infortunado: sus posibles sucesores morían prematuramente, y finalmente se vio obligado a confiar en su hijastro Tiberio, que le era antipático. De su segunda esposa, Escribonia, tuvo una hija, Julia, cuya vida

licenciosa fue una permanente fuente de disgustos. De su tercera esposa, Livia, no tuvo hijos (o quizá Druso, del que ella llegó embarazada al matrimonio).

A todas sus mujeres fue repetidamente infiel, lo que era bastante corriente entre los romanos de la época. Su otro vicio —además de las faldas—, el juego, sólo se manifestó en los últimos años de su vida. Volviendo al tema de su descarriada familia, cuando hablaban en su presencia de las Julias, hija y nieta, a las que él denominaba «mis tumores», solía comentar: «¡Dichoso el que vive y muere sin esposa y sin hijos!». En su testamento las mencionó solamente para prohibir que las sepultaran a su lado.

Cuando iba a morir, se dirigió a los amigos que rodeaban su lecho y les preguntó: «¿Os parece que he representado bien esta comedia de la vida?».

Y añadió, en griego, la frase con que los actores terminaban y se despedían del público: «Si os ha gustado, batid palmas y aplaudid al autor». Luego expiró.

Tiberio (42 a. de C.-37)

Tiberio era feo, grandón y sin gracia. Tenía la nariz algo ganchuda y, en su vejez, la cara se le llenó de granos. Nunca gozó de grandes simpatías, ni en vida ni después de muerto.

Incluso cuando sus biógrafos tienen que alabar alguna cualidad suya se les arreglan para que nos resulte desagradable. Por ejemplo, su fuerza: era capaz de traspasar una manzana con el dedo o de hacer sangrar la cabeza de un niño de un papirotazo. Durante toda su vida gozó de envidiable salud.

Es comprensible que su carácter huraño y reflexivo no le granjeara muchos afectos. Tampoco él los buscó.

Las desdichadas circunstancias de su vida hicieron de él una persona amargada. Para Gregorio Marañón, que analizó lúcidamente al personaje en su ensayo «Tiberio, historia de un resentimiento», la compleja personalidad del emperador fue producto de los infortunios que experimentó: todavía niño, su madre abandona a su padre y a él para casarse con Augusto; en su mocedad, ya en el palacio imperial, todas las carantoñas van para su encantador hermano Druso. Se casa enamorado, y a poco su madre y Augusto lo arrebatan de los brazos de su querida esposa para casarlo con la casquivana Julia. Finalmente, las aventuras extraconyugales de la nueva esposa son la comidilla de los mentideros de Roma, pero el marido traicionado no puede hablar porque se trata de la hija favorita de Augusto.

El emperador sentía hacia él una profunda antipatía que nunca se molestó en disimular. En cuanto lo veía aparecer, interrumpía toda conversación relajada y alegre. «Desgraciado pueblo de Roma —comentó en una ocasión— que va a ser triturado entre tan lentas mandíbulas» (quizá aludía a la forma de hablar de Tiberio,

exasperantemente pausada).

Sus disposiciones de gobierno, antes de que abandonase los asuntos de Estado en manos de Sejano, fueron ilustradas y positivas. Era muy enemigo de la adulación. Impidió que el Senado le adjudicase títulos pomposos, así como la erección de estatuas suyas en lugares públicos. Tampoco aceptó que designasen al mes de septiembre con su nombre. Tomó disposiciones contra el lujo excesivo y procuró dar ejemplo: en la mesa imperial se servían las sobras de la comida anterior. A un consejero que le recomendaba aumentar los impuestos en las provincias le replicó: «El buen pastor esquila a sus ovejas, pero no las desuella».

Algunos excesos imputados a Tiberio parecen calumnias de historiadores que sentían nostalgia por el régimen republicano. Por ejemplo, no es admisible que fuera borracho y, sin embargo, el pueblo, descontento con él porque había suprimido los espectáculos circenses, lo calumniaba con diversos apodosos virolentos: «Biberius», «Caldius» y «Mero» (jugando con sus nombres legales: Tiberius, Claudius, Nero). Recordemos que también en España se apodó «Pepe Botella» al benemérito pero odiado José Bonaparte, que era abstemio.

La leyenda ha ganado la partida a la historia en el manido relato de las perversiones sexuales y crueldades que practicaba Tiberio en su residencia de Capri. Todo el mundo sabe que en aquel palacio campestre, asomado a los acantilados marinos, el emperador disponía de una sala «destinada a sus desórdenes más secretos, guarnecida toda de lechos alrededor» y decorada con pinturas y bajorrelieves de tema pornográfico. Allí organizaba sus orgías con un grupo de muchachas y muchachos expertos en todas las posibles fantasías y variaciones del sexo.

Era, además de «voyeur», un repugnante pederasta si damos crédito a Suetonio cuando escribe: «Había adiestrado a niños de corta edad, a los que llamaba sus pececillos, para que jugasen entre sus piernas cuando estaba en el baño, excitándolo con la lengua y los dientes y para que mamasen sus pechos». Calumnias sobre un hombre desdichado que nunca despertó amor ni compasión.

Su muerte fue tan escasamente gloriosa como había sido su vida. Postrado por un infarto, ya lo daban por muerto cuando recobró el conocimiento, se sentó en la cama y pidió de comer entre el contrariado estupor de sus cortesanos, que imprudentemente acababan de aclamar a su sucesor. Entonces, el emperador y resuelto jefe de la guardia pretoriana, Macro, le echó unas mantas sobre la cabeza y lo asfixió con ellas. Tiberio tenía al morir setenta y ocho años.

Mesalina (22 a. de C.-48)

El discreto diccionario de la Real Academia Española define la voz «mesalina»: «Mujer poderosa o aristócrata de costumbres disolutas». En otros idiomas cultos de

Europa viene a significar lo mismo. La famosa Mesalina fue la tercera esposa del emperador Claudio y madre de Octavia, esposa de Nerón. Había nacido en el seno de una antigua familia senatorial y recibió esmerada educación.

Aunque era ambiciosa e intrigante, y posiblemente influyó en ciertas decisiones políticas de su esposo, Mesalina ha pasado a la historia por su galante y esforzada carrera de ninfómana. Se dice que satisfacía sus apetitos sexuales indiscriminadamente con secretarios y siervos del emperador, apuestos miembros del Senado, mozos de cuadra e incluso entre los rudos clientes de los prostíbulos barriobajeros con los que batía récords de resistencia como profesional del amor.

Al senador Apio Silano lo hizo condenar a muerte porque rechazaba sus proposiciones deshonestas. La misma suerte siguieron otros muchos por distintos motivos. Viéndose en peligro, los libertos de la cancillería imperial delataron su poco edificante vida al ignorante e imperial marido. Claudio, apesadumbrado, la hizo ejecutar. El poeta Juvenal puso en verso las gimnasias prostibularias de esta alta señora en su sátira seis («Sobre las mujeres»), de la que seleccionamos un fragmento en la espléndida traducción de Bartolomé Segura:

¿Por qué te preocupas de lo que hizo la casa de un particular, de lo que hizo una Epia?

Vuelve tu vista a los émulos de los dioses, escucha cuánto soportó Claudio. Cuando su mujer se percataba de que su marido dormía, la augusta meretriz osaba tomar su capucha de noche y, prefiriendo la ester a la alcoba del Palatino, lo abandonaba, acompañada por no más de una esclava.

Y ocultando su pelo moreno con una peluca rubia entraba en el caliente lupanar de gastadas tapicerías, en un cuartito vacío que era suyo; entonces se prostituía con sus áureas tetas al desnudo, usurpando el nombre de Licisca, y exhibía el vientre de donde naciste, noble Británico. Recibía cariñosamente a los que entraban y les exigía dinero.

Luego, cuando el dueño del burdel despedía a sus chicas, se marchaba triste, y hacía lo que podía: cerrar la última el cuarto, todavía ardiendo con la erección de su tieso clítoris, y se retiraba, cansada de tíos pero aún no saciada, y afeada por el humo del candil y las mejillas oscuras llevaba el olor del lupanar a su almohada.

Capítulo 6

La ciudad de las siete colinas

Roma empezó en el monte Palatino y después se extendió por los vecinos Esquilino y Quirinal. Entre estas colinas quedaba una llanura pantanosa que desecaron (drenándola con la cloaca Máxima) para establecer en ella el mercado de la nueva ciudad, el Foro, que sería, desde entonces, centro de la vida pública. Y, al poco tiempo, todo ese conjunto se rodeó con la muralla de Servio Tulio, que abarcaba ya las siete colinas, incluyendo las de Viminal, Celio, Aventino y Capitolio.

A lo largo de seis siglos, la ciudad crece y se engrandece. Nosotros vamos a penetrar en ella en su época de mayor esplendor, cuando cuenta con más de un millón de habitantes y es cabeza de un imperio que abarca desde el abrupto Finisterre de Hispania a las llanuras Mesopotámicas y desde los húmedos bosques de Alemania al calcinado arenal del desierto líbico.

No tema el lector perderse de mi mano: un grupo de ilustres amigos romanos se ha ofrecido amablemente para mostrarnos hasta los más recónditos entresijos de su ciudad. Como ellos no son rigurosamente coetáneos, tampoco les vamos a exigir que la ciudad que nos muestran pertenezca a una misma época. Es posible que, desde esa diacrónica perspectiva, nos sea dado pasear por el Campo de Marte cuando era una llanura despejada o levemente arbolada, pero también podremos contemplar los espléndidos templos, los arcos de triunfo y el circo que vinieron a poblar su tranquila planicie.

Después de dos mil años, el tiempo anula esas distancias y nos permite abarcar, con la misma melancólica mirada, el solar, el edificio, su lenta ruina y los nuevos muros que lo suplantarán en un hipotético mañana. En esta fascinante ciudad conviven, y se yuxtaponen impúdicamente, el lujo más desenfrenado y la más afrentosa miseria. Al lado del palacio adornado con estatuas de mármol traídas de Grecia se levanta la chabola de barro, y más adelante, en el siglo III, cuando el suelo escasee, en apartamentos contiguos del mismo edificio habitarán el próspero tendero burgués y el pobre diablo que malvive de los subsidios y de las propinas. Un cuarto de la población padece hambre física. Los que tienen vivienda se hacinan en superpoblados edificios de los barrios bajos cuyas destartaladas ventanas dan a las lujosas mansiones rodeadas de jardines de los ricos o a las casas unifamiliares, con

una docena de habitaciones, de la clase media.

Si preguntamos a uno de los atareados ediles que se esfuerzan por ordenar la caótica urbe del siglo IV, nos dirá que el perímetro de su recinto abarca ya veinte kilómetros. Hace siglos que rebasó aquella primitiva muralla de Servio Tulio. Las 152 fuentes de la ciudad, a las que acuden largas filas de esclavos y mujeres con cántaros, consumen más de mil millones de litros de agua diarios, que les llegan por once acueductos. Existen 1797 casas unifamiliares y 46 602 bloques de vecinos repartidos en 423 barrios («vici»). Hay 37 puertas, 8 puentes sobre el Tíber, 29 avenidas, 11 foros, 856 baños privados, 11 termas públicas y 190 graneros que surten de trigo a 254 molinos y que son abastecidos por media docena de flotas que traen trigo de Sicilia, de Hispania y de Egipto. Hay también 2 circos, 2 anfiteatros, 3 teatros y 28 bibliotecas. Y 36 arcos triunfales y 10 basílicas. Casi toda esta grandeza, que ya comienza a dar preocupantes señales de la decrepitud que precederá a su dilapidación, arranca de la época de los Césares. Augusto solía ufanarse: «Heredé una ciudad de ladrillo y la dejo de mármol».

Dispongámonos a pasear por la ciudad. No nos limitaremos, como los turistas modernos suelen, a visitar sus más famosos monumentos. Nuestra intención es conocer los distintos ambientes de la ciudad, incluso aquellos donde la miseria y el abandono constituyen una afrenta para el moderno observador, aunque no, ciertamente, para la sociedad romana. Alega nuestro amigo Marco Cornelio que de la miseria de una gran parte de la población de la ciudad no es responsable el Estado. Es que los provincianos creen que en Roma se puede vivir del cuento y, sin pensárselo dos veces, hacen el hatillo y se presentan aquí, sin oficio ni beneficio, dispuestos a vivir de la sufrida «annona» o de la caritativa nómina de algún rico («sportula»). Séneca, el filósofo cordobés, es de la misma opinión: «Muchedumbres de personas abandonan voluntariamente su país natal y llegan a Roma atraídos por su propia ambición o por necesidades de los cargos públicos que desempeñan. Otros, lo que buscan es un lugar rico en vicios para engolfarse en ellos o anhelan únicamente recrearse en los espectáculos públicos. Unos vienen a vender su hermosura, otros su elocuencia, y muchos ponen en la almoneda sus virtudes o sus vicios».

Sus vicios, he aquí una clave en la que los otros contertulios parecen coincidir. El también español Marcial remacha: «Si uno es honrado, no es seguro que pueda vivir en Roma».

Y Lucano se lamenta de que quede poco de la población original «puesto que aquí se ha concentrado la hez del mundo entero».

Como procedemos del municipio Urgavonense, en la hispana Bética (y estamos orgullosos de ello porque aquélla fue una de las provincias más profundamente romanizadas, que es tanto como decir civilizadas) hemos entrado en la ciudad por el puerto del Tíber, lo que quizá no nos depare el paisaje urbano más idóneo para

adquirir una favorable primera impresión de Roma. Aguas cenagosas sobre las que flotan desperdicios, muelles abarrotados de silentes bultos y vociferantes esclavos, denso olor de almacenes de curtidos, hoscas volúmenes de pósitos y corrales que parecen aplastar las mínimas hileras de frágiles y destartadas viviendas que se apiñan desde el río hasta las laderas del vecino Aventino. Por estas malolientes callejuelas pululan bandadas de niños mendigos, apenas vestidos de harapos, y mal encaradas prostitutas que nos brindan, con gritona insistencia, sus marchitos encantos. Mejor será que nos apresuremos y salgamos de aquí porque cae la tarde y Marco Cornelio nos ha advertido que por esta zona abundan los atracadores.

Al llegar a la explanada del Circo Máximo, el ambiente no mejora gran cosa. Las destartadas y ruidosas casas de vecinos se apiñan unas sobre otras dejando apenas paso entre ellas por unas callejas húmedas y malolientes. Pasamos ante alguna barbería, donde a esta hora hacen tertulia los hombres de la vecindad. Raídas túnicas, pies descalzos, gente humilde y plebeya, artesanos, esclavos, obreros.

Algunas pobres tiendas permanecen abiertas: zapateros, abaceros, lanas. Gente de los otros barrios viene a comprar aquí porque los precios son más bajos. Observamos también la existencia de prostitutas que intentan atraer al viandante desde las ventanas de sus sórdidas alcobas.

Cediendo a los insistentes ruegos de nuestro amigo Marco Cornelio, salimos del barrio y nos encaminamos al Capitolio. Por aquí deberíamos haber empezado la visita puesto que es el centro sagrado de la ciudad y su parte más noble y antigua. El Capitolio es la primera de las siete colinas. En realidad tiene una extraña forma, con dos cimas. En la más amplia, propiamente denominada «Capitolium», está el templo de Júpiter, el más importante de la ciudad, su catedral, como si dijéramos; en la otra, el Arx, está el templo de Juno Moneta, la esposa de Júpiter. Pasamos junto a los imponentes muros del archivo estatal («Tabularium») y nos asomamos, por el escarpe meridional, a la famosa Roca Tarpeya, desde la que antiguamente se despeñaba a los condenados a muerte. Tiene una buena costalada.

Se nos ha hecho de noche y apenas nos queda tiempo para echar un vistazo al «Tullianum», donde se custodian las copias en bronce de los más solemnes tratados que Roma ha firmado con sus socios y aliados. De paso hemos podido admirar una espléndida colección de estatuas en la que vemos representados a todos los grandes hombres de la historia de Roma.

Nuestro amigo Marco Cornelio, en cuya casa nos hospedaremos, habita en el antiguo barrio del Palatino, donde están las residencias de gran parte de las más antiguas familias de la aristocracia romana. Ahora, debido a la escasez de espacio, algunos ricachones de última hora empiezan a construirse magníficas mansiones al otro lado del valle, sobre el Celio o, pasando el Foro, sobre el Viminal. En el siglo III las residencias ajardinadas ocuparán también el Esquilino y el Pincio. No obstante, el

Palatino sigue siendo el barrio favorito de la nobleza. Aquí reside Augusto, en una casa bastante modesta, por cierto; aquí construirá Tiberio la Domus Tiberiana, que Calígula ampliará en la Domus Gaiana. Nerón, necesitado de más ambiciosos espacios, edificará al pie del Palatino, sobre la llanura adyacente, su Domus Transitoria, que después del famoso incendio de Roma hubiera dado lugar, de haberse concluido, a la desmesurada Domus Aurea. Y aquí, finalmente, instalaron los Flavios su sede imperial.

Marco Cornelio nos cuenta una anécdota referida a la casa de Nerón. El emperador, como buen megalómano, aspiraba a construirse un palacio que superara no sólo los de todos sus predecesores, sino, a ser posible, también los de sus sucesores. El proyecto de la Domus Aurea, resultado de tal empeño, ocupaba tantas hectáreas que los ingeniosos y maldicientes romanos llenaron la ciudad de pasquines en los que se podía leer:

«Roma va camino de convertirse, toda ella, en una sola mansión. ¡Ciudadanos, emigrad a Veyes!». Y una venenosa posdata añadía: «Aunque bien pudiera ocurrir que la casa de Nerón llegue también a Veyes».

En la residencia de Marco Cornelio nos están esperando su noble y distinguida esposa, la discreta Caesia, y sus dos agraciadas hijas adolescentes. Tiene también un hijo, Cayo, oficial del ejército destinado en una guarnición de Hispania. Hacemos una respetuosa venia ante la hornacina de los Lares familiares y, acto seguido, pasamos al triclinio, donde nos aguarda la opípara aunque algo tardía cena que han preparado en nuestro honor. Después de una breve sobremesa, nos retiramos a nuestro aposento. Un esclavo, el mismo que nos lavó los pies al llegar a la casa, nos ayuda a desvestirnos y luego se lleva la luz.

Al día siguiente, en cuanto amanece, la casa se llena de ruidosa actividad.

Nos aseamos y, siempre solícitamente atendidos por el esclavo de la víspera, nos ponemos la toga, una operación bastante más complicada que hacer un buen nudo de corbata. Después del copioso y reposado desayuno, nos lanzamos a la calle con el grupo de amigos que, mientras tanto, ha ido llegando a la casa. Charlando animadamente con tan excepcionales cicerones descendemos una suave cuesta flanqueada por las tapias y fachadas de hermosas residencias. Entre ellas nos señalan la del famoso Craso, que en su tiempo fue la mansión más lujosa de Roma. Cuando llegamos al llano la conversación decae un tanto. Ahora discurrimos por lóbregos callejones de humildes casitas entre las que brota de vez en cuando un destartalado bloque de apartamentos. Un hervor de vida se percibe en el barrio. Los niños de la vecindad juegan a las canicas sobre el dilapidado empedrado de la calle, profundamente surcado por las rodadas de los carros. En medio de una plazuela, un

cerdo de suculentos andares hoza sobre una pila de estiércol fresco.

Lucilio, que advierte nuestra mal disimulada sorpresa, nos informa: «Si no fuera por los cerdos que vagan por las calles comiéndose los desperdicios, estos barrios olerían aún peor».

«Pero ¿a quién pertenece?», preguntamos por decir algo.

«Será de algún vecino. Seguramente uno de esos niños tiene por misión vigilarlo. Ten en cuenta que Roma está llena de ladrones y rateros». Unos minutos más tarde llegamos al Foro, que es la plaza mayor de Roma.

Ocupa el centro de la dilatada llanura que las siete colinas limitan. Por lo que estamos viendo, Roma es una ciudad concéntrica y el Foro es su corazón. Aquí está el centro de la vida oficial, la «city», si se nos permite utilizar el término anglosajón, aunque sólo sea en gracia a su origen latino. En torno al Foro, apurando la llanura, se apiñan enmarañadas callejuelas y bulliciosos barrios populares, tiendas, obradores de artesanos, mercados y mercadillos que, a nuestros ojos perversamente modernos, semejan zocos de ciudad moruna. En los límites de la llanura se alza el relieve para formar un vago semicírculo de colinas en cuyas laderas y alturas se han instalado los barrios residenciales, los monumentos y las mansiones de los ricos.

Lucilio se esfuerza en describirnos el ambiente: «De la mañana a la noche, tanto en días laborables como en festivos, todo el mundo, plebeyos y senadores, se apiña en el Foro y pasa allí el día, sin ausentarse nunca. Todos se entregan a la misma pasión y al mismo arte: el de engañarse mutuamente con sus palabras, contender en enredos, competir en lisonjas, fingirse nobles y tender trampas al prójimo como si cada uno de ellos fuese enemigo de todos...». Las seguramente exageradas palabras de nuestro amigo se pierden en el bullicio ferial de la plaza.

Desde un ángulo propicio se nos ofrece una buena panorámica del Foro: un vasto espacio irregular y alargado rodeado de magníficos templos y de edificios oficiales de noble apariencia. A pesar de lo temprano de la hora, la muchedumbre aquí concentrada es tal que no se puede dar un paso sin importunar al vecino. La algarabía es tremenda porque todos hablan a gritos.

No obstante, esta promiscuidad no parece importar a los romanos. Ya se sabe cómo es la vida aquí: «Uno me da un codazo, otro me aporrea con una viga que lleva al hombro, otro me da un coscorrón con una canasta y aquél con una tinaja». En la multitud encontramos de todo: gentes atareadas que se ocupan de mil diversos asuntos, gentes ociosas, ganapanes, pícaros, nobles Patricios, míseros mendigos, hombres de negocios, funcionarios estatales, ávidos cambistas, vociferantes abogados, ayunos literatos, geómetras, médicos, vendedores ambulantes de salchichas y empanadas de garbanzos... Todas las razas y pueblos del mosaico imperial están dignamente representados en el mar de cabezas: rubios germanos, azafranados galos, endrinos etíopes, rizados judíos, greñosos sirios, impecables

griegos, cetrinos hispanos. De vez en cuando un par de corpulentos esclavos provistos de garrotes («anteambulones» = los que caminan delante) apartan a la gente sin muchos miramientos para abrir paso a la litera de algún potentado: «Paso a mi señor, paso a mi señor», van salmodiando mientras te dan el manotazo. El que tan cómodamente atraviesa el Foro, navegando en muelle colchón sobre aquel mar humano, ha preferido correr las doradas cortinas de su lecho para ignorar las incomodidades que causa a sus conciudadanos.

Sólo alcanzamos a verle una mano blanca, ociosa y regordeta que asoma, al desmayado desgaire, fuera de los velos dorados. Hemos podido contar hasta cinco anillos de oro adornados con imponentes piedras. Con el valor de cada una de ellas muchas familias podrían vivir decorosamente por el resto de sus días.

Éste es el corazón del imperio. De esta bulliciosa fuente mana su burocracia: cartas, certificados, informes, órdenes de pago, contratos de obras públicas, nombramientos, recomendaciones, ceses. Los funcionarios estatales trabajan en jornada intensiva, desde que amanece hasta mediodía o poco menos. La tarde es para el ocio y los deportes. Es el momento de cumplir con el rito turístico de todo recién llegado.

Nos abrimos camino hasta la tribuna de los oradores, junto a los Rostra.

Aquí está el centro geográfico de Roma, señalado por una columna de piedra revestida de bronce dorado («miliarium aureum», que más adelante, con Constantino, será el «umbilicus Romae», es decir, el ombligo de Roma). Este punto es el kilómetro cero del que parten todas las calles que conducen a las puertas de la ciudad y a las carreteras que comunican la capital imperial con sus dominios.

Ahora comprendemos la justeza del dicho «todos los caminos van a Roma».

Próxima a los Rostra está la oficina de las «Acta Diurna Populi». Nuestro amigo Marco adquiere un ejemplar. Éste es el periódico de Roma, una especie de Boletín Oficial de Estado manuscrito en el que se reflejan los edictos de los magistrados, las constituciones imperiales, los bandos de la ciudad, sus actos públicos y los ecos de sociedad.

Todo el que tiene familiares en provincias lo adquiere para enviárselo, pues los que añoran Roma en tierras lejanas leen con fruición este periódico. Al pasar junto a los Rostra, Marco nos explica el sentido de estos extraños trofeos. Son unas columnas de piedra adornadas con los espolones de bronce de los navíos capturados al enemigo. En este punto se exhibieron también la cabeza y las manos de Cicerón al día siguiente de su asesinato.

Pasamos por la zona de los cambistas. Hay como una docena de ellos, parapetados detrás de sus tenderetes.

Los que no están atendiendo a algún cliente hacen tintinear, con profesional destreza, el reclamo de sus apiladas monedas. Si te ven cara de forastero, te interpelan

y te abruman con sus consejos e insisten en que no pases adelante sin cambiar tus divisas. Roma, te advierten, está llena de mercaderes desaprensivos. Si no andas provisto de moneda romana te estafarán. Pasadas las oficinas de los cambistas, entre la noble arquitectura de los templos de Cástor y Pólux y de Vesta (donde los nobles romanos depositan sus testamentos al cuidado de las vírgenes vestales) está la basílica Iulia, donde los abogados defienden sus pleitos. Una muchedumbre de ociosos asiste a los juicios, pues el romano es muy aficionado a la elocuencia y a la controversia. Visitamos después el templo de César, levantado sobre el punto donde ardió su pira funeraria, y los templos de Minerva y de Augusto divinizado. Notamos un tumulto en torno a unos carteles que han colgado del muro posterior del templo. «Son —nos explica Marco Cornelio— las listas de soldados licenciados». La biblioteca de Tiberio está al lado y cuando se publican las listas no hay quien pueda trabajar allí, del ruido que se forma en la calle.

A una observación nuestra sobre la cantidad de gente ociosa que se ve en el Foro, Séneca replica:

«Roma está llena de personas inquietamente ociosas que no tienen mejor cosa que hacer que merodear y matar el tiempo. Todo el día se lo pasan por las casas, por los teatros y por los foros, entrometiéndose en los asuntos de los demás y dando la impresión de que hacen algo. Sólo buscan pasar el tiempo; son como esas hormigas que suben en largas hileras hasta la copa de los árboles para bajar luego al suelo de vacío. Si los observas detenidamente verás a los que saludan a uno que ni siquiera les devuelve el saludo, se suman al cortejo fúnebre de un desconocido, acuden al juicio de uno que pleitea todos los días, a la boda de una mujer que se casa cada dos por tres; o escoltan una litera y echan una mano para llevarla si se tercia. Luego regresan a su casa agotados y no saben decir a qué salieron ni dónde han estado, pero al día siguiente vuelven a lo mismo».

Marco Cornelio, que teme que nuestra impresión de Roma sea un tanto negativa, intenta llamar nuestra atención hacia la magnificencia arquitectónica que nos rodea razonando que la ciudad es también obra de las laboriosas generaciones que la ilustraron con tan espléndidos monumentos. Precisamente esta zona del Foro es la más monumental de la ciudad porque, al ser escaparate de la vida pública de Roma y marco de sus más solemnes ocasiones, los sucesivos emperadores han rivalizado en dotarla espléndidamente. El que inició su engrandecimiento fue César, cuando hizo construir la basílica Iulia y los Rostra. Augusto añadió el templo Divi Iulii; Tiberio, aunque era grandísimo tacaño, reedificó dos templos: el de la Concordia y el de Cástor y Pólux; Tito añadió el de Vespasiano; Trajano urbanizó la explanada

levantando dos grandes parapetos junto a los Rostra; Antonino construyó el Templum Antonini et Faustinae; Septimio Severo, el arco de su nombre, y Majencio inició una espléndida basílica que completaría su rival Constantino. Como esas salas excesivamente amuebladas de las familias consumistas, el antiguo Foro de Roma acabó quedándose estrecho, y sus funciones, colapsadas por la creciente burocracia de un imperio cada vez más complejo, hubieron de extenderse a los llamados foros imperiales. Éstos constituyeron el ensanche de la nueva Roma en las cercanías del Foro antiguo. En el de Vespasiano encontramos el templo de la Paz y el de la Villa, donde admiramos un curioso plano de roma, a escala, en mármol, que adorna la fachada de la biblioteca.

Después está el de Nerva o transitorio, más reducido, con el templo de Minerva, y a continuación los de César y Augusto: una hermosa colección de estatuas de romanos célebres y la ecuestre de César. El último foro, mayor y más notable que los demás, es el de nuestro comprovinciano Trajano, construido sobre el celebrado diseño de Apolodoro de Damasco. Su hermosa plaza porticada, excavada en parte en las laderas del Capitolio y del Quirinal, está rodeada de notables edificios y obras de arte.

Son famosas sus galerías comerciales y almacenes y el conjunto que forman la basílica Ulpia y las bibliotecas y templo de Trajano divinizado. Y en el centro de todo ello, la espléndida columna de Trajano.

Pero escapemos de la muchedumbre y busquemos más desahogados espacios.

Por el lado del Foro que da al Quirinal, en la zona del Campo de Marte, donde antiguamente se celebraban las elecciones, salimos a los Saepta. Aquí el ambiente es más tranquilo. Curioseamos entre los tenderetes de las tiendas de lujo donde se hacían los más variados productos del imperio. Los caprichosos y elegantes de Roma deambulan por este centro comercial en busca de telas de seda, perfumes orientales, taraceas egipcias, esclavos de lujo, cerámica griega, papagayos, collares de ámbar. No todos compran, naturalmente. Éste es también el paseo en el que se dan cita los elegantes después del almuerzo. Si bien, para según qué cosas, se pueden escoger también otros paseos de la ciudad más tranquilos e íntimos: la vía Apia, la vía Flaminia, los parques del Trastevere y del Aventino, el entorno ajardinado del templo de Diana o incluso el juvenil y bullicioso Campo de Marte al que ya, sin más dilación, salimos.

El campo de Marte se extiende desde las colinas Capitolina y Quirinal hasta el río. Es el pulmón de Roma, su punto más espacioso y despejado. Aquí es donde las nodrizas pasean a sus niños; los mozalbetes juegan; los jóvenes, e incluso no tan jóvenes, practican sus deportes favoritos, corren, juegan a la pelota o luchan.

Alejándose del centro, por las apacibles riberas del Tíber, también se encuentran recoletos paseos donde los ancianos toman el sol y platican. Es sólo una relativa

lástima que, a lo largo de los siglos que abarca el imperio, el Campo de Marte acabe urbanizándose también con un número excesivo de edificios. Allí admiraremos el mausoleo de Octavio, un túmulo recubierto de árboles de hoja perenne, el pórtico de Octavio, el teatro de Marcelo, el Ara Pacis, el estadio de Domiciano, el teatro Odeón, el panteón de Agripa y las termas de Agripa y Nerón. También los templos de Isis y Serapis, en cuyos recoletos alrededores se solían citar los enamorados. Y para los cultos, el pórtico de Octavia, la hermana de Augusto, verdadero centro cultural dotado de biblioteca y sala de conferencias.

Esto es lo que encontramos por la ribera izquierda. Más allá del río, por los campos del Vaticano, sólo acertamos a otear verdes trigales, lujosos jardines, huertas y casas de recreo o de labor.

Si nos acompañara Cicerón, seguramente no habría podido reprimir una lágrima furtiva al contemplar, allá a lo lejos, el jardín que él quiso comprar a cualquier precio para elevar en él un santuario dedicado a la memoria de su querida hija Tulia. Andando el tiempo, esta ribera se poblará de modestos edificios y constituirá un barrio obrero (el Transtíber). También se construirán aquí el mausoleo de Adriano y el circo de Calígula.

Pero si en lugar de acercarnos al río hubiésemos optado por abandonar el Foro por el lado opuesto, es decir, por el que da al Esquilino, nos habríamos topado con la magnificencia del anfiteatro y el magnífico templo de Venus y Roma, con su tejado cubierto de planchas doradas, bañadas en oro, que relumbra en la distancia, herido por el sol. Delante del templo está el Coloso de Nerón (origen de la palabra Coliseo con la que se conoce al vecino anfiteatro). Es una estatua gigantesca, de treinta y seis metros de altura, que adornaba la entrada de la Domus Aurea. A la muerte de Nerón le añadieron los atributos necesarios para que representara al dios Sol. Adriano la trasladó a su actual emplazamiento. Los viejos del lugar aún recuerdan que fue necesario uncir veinticuatro elefantes a la plataforma que sirvió para trasladarla.

El Esquilino es otro de los barrios curiosos de Roma. En tiempos de la república era un lugar horrendo: en su desolada cúspide se alzaban cruces y patíbulos, cerca del cementerio y osario municipal a donde iban a parar los cuerpos de los ajusticiados o de los mendigos que morían en la calle; en su falda sinuosa crecían, entre mefíticas basuras, las chabolas de los más pobres. Allí se alineaban los humildes prostíbulos de la Subura, el barrio chino de la ciudad, del que todavía persiste algo en las callejas sórdidas donde habitan los libertos y los artesanos desempleados. Pero el Esquilino que visitamos ahora con nuestros cultos amigos se ha ido convirtiendo, en el razonable espacio de un siglo, en un elegante barrio residencial que huele a dinero fresco y a prosperidad recién estrenada. Baste decir que hasta aquí había de extenderse la Domus Aurea de Nerón (sí, probablemente llevaban razón los que censuraban la excesiva extensión de sus dependencias y jardines). En este señorial

vecindario están los más bellos parques de Roma, entre ellos el tan famoso de Mecenas, y algunas de las más espléndidas mansiones de la nueva aristocracia.

Como nuestras costumbres son más plebeyas, descendemos de nuevo al bullicio y a la fritanga de los barrios populares en torno al Foro.

Otra vez nos perdemos por calles estrechas y tortuosas. En las horas de mayor afluencia, los embotellamientos son frecuentes, particularmente en los puntos donde se cruzan dos o tres literas o sillas portátiles en las que los ricos se hacen transportar a hombros de esclavos.

En el Argiletum visitamos el Vicus Sandaliarius, donde están enclavados los comercios de los zapateros y de los librereros («bibliopola»), dos actividades estrechamente asociadas pues comercian con el mismo material, el cuero. Por cierto que el hedor a piel podrida y a pez recalentada que despiden sus obradores y tenerías flota sobre el barrio entero como una pestilente losa. Nuestros elegantes amigos echan mano de sus perfumadas bolitas de ámbar y se las llevan a las narices en los pasajes donde el hedor se hace especialmente insoportable.

Comenzamos a entender que el uso de perfumes esté tan extendido en Roma entre las clases pudientes: es que la ciudad huele francamente mal. Como todos los componentes del grupo somos gente de letras, es inexcusable que penetremos a curiosear las últimas novedades en dos o tres librerías («tabernae librariae»). Al fondo de cada establecimiento, en la parte más iluminada, hay largos escritorios donde los amanuenses, asalariados o esclavos, se afanan sobre sus papiros y tinteros. Están fabricando copias de la nueva obra de Ovidio, un manual para enamorados que parece que va a ser best-seller entre los donjuanes de las provincias. El método de edición resulta algo penoso a los que procedemos de la galaxia de Gutenberg. Casi todos los libros se componen sobre rollos de papiro de Egipto de veinte hojas encoladas una a continuación de otra. Su lectura es bastante incómoda. Desde la época Flavia se divulgan otros tipos de libros parecidos a los nuestros («quaterniones»), que se fabrican con pergamino de oveja («membrana»), pero resultan caros.

Otros soportes de la escritura nos parecen no menos curiosos. Tablillas de madera enceradas («cerae»), unidas como un bloc de anillas («codex», de donde la palabra «códice») y hasta láminas de plomo para documentos importantes que deben perdurar.

A la salida de la librería, en una encrucijada, un pesado carro lanzado a toda velocidad está a punto de atropellarnos.

—Creía que estaba prohibida la circulación de carros durante el día —comento sin salir todavía del susto.

—Y lo está —asiente Marco Cornelio—, pero se hace una excepción con los que transportan escombros o materiales de construcción, puesto que de otro modo habría

que construir de noche y eso haría de Roma una ciudad aún más ruidosa de lo que ya es, si te puedes imaginar tal cosa. Descendemos a los barrios del Tíber y curioseamos por las tiendas.

Cada una de ellas exhibe sus productos en la puerta, así como carteles rotulados en brillantes colores. Son mensajes publicitarios que pretenden atraer a los clientes indecisos. En el dintel de la chacinería admiramos una simétrica batería de hermosos y bien curados jamones; en el de la bodega contigua hay dos panzudas ánforas. Entran y salen clientes provistos de cenachos en los que portan sus compras del día. No nos parece que se apresuren como los que van de tiendas en nuestras ciudades modernas; antes bien se van deteniendo a cada momento para conversar con algún conocido o para asistir a los mil espectáculos que la calle ofrece: saltimbanquis, tragasables, augures, decidores de buenaventura, curanderos... También abundan los vendedores ambulantes de baratijas y de ropas usadas («centonarius») que son las únicas que pueden comprar los pobres.

Uno de nuestros amigos se detiene en una barbería («tonstrinae») donde suele hacer tertulia. Los barberos («tonsores») ejercen un oficio muy necesario pues, en esta época, todo el mundo se afeita el rostro (excepto los excéntricos filósofos, que gastan barba) y, sin embargo, no existe la costumbre de afeitarse uno mismo. En cierto modo se comprende: todavía no se ha inventado el jabón, hay que raparse en frío la indócil barba, tan sólo humedeciéndola con agua, y, por si fuera poco, el filo de las navajas deja bastante que desear. Es muy frecuente ver auténticos «ecce homos», perdón por tanto latín, y mal restañadas heridas sobre rostros afeitados con dudoso apurado.

A través de la calle de los vidrieros («vicus vitrarius»), llegamos a la de los perfumistas («vicus unguentarius»), quizá el único punto de Roma donde los tufos y olores no ofenden al olfato. En minúsculos talleres, los esclavos se afanan moliendo polvos de olor y extrañas sustancias en sus morteros de piedra.

Por todas partes se ven manchas de aceite, que será el vehículo de las esencias hasta que se conozca el alcohol. Cerca ya del Tíber, en el «vicus tuscus», el goloso Marco Cornelio adquiere una bolsita de pimienta.

La hora del almuerzo nos sorprende en el barrio XIV. Hemos dado tantas vueltas por Roma que tenemos los pies hechos polvo. Los amigos que nos acompañaban han ido desertando y no volverán hasta la tarde. Cuando quedamos solos, Marco dispone que regresemos a casa en un taxi. Nos dirigimos a la parada («castra lecticariorum»), donde alquilamos una litera de dos plazas. Es como una especie de espaciosa angarilla que contiene un colchón duro y unas almohadas. Ocho fornidos esclavos capadocios introducen largos varales por las argollas laterales y, a la señal del capataz, levantan vigorosamente la litera y parten hacia el punto de destino a notable velocidad. Como nuestro vehículo es de alquiler, su decoración es sucinta, pero por el

camino nos cruzamos con otras literas privadas en las que sus dueños hacen emblemática ostentación de riqueza. Marco Cornelio me explica que también existen literas de viaje, para la carretera, portadas por dos mulos («basterna»).

Aquellos que no pueden permitirse el lujo de una litera procuran al menos lucirse en utilitaria silla de manos («sella») portada por una pareja de esclavos. Nadie se acuerda de la antigua ley, promulgada por César, que limita el uso de estos artefactos.

Domiciano lo prohibirá a las mujeres de vida alegre con idénticos negativos resultados.

Nocturna Roma

Los ciudadanos que se lo pueden permitir, porque están desocupados o porque son ricos o funcionarios del Estado o pequeños propietarios rentistas, procuran pasar la tarde en las termas. Las termas constituyen el gran placer del romano cuando no hay juegos o espectáculos públicos. Pero nosotros nos sentimos tan agotados después de la caminata de esta mañana que preferimos pasar la tarde en casa, leyendo a Virgilio en la discreta pero suficientemente surtida biblioteca de nuestro anfitrión. He de advertir que casi todas las casas nobles cuentan con su propia biblioteca, si bien estas bibliotecas particulares raramente exceden de un par de docenas de volúmenes puesto que el libro es caro y se deteriora fácilmente con la polilla y la humedad. Los eruditos pueden, no obstante, trabajar en las bibliotecas públicas de las que Roma está suficientemente surtida. En el siglo IV llegó a haber veintiocho.

Las más importantes eran la de Augusto, en el Palatino, la de Tiberio, en la Domus Tiberiana, y la Ulpia, donación de Trajano.

A la caída de la tarde, después de cenar, salimos a dar una vuelta para conocer la Roma nocturna. Nos acompañan otra vez los amables amigos de la mañana.

La noche romana es mucho más ruidosa que el día. En cuanto se pone el sol, los centenares de carros de víveres y mercancías que han ido llegando durante todo el día a los aparcamientos de las puertas Trigémica y Collina, irrumpen en la ciudad, la invaden y se dirigen a sus puntos de destino a toda velocidad pues sólo los primeros podrán librarse de los inevitables embotellamientos. Aunque la ley establece que los ciudadanos tienen derecho a transitar sin miedo ni peligro («sine metu et periculo»), lo cierto es que el mero ruido de los carros nos amedrenta: son como bólidos sobrecargados cuyas llantas de hierro truenan inmisericordes sobre los relejes del agrio empedrado. De vez en cuando rozan las piedras sobrealzadas en medio de la calzada, que constituyen los pasos de cebra, y hacen saltar siniestros regueros de chispas. Decididamente ésta es una ciudad insoportablemente ruidosa. Adivinando nuestros pensamientos, Marcial interviene:

—¡Los ruidos de Roma! No te dejan vivir por la mañana los maestros de escuela,

por la noche los panaderos y a todas horas los caldereros, que repican con sus martillos; aquí es el cambista aburrido que tintinea sus monedas sobre la sórdida mesa, allá un dorador que aporrea con su bastoncito la piedra pulida. Incesantemente los fieles de Belona gritan poseídos por la diosa; no acaban nunca, el náufrago con una tabla al cuello que va refiriendo la historia de su percance; el niño mendigo al que su madre ha enseñado a pedir limosna lloriqueando, el revendedor que te molesta insistiendo en que le compres unas pajuelas... Juvenal es todavía más radical en su condena. A él, romano de toda la vida, además de los ruidos que producen sus conciudadanos, le molesta que haya tantos extranjeros y forasteros.

La tiene particularmente tomada con los griegos.

—Esta ciudad se me hace insoportable. Hace un momento que en el Tíber ha desembarcado el Orontes trayendo consigo la lengua y las costumbres de aquellas gentes y, además, flautistas que aportan liras con cuerdas traveseras, tímpanos, su instrumento nacional, y esbeltas muchachas.

¡Ay, los griegos! Vienen de todas partes, se instalan en el Esquilino y en el Viminal y se hacen dueños de las familias más ilustres. Son lo que quieras que sean: literatos, rectores, geómetras, pintores, masajistas, augures, funámbulos, médicos, magos. El grieguito muerto de hambre entiende de todo. Dile que te suba al cielo: te subirá.

La ciudad nocturna es tan ruidosa que no nos extraña que sus calles estén tan concurridas. A lo mejor son vecinos que no consiguen conciliar el sueño en sus casas. «Es que para poder dormir en Roma tienes que ser muy rico», replica, agrio, Juvenal.

La vida nocturna se concentra en ciertos barrios donde existen tabernas («popinae, thermopolia»). Nos llama la atención que el vino se sirva caliente. En algunos establecimientos se juega a los dados, cruzando apuestas. En casi todos hay pelanduscas que ejercen su oficio en camaranchones de los pisos altos o en húmedas trastiendas abarrotadas de ánforas y cachivaches.

Juvenal, siempre atento a los aspectos negativos de la ciudad, es de la opinión que debiéramos dar por terminado el paseo y retirarnos a nuestras respectivas posadas. Es poco amigo de la noche.

—Considerad ahora —nos dice— cuán diversos son los peligros de la noche. Pensad desde qué altura puede precipitarse una teja y romperte el cráneo y cuántas veces son lanzados desde las ventanas cacharros desportillados que dejan profundas huellas sobre el empedrado. ¡Bien se te ha de tener por descuidado e imprevisor si asistes a una cena sin haber hecho previamente testamento! Cuando sales de noche te acechan tantos peligros mortales como ventanas hay abiertas. Y sólo por esta razón te conformas melancólicamente con que se contenten con ducharte con el contenido de los cubos.

No exagera nada nuestro malhumorado amigo. En esta ciudad, que es cabeza del

mundo, son pocas las casas que están provistas de desagües y el servicio municipal de recogida de basuras aún no se ha inventado. Por lo tanto, los desperdicios del día suelen arrojarse a la calle por la ventana en cuanto las propicias tinieblas —tampoco hay alumbrado público— garantizan la impunidad. En tales circunstancias, el sufrido transeúnte está vendido, pues en cualquier momento le puede llover del cielo un chaparrón de desperdicios líquidos («effusum») o, lo que es peor, sólidos («deiectum»).

En casos graves de descalabramiento, que los hay, todos los inquilinos del inmueble serán corresponsables ante la justicia.

En cada uno de los catorce distritos en que está dividida la ciudad existe un cuartel o comisaría («excubitorium»), que es también parque de bomberos. Está servido por un retén de «vigiles» que patrullan las calles provistos de cubos y armas, por si hay incendios o reyertas, pero ya se sabe que nunca están cuando se los necesita. Si uno quiere sentirse seguro debe llevar su propia escolta, cuatro o cinco fornidos esclavos, armados de garrotes y provistos de luces.

Otro peligro nocturno es el constituido por los gamberros. Hay cuadrillas de mozalbetes, algunos de ellos de las mejores familias de la ciudad (incluso el propio Nerón, ya emperador, se sumó a veces a estas pandillas), a los que la costumbre consiente que campen por la ciudad cometiendo toda clase de abusos antes de que el yugo del matrimonio y el trabajo adulto les asiente la cabeza. Si se contentan con insultarlo o apalearlo y con sobarle la mujer, ya puede el pacífico transeúnte dar gracias a los dioses, porque ha salido bien parado después de todo, pues muchas veces gustan de redondear la faena arrojando a sus víctimas a la cloaca más próxima. También saben echar abajo la puerta de una conocida cortesana que pensaba holgar —en el sentido de descansar— esa noche, para violarla por turno, destrozarle el mobiliario y robarle las galas y trebejos del antiguo oficio.

Capítulo 7

Viviendas adosadas y colmenas sociales

Como en Roma impera un régimen capitalista, no nos sorprende que los potentados vivan en mansiones y palacios, los ricos en viviendas unifamiliares adosadas y los pobres que disponen de un techo donde cobijarse, en bloques de apartamentos. La casa de nuestro amigo Marco Cornelio es un buen ejemplo de vivienda para familia acomodada a nivel medio alto. Consta de un solo piso y está cerrada por un muro sombrío, mal enfoscado y sin ventanas, en cuya parte central se abre una especie de breve pasillo que conduce a la puerta de la casa. El exterior causa una deficiente impresión, pero cuando se traspasa la puerta, un luminoso y cómodo interior nos acoge.

Hay un breve vestíbulo que desemboca en un patio cuadrado («atrium») cuyo centro, abierto al cielo, está ocupado por una pila («compluvium») a la que va a parar el agua de los tejados cuando llueve. La pila está dotada de un rebosadero para que el precioso líquido alimente el aljibe subterráneo. En invierno la vivienda se ventila y solea a través de este patio; en verano se tiende un toldo («velaria») que impide que el sol caliente el interior de la casa. En torno a este patio discurre una galería a la que se abren las puertas y ventanas de las distintas habitaciones. Enfrente de la entrada hay una hornacina muy decorada («lararium») en la que se veneran los lares de la casa y, cerca de ella, la caja fuerte («arca»), alacena asegurada con potentes candados que guarda los objetos de valor y el dinero.

Del «atrium», por la parte posterior, sale un corto pasillo que conduce a un espacioso patio trasero, el «peristylum», más ancho y luminoso, donde habitaciones suplementarias se abren a un espacio rodeado de columnas y ajardinado. Admiramos bellos parterres de plantas de olor y flores, así como algunas estatuas y frisos decorativos de gran mérito. En el espacio central hay una fuente a cuyo fresco arrullo se cena, en verano, sobre el triclinio de mampostería. Hay también un hermoso emparrado.

En la casa existen dependencias asignadas a distintos usos. La más noble de ellas es la sala de estar («tablinium»), el lugar del padre.

Luego están el comedor («triclinium») y el dormitorio («cubiculum»). Lo que echamos en falta es la cocina. Marco Cornelio nos explica que los romanos no suelen dar importancia a esta dependencia de la casa. En muchos hogares ni siquiera existe y

la comida se prepara, como antiguamente, en el patio trasero o en el mismo «atrium», sobre un fogón portátil que se quita de en medio cuando no se está usando.

La cocina de esta casa es un cubículo más reducido aún que las de nuestros pisos modernos. Las paredes, oscurecidas y pringosas, delatan que se llena de humo con facilidad. En un breve poyo de mampostería hay una especie de fregadero que desagua en el albañal («confluvium») de la pieza contigua.

El horno de cocer el pan está en un rincón del patio posterior, al lado de la leñera, pero hoy en día, me explican, son muchas las familias que, aunque siguen amasando el pan en casa, prefieren cocerlo en la panadería del barrio.

Como es casa de familia pudiente, el suelo está decorado con pavimentos de artísticos mosaicos y las paredes cubiertas de pinturas al fresco, cuyos bellos y llamativos colores imitan lujosas arquitecturas. Los cuadros reproducen motivos mitológicos, campestres, rosetones, cabezas monstruosas y escenas de sacrificios. En el techo, algo oscurecido por el graso humo de las lámparas, hay bellos estucos y artesonados.

El mobiliario es más bien sucinto.

Apenas los imprescindibles y enormes divanes del comedor, las camas de los dormitorios, dos o tres mesas y una docena de sillas. La cama («lectus») es alta y provista de escabel, cabecera y espaldar. Sus complementos son, básicamente, los actuales: colchón, almohada, mantas y colcha. Nos referimos a las de los ricos, claro. Las de los pobres son mucho más simples: un bastidor de cuerdas con modesto colchón de granzas y raída manta.

Las mesas suelen ser verdaderas obras de arte salidas de expertas manos artesanas, aunque también las hay sencillas, de tijera, para los viajes.

Los asientos son también, básicamente, los modernos: sillón («cathedra»), silla («sella», dotada de brazos pero sin respaldo) y el humilde taburete. Hay pocos armarios, pero abundan las alacenas empotradas en las que se guarda de todo: ropa, libros, comida, etc. Hay pocos objetos decorativos, si exceptuamos los artísticos candeleros que se ven por todas partes sosteniendo candiles de aceite fabricados en barro o bronce. Resultan más baratos que las velas de sebo pero dejan el aire graso y maloliente. Las antorchas tienen su uso restringido a bodas, funerales y celebraciones oficiales.

En el noble «tablinium» de la casa las ventanas están dotadas de toscos vidrios, gruesos y casi opacos. El resto de las ventanas se cierran con las tradicionales placas de alabastro («lapis specularis») que dejan pasar la luz y crean un ambiente recoleto y agradable. En las casas pobres sólo hay postigos de madera —cuando los hay—, de modo que, si hace frío, sus moradores se ven obligados a cerrarlos y pasan el día a oscuras, sin más luz que la que se desprende del brasero o del hornillo... cuando los hay.

Esto justifica la gran afición por las termas públicas donde, por una perra gorda como quien dice, puede pasarse la tarde calentito.

Nuestra anfitriona, la noble Caesia, no tiene problemas con el servicio doméstico. Doce esclavos se encargan de que la casa funcione debidamente. Sus respectivas tareas están bien delimitadas. Hay un portero («ostiarius») que vigila la entrada y recibe recados; un camarero («cubicularius» o «servus a cubículo») que limpia y cuida de las habitaciones y duerme junto a la puerta del dormitorio del amo; otros se ocupan del baño, de la leña, de las lámparas, de la ropa, del telar, de la comida... Raramente están ociosos. En las mansiones de los nuevos ricos hay incluso varios esclavos jardineros. La posesión de extensos y elaborados jardines se ha convertido últimamente en símbolo de estatus social. «Ya notarás —nos dicen— cómo algunos viven en casa estrecha con tal de poder lucir en su jardín infinidad de verdes». Es curioso que, en esta congestionada ciudad, donde los problemas de espacio son cada día más acuciantes, existan, sin embargo, tantos jardines y huertos. En parte es posible que se deba al instintivo respeto que el supersticioso romano siente por las arboledas, en las que se manifiesta lo luminoso.

También, quizá tenga algo que ver con la moda impuesta por los filósofos de retirarse a lucubrar a la paz de los jardines. El nuevo rico que posee un jardín puede llegar a convencerse de que es una persona culta y de pensamiento cuando se pasea, abstraído en sus negocios, entre mirtos, violetas, narcisos, adelfas y yedras. O cuando se sienta en marmóreo banco e intenta leer a Epicteto a la sombra de los copudos plátanos, de los verdes laureles o de los afilados y hospitalarios cipreses.

Muchos amigos de Marco Cornelio que habitan en barrios más céntricos de la ciudad, han alquilado las habitaciones exteriores de sus casas, generalmente incomunicadas con la vivienda a comerciantes y artesanos de la vecindad. Esas estancias («tabernae») suelen contener un pequeño entresuelo superior, especie de baja buhardilla («pergula») que también puede servir de vivienda a algún antiguo liberto de la casa o a gente humilde cuya vecindad no moleste demasiado.

Los pobres viven en edificios de hasta cuatro pisos y de unos dieciocho metros de altura («insulae»), con muchas ventanas y balcones al exterior, lo que refuerza nuestra impresión de que se trata de auténticas colmenas humanas. En estos edificios, que exteriormente nos recuerdan el aspecto de las «viviendas protegidas» de nuestros barrios obreros de la posguerra, suele hacinarse el personal a razón de una familia por habitación.

El alquiler es muy bajo, pero carecen de los más elementales servicios y el mantenimiento se reduce al mínimo. La construcción es tan deplorable que son frecuentes los incendios y desplomes.

Veamos lo que nos dice al respecto Juvenal:

«Habitamos una ciudad apuntalada con soportes no más sólidos que una caña, pero el casero tapa con yeso cualquier grieta antigua y te dice: "Ea, ya puedes dormir tranquilo"».

Y, mientras tanto, la casa amenaza ruina y se te puede caer encima. No exagera. Un ilustre casero, Cicerón, confiesa a su amigo Ático en una carta: «Se me han hundido dos inmuebles y los otros tienen las paredes agrietadas. No sólo se marchan los inquilinos, ¡hasta las ratas se van!». A partir del siglo II, la ciudad se torna más fea porque el terreno escasea y empiezan a demolerse casas unifamiliares para construir «insulae» cada vez más altas. Una de ellas, la ínsula Felices, se hizo tan famosa como el Empire State Building en nuestros pecadores días. Trajano había establecido el límite de altura de un edificio en veinte metro, pero seguramente no siempre se respetó. Se produce incluso un cambio en el vocabulario. «Domus» pasa a designar la planta baja del edificio de apartamentos, que es la más cómoda puesto que sus inquilinos no tienen que subir escaleras y disponen, además, de cloacas, un adelanto del que están privados los pisos superiores. Hay que tener en cuenta que disfrutar de retrete en casa era lujo propio de ricos. Los habitantes de las «insulae» han de acudir a las letrinas públicas. Éstas suelen estar dotadas de suntuosos bancos de mármol, corridos y sin separación intermedia entre los agujeros sanitarios, para que el usuario pueda departir amablemente con sus vecinos de asiento mientras aligera el vientre. No tenían nuestro concepto de la intimidad asociado a ciertos actos. Algunas letrinas incluso están dotadas de artísticos reposabrazos en forma de ágil delfín. No existe todavía la cisterna, pero hay un caño de agua corriente que discurre a lo largo del banco y va llevándose la suciedad a las cloacas. Las letrinas públicas fueron gratuitas hasta que a Vespasiano, cavilando arbitrios con los que apuntalar sus flacas arcas, se le ocurrió la feliz idea de gravarlas con un impuesto. A los ministros que consideraban excesiva tal medida les dio a oler las primeras monedas recaudadas: «No huelen, ¿verdad?», les preguntó mientras esbozaba una imperial y helada sonrisa. Los ricos suelen poseer una segunda residencia en el campo, un chalecito en las cercanías de Roma («villa urbana») o un señorial cortijo rodeado de campos de cultivo («villa rustica») donde un esclavo administrador («vilicus») dirige las labores que son efectuadas por otros esclavos. En la villa rústica, de la que descienden directamente los modernos cortijos andaluces, distinguimos dos corrales («cortes») dotados de sendos abrevadores centrales («piscina») y una serie de establos para bueyes o caballos, así como graneros («granaria») y otras dependencias. La parte más noble de la casa suele contar con una gran sala provista de chimenea donde se cocina y se vive. Poyos de mampostería rodean los muros y sirven de asiento durante el día y de cama de los criados durante la noche. En los mayores latifundios, que tienden a ser autosuficientes, no es extraño que encontremos incluso un calabozo («ergastulum») y

un hospitalillo («valetudinarium»).

Capítulo 8

La familia y la educación

La familia romana no se limitaba a la unidad de convivencia que forman la pareja y sus hijos todavía no emancipados. Un estudioso americano la compara a una «familia» de la Mafia, salvadas sean las naturales diferencias, naturalmente. El padre o patriarca («paterfamilias») es, literalmente, propietario de las vidas y haciendas del resto de los miembros de la unidad familiar, a saber: hijos, nietos y esclavos. Si lo desea, puede ejecutarlos en sentencia privada, aunque, de hecho, esta extrema situación no se da ya en la época de los Césares. Antiguamente, la patria potestad se extendía también a la esposa y a las nueras, pero en el imperio lo normal es que hayan sido sólo prestadas y continúen perteneciendo a sus respectivos padres.

En Roma no existe la mayoría de edad. La patria potestad sólo se extingue con la muerte. Supongamos que un individuo ha cumplido ya los sesenta años y que ha hecho una brillante carrera política que lo ha llevado a escalar las más altas magistraturas del país, y que, además, se ha enriquecido considerablemente. Pues bien, si su «paterfamilias» vive, a efectos legales continúa siendo un menor de edad sometido a su autoridad y tutela. Teóricamente, tiene que solicitarle permiso hasta para adquirir un celemin de trigo. Solamente la oportuna muerte del padre lo promocionará a ciudadano de pleno derecho, autónomo, y le otorgará capacidad jurídica propia convirtiéndolo, a su vez, en «paterfamilias». Esto no significa que todos los miembros de la familia tuviesen que convivir necesariamente bajo el mismo techo. Al llegar a cierta edad, era costumbre que los hijos varones alquilaran, siempre con permiso del padre, una habitación o una casa en otra parte de la ciudad para vivir en relativa independencia o incluso, si el «paterfamilias» lo consiente, se casan y forman su propia familia. El dinero que ganen lo administrará el padre pero ellos podrán sobrevivir con la asignación («peculium») que éste graciosamente les conceda.

El «paterfamilias» dispone de dos procedimientos para tener hijos que perpetúen su nombre y estirpe: engendrarlos o adoptarlos. Como los romanos no concedían demasiada importancia a la fuerza de la sangre, las adopciones eran muy frecuentes. En una adopción casi siempre existen intereses creados de por medio. Si el hijo de su carne no le parece merecedor de sucederlo en el gobierno de la familia, el

«paterfamilias» adopta a un sobrino, a un nieto, a un amigo, a un vecino, incluso a un esclavo liberto. Las argucias y chanchullos legales son infinitos. Puede hasta darse el caso de que un ciudadano joven adopte a otro mayor que él para quedarse con su fortuna cuando fallezca.

La familia de Marco Cornelio es una de las más distinguidas, antiguas y poderosas de Roma. Esto se echa de ver en la cantidad de clientes que tienen. Algunos clientes son hombres libres procedentes de otras unidades familiares más modestas que han estado tradicionalmente vinculadas a los Cornelios desde tiempo inmemorial; otros, por el contrario, son antiguos esclavos libertos de la familia o sus descendientes. Cada mañana, antes de encaminarse a sus respectivas ocupaciones, estos clientes se congregan a la puerta de la mansión Cornelia y, cuando el «paterfamilias» se levanta, pasan a desearle los buenos días («salutatio») y a ofrecérsele para lo que guste mandar. Lo hacen en el riguroso orden que categoría y antigüedad han establecido entre ellos, porque, en la jerarquizada Roma, hasta los más humildes saben estar juntos pero no revueltos. A cambio de esta inquebrantable fidelidad y entrega, el «paterfamilias» ejerce sobre ellos un patronazgo efectivo: los protege legalmente contra los abusos de los poderosos y les hecha una mano económicamente cuando es necesario. Algunos clientes, en su desamparada vejez, viven del pequeño subsidio («sportula») que el administrador de la casa les da cada día para que puedan ir tirando y no se mueran de hambre.

Incluso reciben una toga para que puedan presentarse dignamente ante su señor.

El cliente obedece ciegamente al «paterfamilias». Venera a sus mismos dioses privados y se hará cristiano si él se convierte; vota por quien él le indica y sigue la carrera profesional que el señor estima conveniente. No obstante, los clientes no siempre resultan ser pobres al arrimo del rico. Se dan también casos de clientes más ricos que el «paterfamilias» al que se encomiendan. Puede ocurrir que el acaudalado comerciante de origen plebeyo quiera hacer carrera política y necesite el apoyo de un arruinado senador socialmente influyente. También puede ocurrir que un noble en apuros se someta a un «paterfamilias» no tan noble con la esperanza de alcanzar parte de su herencia.

Un romano ha nacido

El esclavo marcha delante alumbrando la calle con su farol. Varinia, la partera («obstetrix»), lo sigue tan aprisa como le permiten sus cortas piernas. Jadea y protesta, pero el esclavo continúa caminando a grandes trancos sin hacerle mayor caso. El parto es en casa del noble Cayo Cornelio Savo, primo de nuestro amigo.

Va a nacer un romano que será contemporáneo de Jesucristo aunque no es probable que oiga hablar de él en su vida.

Nacer en Roma no es fácil. Las prácticas anticonceptivas, incluido el aborto, están muy extendidas. Algunas damas romanas practican el lavado vaginal después del coito; otras usan una especie de diafragma e incluso ciertas pomadas espermicidas. Parece lógico pensar que no ignoraban el «coitus interruptus», que el *pacato* Occidente aún designa con su aparente y aséptico latín. Tampoco debían ignorar la «*eiaculatio precox*» y demás latines asociados al ejercicio venéreo.

Pero si, a pesar de todas las posibles barreras, el hijo no deseado se obstina en venir al mundo, el romano puede, tranquilamente, matarlo en cuanto nazca. Esta terrible práctica no sólo es perfectamente legal, sino que está muy extendida, particularmente entre las clases bajas. Los pobres se deshacen de sus hijos sencillamente porque no pueden alimentarlos ni alojarlos; los menos pobres, porque una boca adicional les desequilibra el presupuesto y supone una rémora en sus modestas ambiciones de promoción social; y los ricos lo hacen por comodidad o por razones testamentarias. Un precepto legal determina que «el nuevo hijo rompe el testamento». Al romano rico le repugna la idea de dividir su patrimonio. Pueden existir también otras razones: el padre deseaba un varón y le ha nacido una hembra (la muerte casi sistemática de las hijas era práctica común en todo el Mediterráneo); se sospecha que el retoño pueda ser fruto de un desliz adulterino de la santa esposa, o el recién nacido presenta un defecto físico. El romano tiene mil razones para matar al recién nacido y no siente mayor remordimiento del que sentimos nosotros cuando ahogamos o abandonamos a los gatitos o a los cachorros que no podemos criar. Unas veces se asfixia al recién nacido, otras veces se le abandona («*exposicion*») en la puerta de la casa o en el vertedero más próximo.

Si alguien quiere hacerse cargo de la criatura no tiene más que llevársela y ya le pertenece legalmente. La fuerza de la sangre no tiene ningún valor. El descenso de la natalidad llegó a constituir un problema de Estado que distintos emperadores intentaron resolver por dos medios: presionando sobre los cada vez más abundantes y recalcitrantes solteros para que contrajeran matrimonio, y subvencionando legalmente a las madres que tuvieran los tres hijos que entonces constituían la familia ideal. Después del cambio de mentalidad que, a partir del siglo II, introducen el estoicismo y el cristianismo, las familias romanas volverán a ser prolíficas como en los tantas veces añorados tiempos de la república, cuando muchas parejas contribuían al engrandecimiento de Roma con diez o doce hijos.

Emilia, la esposa de Cayo Cornelio, se ha acomodado en el sillón paritorio donde dará a luz. En la pieza contigua esperan el padre, algo nervioso, y el resto de los familiares y esclavos de la casa. Va a nacer el primer hijo de la pareja y, aunque Cayo preferiría que fuera varón, ha resuelto aceptar lo que venga con tal de que nazca sano. Los dioses se le muestran propicios.

Al poco rato, la sonriente partera sale de la alcoba llevando entre sus brazos a un

robusto y berreante niño de bien implantados genitales. Ninguno de los presentes, incluidas las abuelas, se precipita a contemplar al recién nacido, nadie le dedica embusteros piropos. Todo lo contrario: la aparición del niño impone un tenso y expectante silencio. La partera, con afectada solemnidad, deposita a la criatura sobre las frías baldosas, a los pies de Cayo Cornelio. Entonces el padre se agacha, lo toma y lo levanta en sus brazos sin decir palabra: esto quiere decir que lo acepta como hijo suyo. Todos sonríen, las abuelas lloran de emoción y los esclavos se felicitan. El niño vivirá. De haber sido niña la aceptación hubiese consistido en ordenar que se le diera de mamar.

El hijo de Cayo Cornelio es vástago de una de las familias patricias más honorables de la ciudad. Por lo tanto debe ser criado y educado con arreglo a su rango y condición. Desde su más tierna infancia sabrá lo que es disciplina. Al principio, lo crían varias nodrizas para que no se acostumbre a ninguna en particular. Cada mañana, después del baño, lo masajean concienzudamente para ir modelándole el cuerpo, particularmente el cráneo, la nariz y las nalgas. También le estiran el prepucio. Después le vendan fuertemente las muñecas, los codos, las rodillas y las caderas para que se afinen con arreglo al ideal de belleza imperante. Finalmente lo frazan e inmovilizan entre apretados pañales. Cuando pasen los primeros meses, le dejarán libre el brazo derecho para asegurarse de que el niño sea diestro.

El niño convivirá con la nodriza principal («nutrix»), más que con su propia madre. Como la familia es muy rica, la nodriza es griega. No sólo lo nutre, también le habla constantemente en griego. Un hombre educado debe ser bilingüe y el griego es la imprescindible lengua de cultura. La labor de esta especie de nutricia institutriz se complementará, más adelante, con la de un pedagogo criador («nutritor»), que enseñará al niño las primeras letras. Cuando se muestra desobediente o díscolo lo amenazan con el coco, que en Roma es la «Lamia», femenino.

La mayoría de los niños romanos son pobres y, lógicamente, no disfrutan, o sufren, esta clase de educación. Si la malaria no se los lleva al otro mundo en el primer verano, es posible que tengan fuerzas para engrosar esa bullidora nube de pilluelos que a todas horas alborota con sus juegos las calles de Roma. Por cierto, muchos de estos juegos nos resultan familiares: el aro («trochus»), la morra («digitis micare»), las canicas («ocellatis»), la taba («talus»), la gallina ciega (denominado aquí «mosca de bronce»), los chinos, el trompo, tres en raya. Nadie protesta de los juguetes bélicos: cascos, escudos, espadas, corazas, que sirven para jugar a cartagineses y romanos o a soldados y gladiadores. También se entretienen cazando grillos o cigarras para sus diminutas jaulas o, como nos apunta Horacio, «construyen casitas, enganchan ratones a sus carritos, juegan a pares o nones y cabalgan caballitos de caña».

Como cualquier niño actual, el romano pasará del sonajero («crepitaculum») al

columpio («oscillum») y al balón («pila») y cuando, en ocasiones especiales, los amigos de la familia le den unas perras, se apresurará a guardarlas en su hucha («loculus»).

Si se trata de una niña, tendrá sus muñecas («pupa») de cera coloreada, de arcilla cocida, de madera o de hueso.

Entonces como hoy el niño esperará con ilusión la llegada de ciertos días en que los regalos son tradicionales: su cumpleaños («dies natalis»), año nuevo («strenae») y las carnavalescas «saturnalia».

Los niños pobres tienen como moneda para sus juegos huesos de albaricoque; los ricos, nueces («nucis»). Salir de la infancia es «nucis relinquere», por lo general a los diecisiete años, cuando el muchacho toma la toga viril y se consagran sus juguetes a los dioses. La niña ha consagrado sus muñecas a Diana al hacerse mujer.

Con todo, igual que sucede al atribulado hombre de hoy, el niño que una vez fue Cayo Cornelio continúa existiendo detrás de la adusta fachada de su gravedad y continencia. A menudo, después del banquete, cuando han despedido a criados y esclavos y están en la intimidad, Cayo Cornelio y sus amigos volverán a jugar como cuando eran niños («repuerascere») y atronarán con sus risas y gritos los silenciosos ámbitos de la casa que se finge dormida.

Si damos una vuelta por las plazuelas y calles de los barrios populares, observaremos que algunos juegos favoritos de los mozalbetes son bastante crueles: en el llamado «del basileus» (o rey), el más diestro golpea al más torpe (llamado «sarnoso»). En el de la olla, el que hace de recipiente permanece sentado en el suelo y sufre los golpes y repelones de los otros hasta que logra atrapar a uno de ellos para que ocupe su incómodo lugar. El manteamiento («sagatio»), de cervantina prosapia, es también muy popular, particularmente entre los soldados. Por cierto, vayamos atentos para que los niños de la calle no nos hagan víctimas de alguna broma pesada. Les encanta pegar monigotes en la espalda de los viandantes o fijar una moneda al suelo para burlarse de los que se agachan a recogerla.

Pero también los hay más seriecitos que juegan a imitar a los oradores del Foro o que reproducen, en lentas y solemnes ceremonias, la gravedad de cónsules y sacerdotes.

Cayo Cornelio es senador. Su hijo, el joven Cayo, también lo será a su debido tiempo. Su esmerada educación tiene por finalidad suministrarle una sólida cultura pero también templar su carácter, hacer de él un romano modélico. Desde niño ha aprendido a conducirse con dignidad, a controlar sus impulsos y a tratar a su padre de señor («dominus») como expresión del respeto y obediencia debidos.

Desde niño ha templado su valor asistiendo a los sangrientos juegos del anfiteatro y le han impuesto fatigosos ejercicios físicos para fortalecer su cuerpo y adormecer los naturales apetitos venéreos. El futuro senador camina con elegante soltura, habla

lenta y solemnemente, sin gesticulaciones innecesarias. Como persona educada («pepaideumenos»), procura no eructar, bostezar ni estornudar (esto último considerado síntoma de ambigüedad sexual), se suena en un pañuelo y se lava los pies al llegar a casa.

Si pasa ante una ventana abierta no mira al interior de la habitación. Si dos personas conversan no se acerca a ellas a no ser que lo inviten. Hoy nos seguiría pareciendo una persona exquisitamente educada si no fuera porque a veces escupe en el suelo.

Cayo tiene una hermana, Calpurnia, a la que también han formado severamente. Hasta los doce años asistió a las mismas aulas que Cayo, pero a partir de esa edad, ya mujer, le pusieron un «praeceptor» para que la educase como conviene a una dama de alcurnia: autores griegos y latinos, lira y canto. Además, su madre y las criadas de la casa le enseñan administración doméstica, bordado («acu pingere») y costura. Cuando la casen, a los quince años de edad, será su marido el que prosiga la tarea de educarla y perfeccionarla.

Escuelas y universidades

Antiguamente no se concebía que los desheredados de la fortuna recibiesen educación, por lo tanto éste era un bien reservado a los hijos de familias nobles. Más que en la adquisición de conocimientos, el educador romano ponía el acento en la recta formación del carácter. En los tiempos antiguos, la enseñanza se impartía en casa por el pedagogo («nutritor»), pero en la época de los Césares ya existen, además, las escuelas («ludus, ludus litterarius»), si bien las familias más pudientes continúan prefiriendo la educación privada y domiciliaria, casi siempre impartida por un maestro griego, en muchos casos esclavo especializado.

Incluso cuando el maestro es libre, su salario resulta bajísimo, aunque se suplementa a veces con propinas y regalos. En esto no ha habido gran mudanza con los tiempos. Como no existía ministerio de educación, nadie alteraba el plan de estudios cada pocos años. No obstante, se reconocían algunos grados y existía cierta especialización por parte del personal docente que los impartía. A nivel elemental estaba el «ludi magister», que enseñaba a leer y a escribir; luego el «litterator», asimilado a nuestros maestros, y más adelante, en lo que podríamos denominar enseñanza media, el «grammaticus», que enseñaba literatura, griego, mitología, astronomía, física, geografía e historia.

El «rethor» era profesor de elocuencia, aunque también extendía sus funciones a la dirección espiritual del muchacho. Sabida es la importancia que tiene la elocuencia en la vida del romano. Las escuelas de retórica acabaron siendo centros de formación del funcionariado estatal. Sus alumnos se ejercitaban en defender dos puntos de vista

antagónicos sobre cualquier tema propuesto.

La escuela era mixta hasta que los escolares cumplían doce años. A partir de esa edad, pocas niñas continuaban los estudios puesto que muy pronto las consideraban adultas («domina») y las casaban.

La jornada escolar era parecida a la moderna: seis horas de clase, con descanso intermedio. Las aulas eran incluso más incómodas que las nuestras pues los alumnos se sentaban en taburetes y sólo disponían de una tabla donde apoyarse para escribir. Los días de fiesta y vacaciones eran también similares a los actuales: festividades locales, jornada de descanso cada nueve días («nundinae») y vacaciones estivales desde julio «hasta los idus de octubre».

Los castigos corporales estaban a la orden del día. El maestro utilizaba la férula para reprimir al alumno desaplicado. Y el alumno reprimía los gritos, puesto que manifestar el dolor «romanum non est».

Después del bachillerato, muchos hijos de familias patricias se integraban en la vida pública y seguían el «cursus honorum», pero otros viajaban para ampliar estudios en el extranjero, particularmente en Grecia, donde existían centros equiparables a nuestras universidades, y en otros lugares de antiguas culturas: Atenas, Rodas, Pérgamo, Antioquía y Alejandría. Allí se inscribían en un registro y asistían a las lecciones de algún afamado filósofo.

Capítulo 9

Matrimonio y divorcio

Los romanos siempre abrigaron ciertas reservas sobre la institución matrimonial. Un sesudo censor del siglo I a. de C. dejó dicho: «Como es sabido, el matrimonio es una fuente de desdichas, pero no por ello hay que dejar de casarse, por civismo». No debe, por tanto, extrañarnos que concedieran al matrimonio menos importancia de la que le damos nosotros. De hecho, una gran parte de la población romana se emparejaba sin llegar a casarse: los esclavos, a los que les estuvo prohibido hasta el siglo III, y los plebeyos, entre los que abundaban los hijos de padre desconocido o dudoso, y solamente una de cada tres parejas se casaba formalmente.

En la época de los Césares, el matrimonio era un acto estrictamente privado, un sencillo contrato consensual que no generaba documento alguno, ni registro, ni literatura de archivo; si acaso, sólo las estipulaciones de la dote que aporta la esposa, y esto porque hay dinero de por medio. No obstante, el matrimonio surtía ciertos efectos jurídicos puesto que los hijos habidos heredaban del padre nombre y fortuna. Es interesante constatar que en la cristianísima Europa medieval continuaba existiendo un matrimonio similar, por juramento recíproco, sin valor sacramental. En la deliciosa tabla de Jan van Eyck que representa a Giovanni Arnolfini y su esposa (hacia 1434, National Gallery de Londres), asistimos a una ceremonia de este tipo.

Jurídicamente, el matrimonio romano podía ser de dos clases: el antiguo «*conventio in manum*», que estaba en desuso en la época de los Césares, en el que el padre de la novia cedía a su futuro yerno la propiedad de su hija, o «*sine manu*», en el que la afortunada joven continúa siendo propiedad del padre y el marido sólo recibe el usufructo. Ella, por tanto, conserva los derechos sucesorios que tuviera en la familia de origen. Así pues, en la época que estamos tratando, el padre presta la hija al marido, pero sigue siendo suya. El vínculo es provisional. Si comete adulterio, por ejemplo, el padre puede matarla aunque el marido la haya perdonado. Es posible que el lector sospeche que la chica cuenta poco. En realidad, algo cuenta. Ella es el vientre («*venter*») en el que el marido concebirá a sus hijos, como buen ciudadano.

Estos vientres procreadores circulan activamente en la alta sociedad romana porque Roma padece una crónica escasez de mujeres. Tengamos en cuenta que muchas niñas eran abandonadas o ahogadas al nacer (más adelante una ley prohibirá

suprimir a la primera nacida del matrimonio), a lo que se viene a añadir que el índice de mortalidad entre las parturientas es muy alto. Para paliar esta escasez de mujeres de clase alta se utilizan colectivamente las disponibles. Si usted tiene una esposa fecunda y un amigo suyo está necesitado de un heredero, puede divorciarse de ella para que el otro pueda desposarla y cuando le haya dado el hijo requerido puede volver a recuperarla, si tales fueron los amables términos del acuerdo. Ya lo dice un ilustre romano citado por Plutarco: «Que la mujer se entregue a hombres de reputación que la compartan por turno y que la propaguen en los linajes».

El tráfico de mujeres es intenso.

Complicados cambalaches entre suegros, yernos y cuñados; intrincadas alianzas políticas o económicas, llevan a la mujer de lecho en lecho, siempre salvadas las apariencias mediante contrato. Y no hay de qué avergonzarse. A menudo la inscripción funeraria que el desconsolado viudo encarga para la tumba de su llorada esposa enumera los anteriores maridos que disfrutaron a la difunta. Y si es el marido el que muere antes, como suele acontecer en nuestros afligidos días, es posible que en su testamento se descubra una cláusula que diga: «Lego tantos sestercios a mi amigo Ticio, con la condición de que se case con Maevia, mi viuda».

A partir del siglo II las cosas cambiaron. La creciente influencia del estoicismo, que va allanando el camino al cristianismo, introduce costumbres más humanitarias que van acercando al romano a la moral del hombre moderno. La mujer pasará a ser considerada compañera de su esposo, no su instrumento. De hecho, Séneca comparará el vínculo conyugal a la amistad.

Por este camino de dignificación del matrimonio, algunos tratadistas llegarán, aun en tiempos romanos, a conclusiones que se nos antojan sorprendentemente actuales. Compruebe el lector que ciertas ideas no son nuevas en Roma: «el hombre de bien mantiene relaciones sexuales con su esposa para tener hijos; el estado conyugal no sirve para los placeres venéreos», indica un texto. Y Séneca, que será muy aplaudido por san Jerónimo, remacha la idea: «No se puede tratar a la propia esposa como a una amante».

Hubo un tipo de boda que no requería ceremonia alguna, el «usus», consistente en convivir durante un año seguido, pero lo normal es que se optara por celebrar la boda mediante la antigua «coemptio» o venta simbólica de la esposa, o «confarreatio», más propia de la clase patricia, en la que los contrayentes compartían una simbólica torta de trigo delante de un sacerdote. Pero mejor será que asistamos a una boda y nos informemos bien de los detalles. Se van a casar la agraciada Caesia Celsia, hija del acaudalado Lucio Celsio, de catorce años de edad, y Cayo Cornelio, de cuarenta y dos años y socio —todo hay que decirlo— de su suegro en un próspero negocio de importación de pieles y curtidos. Hace tres días que el padre del novio envió a la matrona de la familia a la casa del novio para que certificara la virginidad de la niña

así como el buen estado de sus órganos reproductores, ya se sabe, del vientre. Este extremo se comprueba inyectando una lavativa de ajo en la vagina de la futura desposada. Si el olor llega, al cabo de unas horas, al aliento, es señal de que la matriz y los ovarios funcionan perfectamente.

Como por este lado no parece haber impedimento alguno, el proyecto matrimonial sigue adelante y se fija la fecha de la boda después de consultar los augurios. Hay que tener en cuenta que ciertos días fijos no son buenos y el mes de mayo tampoco. Ya tenemos fijada la fecha. La víspera del gran día, la joven Caesia consagra sus muñecas a Diana y a los lares y penates del hogar y viste el traje nupcial que le ha confeccionado la modista («sarcinatrix») de la familia: una túnica sencilla que le cae hasta los pies, ceñida de modo especial con el nudo de Hércules («nodus Herculeus») y una cofia de color azafrán con velo a juego. La asiste en todo momento una matrona experta («pronuba»), preferentemente casada sólo una vez («univira»), lo que, como sabemos, no es muy frecuente en Roma.

La casa de la novia, donde se va a celebrar la ceremonia, aparece engalanada con flores, guirnaldas y ramos.

En el patio, en lugar preferente, se exponen los añejos bustos de cera de los antepasados, sacados del arcón familiar. Una peluquera («ornatrix») peina a la niña utilizando un sacralizado hierro de lanza que forma parte del más preciado ajuar de la casa.

Los esclavos cuchichean por los pasillos mientras se apresuran a cumplir las órdenes de la señora o del señor.

A la hora prevista hace su entrada el novio seguido de los invitados que esperaban su llegada. Cayo Cornelio viste elegante túnica hasta los pies («tunica talaris»), el barbero le ha desollado la cara intentando apurarle la barba y parece haberse acicalado hasta donde la gravedad masculina lo consiente sin menoscabo de la fama.

Entran con él familiares y amigos invitados como testigos a la ceremonia.

Lucio Celsio los hace pasar a la mejor habitación de la casa, donde ha dispuesto una mesa para las firmas del contrato de la dote («tabulae nuptiales»). Cumplido este necesario trámite, viene la boda propiamente dicha: la «pronuba» junta las manos de los esposos («dextrorum iniunctio»), y eso es todo. Después vienen los parabienes y besos y el esperado banquete («cena nuptialis»). Rematado el banquete, los alegres invitados forman una procesión («deductio») que conducirá a la joven esposa a su nuevo hogar. Ella porta por todo equipaje un huso y una rueca, símbolos de su nuevo estado y de su condición honesta y laboriosa. Por el camino, el novio finge un rapto. Arranca a la novia de los brazos de su madre, que llora y grita porque le roban a su hija. Es una curiosa costumbre ya institucionalizada que recuerda un lejano episodio de la historia romana, el rapto de las sabinas. A falta de ramo de azahar, las amigas casaderas de Caesia y las encallecidas solteras de su vecindario se disputarán trozos

de la antorcha nupcial («spina alba») que, portada por un criado, precede a la comitiva.

Los acompañantes, algo achispados por las generosas libaciones y brindis del banquete, van gritando a los novios chocarrerías y bromas de dudoso gusto.

Otros se contentan con gritar: «Talasse», que es lo tradicional.

Ya hemos llegado a la casa donde la nueva pareja ha establecido su residencia. Caesia se adelanta y cuelga un vellón de lana de la puerta. Luego unge el dintel y las jambas con manteca de cerdo y aceite (de oliva, claro) para que la prosperidad se instale en aquel hogar. Cumplido este rito, Marco Cornelio la toma en brazos y espera a que ella le diga: «Ubi tu gaius ego gaia» (es decir: «donde tú seas Cayo, yo seré Caya», yo seré lo que tú seas, ¿no es hermoso?). Si la novia fuera de gran tonelaje, una cuadrilla de amigos del novio juntaría sus fuerzas para entrarla. El romano es siempre deliciosamente práctico.

Pasemos con los invitados. Ahora viene la ceremonia de recepción del agua y del fuego («aqua et igni accipere»), tras de la cual la «pronuba» introduce a la joven esposa en la alcoba nupcial y le da, a solas, los últimos consejos para que afronte con valor el amargo trance que la espera.

Porque la dulce Caesia va a sufrir lisa y llanamente, como casi todas sus coetáneas, una violación legal. La niña, que ha pasado en unos días de las muñecas al tálamo, es desflorada precoz y brutalmente, y queda, como señala un autor antiguo, «ofendida contra su marido». Esto contando con que nuestro Cayo Cornelio no sea de los románticos que tienen la delicadeza de respetar la virginidad de su esposa la primera noche y... ¡se contentan con sodomizarla solamente!

Cuando el nuevo día amanezca, la joven esposa se hará ver ataviada con el atuendo de matrona que corresponde a su nuevo estado. De esa guisa se presentará ante las familias reunidas para un nuevo banquete («repotia»). A partir de ahora disfrutará de una cierta libertad de movimientos y podrá dedicarse al comadreo y a ir de tiendas, si bien es costumbre que cuando sale se haga acompañar de criadas («comites») e incluso de una escolta («custos») cuya insobornable presencia se supone que mantendrá a distancia a los posibles galanes.

Divorcio

El divorcio romano («epudium, divortium, discidium») era tan informal como el matrimonio porque «quoniam quidquid ligatur solubile est». Bastaba que el marido se levantase aquel día con el pie izquierdo y le dijese a la mujer: «Recoge tus cosas», para que ella recuperase la dote que aportó al matrimonio y el vínculo quedase roto. No se me horrorice la lectora feminista: igualmente fácil resultaba para la mujer deshacerse de un marido molesto. Casos se dieron de esposas que aprovechaban la

forzada ausencia del marido (destinado, pongamos por caso, en comisión de servicios en la lejana Germania) para divorciarse de él y volver a casarse.

Ya hemos visto que muy a menudo el divorcio no era sino un arreglo temporal entre el padre de la mujer y su marido o entre éste y un amigo, con el consentimiento del suegro. En la época imperial la circulación de mujeres, debida a la escasez que dejamos dicha, fue tan intensa que algunas de ellas «podían contar los maridos por consulados», es decir, cambiaban de marido cada año. Si damos crédito a Juvenal, incluso podían pasar por siete u ocho maridos en un lustro.

A pesar de estas facilidades, la infidelidad sigue constituyendo un delito frecuente que la ley Julia de Augusto intentará reprimir sin grandes resultados. (Nos escandaliza leer que algunas disolutas romanas la burlaron inscribiéndose en los registros oficiales como prostitutas). Es muy frecuente que el teatro de la época saque partido a los equívocos y ridículas situaciones a que da lugar el consabido triángulo amoroso. No obstante, la figura del cornudo resulta más patética que ridícula. Se comprende: la mujer es considerada tan irresponsable, que su infidelidad exime de culpa al marido.

A partir del siglo II las nuevas ideas en materia de moral y costumbres radicalizan la repulsa social hacia el adulterio. El emperador Constantino, el impulsor del cristianismo, agravará las penas impuestas a la adúltera: instituye que se le dé muerte ejemplar derramándole plomo derretido en la garganta.

Capítulo 10

La muerte

Toda sociedad clasista, y como estamos viendo la romana lo fue en grado sumo, muestra las diferencias sociales especialmente en el tema de la muerte.

Nuestro buen amigo Cayo Cornelio no ha logrado sobrevivir a su suegra. A la edad de sesenta y dos años una angina de pecho se lo ha llevado al otro mundo. Cuando entró en agonía, sus deudos lo depositaron sobre la desnuda tierra, de la que su padre lo levantó al nacer, y su afligido hijo, el noble Cayo, le recogió, en un beso, el último aliento. Luego le cerró piadosamente los ojos y ordenó al esclavo más antiguo de la casa que apagara el fuego del hogar familiar.

Cayo Cornelio ha muerto rodeado de sus seres queridos y de sus amigos de toda la vida. Entre todos levantan su cadáver y lo devuelven al lecho. A continuación se despiden de él, por turno, llamándolo por su nombre («conclamatio») en una impresionante ceremonia. Mientras tanto las mujeres de la casa prorrumpen en histéricas lamentaciones, gritan, lloran a lágrima viva y se arañan el rostro y el pecho (a pesar de que las leyes de las Doce Tablas prohibieron estos excesos tiempo ha). Los hombres reprimen, romanamente, toda manifestación externa de dolor.

Cayo Cornelio era senador, de rancia familia patricia. Hay que hacerle un funeral por todo lo alto. En Roma existen muchas empresas funerarias («libitinarii»). Han avisado a una de ellas, propiedad de un liberto de la familia, para que se ocupe de todos los detalles. A poco llegan sus maestros de ceremonias («dissignatores») y unos operarios especializados en el arreglo de cadáveres («pollinctores»). Se hacen cargo del cuerpo, lo lavan con agua caliente, lo afeitan, lo depilan, lo perfuman y lo visten con su toga «praetexta» (puesto que el difunto ostentaba la dignidad de magistrado). Finalmente aplican una torta de cera blanda al rostro del cadáver y moldean sobre ella su máscara funeraria reproduciendo patéticamente sus rasgos. Bajo la lengua le han introducido una pequeña moneda de plata, el óbolo que el difunto pagará a Caronte, el barquero de la laguna Estigia que transporta a la otra orilla las almas de los muertos. El pálido e impecable cadáver de Cayo Cornelio queda expuesto a la curiosidad de los visitantes. La capilla ardiente se ha instalado en el espacioso atrio de la casa, sobre unas angarillas tapizadas de negro («lectus funebris»). Al calor de las muchas lámparas encendidas alrededor se marchitan prontamente las flores que lo rodean.

Un correo va anunciando el funeral («funera indictiva») a los conocidos de la familia. Todos ellos concurrirán para participar en el cortejo fúnebre («pompa») a la mañana siguiente.

Delante van los músicos, muchos, porque se trata de un entierro de primera categoría. La marcha fúnebre, o lo que sea, que interpretan con sus trompas, flautas y tubas es tan estridente que, si hemos de creer a Séneca, hasta el propio muerto debe sobresaltarse del ruido que hacen. Horacio es de la misma opinión: «Los entierros son los acontecimientos más ruidosos de Roma». Detrás de la música van las simbólicas antorchas y luego una docena de plañideras profesionales («praeficae») suministradas por la propia funeraria. Nos impresionan sus desgarradores gritos («lugubris eiulatio») que ponen el vello de punta al más templado. Solamente descansan cuando algún amigo del difunto les indica que va a pronunciar una oración fúnebre («laudatio funebris») y quiere que se le oiga. Detrás de las plañideras un grupo de familiares y amigos íntimos porta las máscaras de cera de los antepasados de Cayo Cornelio, cada una de ellas acompañada de las insignias del máximo rango que el representado alcanzó en vida. Es como una exposición de la excelencia de la familia, en la que se atestigua la alta progenie del difunto.

Ahora viene el ataúd: unas simples parihuelas sobre las que Cayo Cornelio parece dormir apaciblemente.

Siguen al cadáver los familiares, siervos, amigos, clientes, esclavos y conocidos. Como el muerto era senador, el entierro discurrirá por el Foro. De hecho, los maestros de ceremonias lo han calculado todo para que el cortejo llegue al Foro a la hora en que está más concurrido. A una señal del maestro de ceremonias el cortejo se detiene. Nuestro amigo Marco Cornelio, hermano del difunto, pronuncia su oración fúnebre. Es un largo y elaborado discurso en el que ensalza y enumera pormenorizadamente las preclaras virtudes del extinto.

Es dudoso que la haya escrito él, se comentará luego, puesto que ha sido, sin duda, una de las mejores que se han escuchado de mucho tiempo a esta parte.

En medio de tanta pompa y solemnidad a nadie parece molestar que un bufón contratado forme parte del cortejo y vaya haciendo chistes en voz alta, con la mayor desvergüenza, y dando réplicas sarcásticas a las alabanzas que deudos y amigos hacen del difunto. Misteriosa institución esta, como otras romanas, cuyo hondo sentido trasciende la mera anécdota. (Pensamos, también, en el esclavo que acompaña en su carro triunfal al general victorioso aclamado por el pueblo de Roma y le va musitando al oído: «Recuerda que eres mortal»).

El cadáver de Cayo Cornelio va a ser cremado. La pira, una fosa cuadrangular llena de leña seca («ustrina») está aguardando. Los operarios extienden encima una sábana y sobre ella depositan el cadáver. Antes de que enciendan la pira, Cayo Cornelio recibe un último beso de su viuda.

Luego, cumpliendo un antiguo rito, su hijo Cayo le abre y le cierra los ojos. Aplican una tea encendida y la leña comienza a crepitar y arder. Es posible que algún familiar o amigo haya traído alguna ofrenda y la arroje a las llamas: pequeños objetos, vestidos o cosas así, pero lo más corriente es que solamente se arrojan flores.

Cuando la pira se consuma, apagarán con vino sus últimas brasas. Luego recogerán los chamuscados huesos y los untarán con miel antes de depositarlos en su urna. Quizá también recojan las cenizas y las guarden en un «sepulcrum». En cualquier caso los restos irán a parar a un monumento funerario adecuado al rango del difunto.

El de Cayo Cornelio, por ser persona de gran calidad, se construirá, excepcionalmente, dentro de la ciudad, en un jardín que la familia posee no lejos del Campo de Marte. Pero lo usual es que los monumentos funerarios se dispongan a lo largo de las principales carreteras que salen de la ciudad. Aquí se despide el duelo. Los asistentes y los deudos («familia funesta») tendrán que purificarse en cuanto lleguen a sus casas. Los funerales de los pobres son mucho más simples. En unas angarillas improvisadas los llevan al lugar designado y allí los sepultan en una fosa, el mismo día del óbito. Los enterradores («vespillones») son gente de dudosa catadura y no se andan con remilgos. Por otra parte, las familias recurren a lo más barato. El que quiera lindezas tiene que pagárselas en vida. Existe un procedimiento al que muchos recurren: se hacen cofrades de uno de los poderosos «collegia funeraticia» que garantizan a sus socios un entierro honorable o, incluso, la cremación y ulterior custodia de las cenizas en una urna cineraria que será instalada, a razón de dos por nicho, con su nombre en la tapadera, en el columbario de la hermandad. (Columbario viene de «columba», «paloma», porque estos cementerios, con sus ordenadas filas de diminutos nichos, parecen palomares). Allí acudirán los familiares a llevar flores y ofrendas de trigo y a encender las preceptivas lámparas el día de los difuntos, que para los romanos cae en febrero.

En el sepelio del noble Cayo Cornelio todo el mundo hablaba de su testamento. Como es difícil contentar a la gente, casi todos los testamentos de personas principales traen polémica. Un texto de la época: «Después de haberse visto asediado por los cazadores de herencias, Fulano de Tal falleció dejándose todo a su hijo y a sus nietos. Unos lo tildan de hipócrita y desagradecido porque se olvidó de sus amigos; otros, por el contrario, lo elogian por haber burlado las esperanzas de los ambiciosos».

Los testamentos constituían la carnaza favorita de la maldiciente e intrigante alta sociedad romana. Hay que tener en cuenta que el difunto no se limitaba a legar sus bienes, sino que también se extendía en sus postreros elogios o insultos a los vivos, y todo lo que decía cobraba especial significación por estar asociado al trance decisivo y sincero de la muerte. Las mandas podían ser interminables porque era costumbre

que los amigos, e incluso los simples conocidos, fuesen mencionados en el apartado de herederos sustitutos (es decir, los que solamente tienen derecho al legado en caso de que el heredero titular lo rechace, lo que, lógicamente, jamás ocurría). Un buen detalle de ciudadanía, que allanará los escabrosos caminos del fisco a los herederos, consiste en dejar una suculenta cantidad de sestercios para las arcas privadas del emperador. Y cuando es el propio emperador o un grande entre los grandes el que muere, también se aprecia que legue parte de su fortuna para que sea repartida entre el pueblo de Roma.

En el torbellino del tiempo, los huesos de nuestro amigo Cayo Cornelio se han disipado como los del más humilde esclavo de su casa y ahora son piadoso dominio del olvido. Pero muchos romanos legaron su recuerdo hasta nosotros a través de los cientos de miles de epitafios y relieves sepulcrales que los arqueólogos han ido desenterrando. Ya dijimos que los principales cementerios discurrían a lo largo de las carreteras que salen de Roma. El curioso viajero que no tuviese mucha prisa podía entretenerse en admirar los artísticos relieves funerarios y sus inscripciones. Los había para todos los gustos y para todos los bolsillos: desde mausoleos tan suntuosos como el de Cecilia Metela, que semeja una potente torre cilíndrica, hasta mínimas citas con el nombre del muerto garrapateado en la tapadera. La burguesía empresarial encargaba pintorescos relieves que representan el medio de vida del difunto: una bodega, una carnicería, una pollería, un taller de herrería...

Con ello nos muestran que el que allí reposa no era un don nadie. Los textos que acompañan no son menos pintorescos. A menudo nos cuentan su vida o nos dan sensatos consejos para que encaminemos rectamente la nuestra.

Por ejemplo:

«He sufrido estrecheces toda mi vida, por eso os aconsejo que os deis mejor vida de la que yo me di. La vida es eso: hasta aquí se llega y después ni un paso más. Amar, beber, frecuentar las termas, eso sí que es vida; después no hay nada. Yo, por mi parte, nunca seguí los consejos de los filósofos. Desconfiad de los médicos, que son los que me han matado».

Catacumbas

El subsuelo de la Roma actual es un gigantesco laberinto subterráneo donde reposan unos seis millones de difuntos. Aprovechando la blanda toba fácil de excavar, entre los siglos I y IV, los cristianos organizaron hasta cuarenta necrópolis subterráneas cuyas galerías miden más de seiscientos kilómetros. Algunos de estos cementerios tienen hasta cinco pisos, el más bajo de los cuales puede estar a veintidós metros de profundidad. Las galerías suelen tener tres o cuatro metros de altura por

uno de ancho o poco más. A un lado y a otro disponen de nichos longitudinales superpuestos formando tres o cuatro hileras y, en casos excepcionales, hasta catorce.

En las esquinas de esta ciudad subterránea vemos nichos más pequeños que servían para depositar las lámparas.

Es curioso constatar que mientras la ciudad va evolucionando en la superficie, las catacumbas siempre permanecen fieles al mismo modelo constructivo. Esta uniformidad se debe a que en el gremio de sepultureros («fossore») que las iba construyendo el oficio pasaba de padres a hijos y todos respetaban las mismas normas.

Las galerías de las catacumbas distan mucho de ser monótonas madrigueras de la muerte. Hay escaleras que suben, escaleras que bajan, quiebros y calles. De vez en cuando hay un ensanchamiento que sirvió de iglesia o capilla («cubicula») de algún venerado santo. En estos lugares suelen alegrar la vista del devoto pinturas de tema religioso: el Buen Pastor, Mercurio cristianizado, y distintas alegorías, como el pez, que es Cristo; el ancla, esperanza; la rama de olivo, paz, etcétera.

Capítulo 11

Esclavos y libertos

La economía romana se basaba en la explotación de los esclavos como fuerza de trabajo. Todo romano medianamente acomodado poseía esclavos para el servicio doméstico y para la industria o el comercio. Incluso existían empresas de servicios que los alquilaban al que tuviera necesidad de mano de obra temporal. Solamente la empobrecida plebe no disponía de esclavos. En el tiempo en que la población de la actual Italia se cifraba en unos seis millones de personas, había un esclavo por cada tres habitantes y la proporción en la ciudad de Roma era mucho mayor. En los tiempos más antiguos, los esclavos no se consideraban personas sino cosas («res»). Cuando Horacio nos cuenta, en una carta, que tiene la costumbre «de pasear solo», quiere decir que lo acompaña un esclavo de su servicio, pero como el esclavo no es persona, en realidad él se siente solo. El esclavo es un ser de categoría inferior, como un caballo o un perro.

Como a cualquier otro animal doméstico, el amo le puede tomar cariño y puede tratarlo con paternal afecto.

El esclavo no tiene ni siquiera nombre de persona. Existen nombres de esclavos que un hombre libre jamás pondría a sus hijos. Pero si uno no quiere llamar al esclavo por su nombre, también puede dirigirse a él con el apelativo genético de «puer», «niño», lo que muestra que, a nivel familiar, el esclavo se considera una especie de retrasado mental. Curiosamente, en las plantaciones algodoneras de los estados esclavistas de Estados Unidos de América, el esclavo también era un «boy», «muchacho», independientemente de su edad.

En su calidad de cosa, el esclavo no tiene derechos ni propiedades, ni se puede casar (aunque es inevitable que se empareje en «contubernium»).

Todo esto es lo que la Roma de los Césares heredó de los tiempos antiguos, pero en los primeros siglos de nuestra era la situación de los esclavos va evolucionando y se hace mucho más humana. La nueva moral, introducida a partir del siglo II por la filosofía estoica, va suavizando el trato que se da a los desdichados esclavos y prepara el camino para la introducción de una serie de leyes que los protegen: se prohíbe vender separadamente a la madre y a sus hijos pequeños así como matar caprichosamente a un esclavo, lo que, en tiempos de Constantino, llegará a considerarse homicidio. A pesar de todo, la moral estoica y, más tarde, la cristiana,

nunca se cuestionaron la licitud de la esclavitud como institución: todos la aceptaban como necesaria para la supervivencia del modelo de sociedad romano.

¿De dónde proceden los esclavos?

La inmensa mayoría de ellos habían nacido esclavos por ser hijos de esclavas. En la época de las grandes conquistas eran prisioneros de guerra.

También podían ser niños abandonados o vendidos por sus padres a los comerciantes especializados («mangones» o «venalicii»), que se encargaban de criarlos e instruirlos para luego revenderlos. Finalmente, estaban los hombres libres reducidos a esclavitud por deudas e, incluso, individuos que se vendían a sí mismos para no morir de hambre o como medio para introducirse en el servicio de una casa importante en calidad de administradores de fincas o gerentes de industrias. A esta clase de esclavos voluntarios que hacen carrera de su estado pertenecen los tesoreros del emperador, cargos que casi siempre serán desempeñados por fieles esclavos (lo que resulta muy conveniente puesto que a un hombre libre no se le puede torturar, llegado el caso, pero sí a un esclavo). Nuestro viejo amigo el modesto terrateniente Marco Metelo ha llegado a Roma con intención de adquirir un esclavo. Antes de comprar quiere ver la mercancía y comparar precios en los distintos mercados. Primero se dirige al más caro y mejor surtido, en los «saepa», junto al Foro. Cuando llegamos acaban de poner a la venta un nuevo lote de esclavos. Los examinamos sobre la tarima giratoria («catasta») que permite a los posibles clientes contemplarlos con toda comodidad.

Cada esclavo porta al cuello un cartel («titulus») en el que se especifica su procedencia, edad, habilidades y defectos físicos o morales. De todos es sabido que el esclavo, como todo individuo al que se prive de su dignidad de persona, fácilmente se abandona y da en ser perezoso, glotón y lujurioso, aunque casi todos estos defectos se pueden corregir con la vara. Como este lote de cinco esclavos que estamos contemplando se expone por vez primera en la plaza, todos ellos llevan un pie espolvoreado con yeso («gypsati»). Advertimos que los precios varían grandemente. Por los artesanos y obreros especializados («ordinarii») se puede llegar a pagar hasta quince veces la cantidad que valen los simples braceros («vulgares»). Por un cocinero experimentado o por un sabio preceptor o gramático se pueden ofrecer cantidades astronómicas, quizá cientos de miles de sestercios.

El mercader, que ha resultado ser un viejo conocido de nuestro amigo Marco Metelo, nos permite curiosear en sus contratos de compra-venta. Algunos de ellos contienen cláusulas sorprendentes introducidas para favorecer o perjudicar al esclavo que cambia de dueño. El vendedor puede exigir que el comprador se comprometa a mantenerlo por siempre encadenado. O, si se ve obligado a desprenderse de una esclava a la que aprecia, puede especificar en el contrato que el nuevo amo no la dedicará a ejercer la prostitución. En caso de hacerlo, la chica quedará libre

automáticamente.

Esto no impide que el nuevo dueño pueda usarla sexualmente en su propio provecho, puesto que tratándose de esclavas no existe noción de violación. ¿Cómo se puede violar una cosa?

Pero estas «cosas» están dotadas de inteligencia y humanos sentimientos (a veces más que sus acaudalados pero embrutecidos dueños), y pueden tender a rebelarse contra un amo cruel. No hay que fiarse de ellos. «El más humilde de tus esclavos — advierte Séneca— tiene sobre ti un derecho de vida o muerte». Todos conocen casos de esclavos que han apuñalado o estrangulado al amo y luego han huido o se han suicidado. En la mente de todos está la famosa rebelión de los esclavos en tiempos de Espartaco, que tantos sufrimientos y quebraderos de cabeza trajo a Roma. Terribles castigos físicos actúan como medios disuasorios para los esclavos rebeldes.

El tormento está a la orden del día.

Incluso, a veces, un esclavo puede ser puesto en el potro («eculeus») y ser torturado por la justicia para que confiese los delitos que se imputan al amo.

Cuando un esclavo se fuga, se le pone un precio y se pregonan sus señas. A menudo el bribón desaparece como si se lo hubiese tragado la tierra: se ha unido a los salteadores de caminos que infestan las montañas o se ha trasladado a una región apartada y una vez allí se ha vendido a otro dueño con la esperanza de que se muestre más humano que el anterior. Los amos precavidos, cuando sospechan que un esclavo puede estar tramando su fuga, lo llevan al herrero para que les suelde un aro de hierro en torno al cuello con una placa identificativa que rece, por ejemplo: «He escapado, deténme. Si me entregas a Zonino, mi amo, te recompensaré»; o: «Captúrame y llévame a Apropiano, en el Aventino», o quizá: «Préndeme porque me he fugado y llévame al lado del templo de Flora, en la calle de los barberos».

¿Qué ocurre cuando un esclavo huido es capturado y devuelto a su dueño?

El amo le dará una memorable paliza —que no ponga en peligro su vida puesto que, al fin y al cabo, se trata de una valiosa propiedad— y posiblemente le haga grabar en medio de la frente, con un hierro al rojo vivo, la siguiente inscripción («stigma nota»): «FUG» o «KAI» o «FUR», que indeleblemente lucirá el desdichado por el resto de sus días. O le producirá dolorosas quemaduras, también indelebles, con una hoja de metal al rojo («lamminae»). Otros delitos propios de esclavo pueden entrañar fractura de una pierna («crurifragium») o la terrible crucifixión que es ejecución propia de maleantes, bandidos y esclavos delincuentes. Pero no es la única forma de muerte. También existe la ejecución por fuego, que se suele aplicar a los incendiarios y pirómanos: se empapan los vestidos de la víctima con pez u otro material inflamable («túnica molesta») y se le prende fuego. Otros procedimientos más pintorescos fueron la excepción, no la regla. Vedio Podión, sádico gastrónomo que criaba voraces y exquisitas murenas en un estanque, les arrojaba sus esclavos

culpables. Seguramente tendría un piadoso recuerdo para ellos cuando contemplara la rolliza y humeante murena, tan apetitosa, sobre su bandeja. Paradójicamente, este individuo era un liberto enriquecido que había sido esclavo en su juventud. No hay peor cuña que la de la misma madera.

Con todo, los esclavos problemáticos constituían una minoría. Lo normal es que el esclavo sea casi un miembro de la familia, particularmente cuando ha nacido en casa y ha crecido junto a sus amos. Como tal, disfruta de ciertos privilegios sobre los otros esclavos posteriormente adquiridos y se le permite una cierta autonomía e incluso que tenga sus propios ahorrillos («peculium»), con los que, andando el tiempo, podría llegar a comprar su libertad si es que no la recibe de su amo por testamento.

El esclavo doméstico es como el animal. Duerme en cualquier parte de la casa, a veces sobre un camastro tendido a la puerta de la alcoba del amo, en una especie de vestíbulo calculado para tal fin. Era inevitable que la continua presencia de esclavos restara intimidad a los dueños. En una comedia leemos: «Cuando Andrómaca y Héctor copulan, sus esclavos se masturban con la oreja pegada a la puerta». Pero los romanos acomodados soportaban de buen grado estos pequeños inconvenientes a cambio de las muchas ventajas de orden práctico que la posesión de esclavos domésticos comportaba. Porque el esclavo lo hace todo, es ayuda de cámara que peina, viste y desnuda al dueño; es chico de los recados («tabellarii»), lo acompaña al baño («balneator»), le aplica masajes («unctor») y lo depila («alipilus»). El nuevo rico se luce en el baño con un nutrido séquito de esclavos para que sus conciudadanos tomen nota de su próspero estado. Si se trata de un industrial, tendrá un contable («dispensator»); un tenedor de libros («sumptuarius»); varios escribientes («amanuenses») y hasta un tesorero («arcarius»). Si es terrateniente y aficionado a la caza tendrá en su villa rústica un criador de perros («magister canum») y varios monteros experimentados («vestigatores»). Para cada posible actividad existe un esclavo especializado, aunque es de suponer que, por razones de elemental economía, se valoraría el esclavo polivalente instruido en varias habilidades necesarias. No obstante, los verdaderamente valiosos eran los que se especializaban. Algunos de ellos estaban mucho más preparados que sus dueños hasta el punto de dirigirles los negocios y permitirles vivir cómodamente de las rentas.

Grandes industriales, terratenientes o comerciantes llegaron a contar con verdaderos ejércitos de esclavos, hasta veinte mil de ellos pertenecientes al mismo dueño.

En estos casos, los esclavos solían estar divididos, dependiendo del trabajo que realizaban, en cuadrillas («colegia»), frecuentemente integradas por diez individuos («decuriae») a las órdenes de un capataz («praepositus»), también esclavo.

Muchos esclavos que habían servido fielmente a sus dueños ganaban o

compraban su libertad («manumissio») y pasaban a engrosar el número de los libertos, verdadera clase social cada vez más influyente en la Roma de los Césares. Existían diversas fórmulas para liberar a un esclavo: inscribiéndolo en el censo de los hombres libres («censu»), ordenándolo en el testamento o ante testigos («inter amicos»), otorgándole carta de libertad («per epistolam») o, más entrañablemente, organizando un banquete e invitándolo a sentarse a la mesa junto a los demás hombres libres («per mensam»).

En cualquier caso, el liberto queda ligado de por vida a su antiguo señor, o a la familia de éste, por el compromiso de fidelidad de la clientela y deberá mostrarse agradecido en su nuevo estado. El señor, por su parte, sigue velando por él como miembro de la casa. Si es viejo, permitirá que habite con él o le otorgará una pensión («alimenta») para que pueda subsistir. Cuando muera el amo, el liberto acudirá a su funeral tocado con un ceremonial gorro frigio.

Muchos libertos prosperaron en su nuevo estado y hasta se enriquecieron.

Algunos incluso prepararon un espléndido porvenir para sus hijos nacidos de mujeres libres. Por lo general, estos libertos a los que la fortuna sonreía eran odiados tanto por sus conciudadanos más pobres —que los acusaban de ser viciosos y crueles, a veces quizá con un punto de razón—, como por los ricos, ahora sus iguales, ante los que se conducían con la arrogancia del que se ha abierto camino desde muy abajo sin haber asimilado los modales y pautas de conducta propias de su nuevo estado. El «Satiricón» de Petronio nos retrata a uno de estos orgullosos libertos:

«Soy un hombre entre los hombres, puedo andar con la cabeza bien alta, porque no le debo un céntimo a nadie. No he tenido que aceptar nunca nada de nadie y nadie me ha tenido que decir en medio del Foro: "Págame lo que me debes". He adquirido algunas fincas, tengo algunos ahorros y mantengo a veinte personas y un perro. Si quieres, acompáñame al Foro y pidamos que nos presten dinero: ya verás si tengo crédito o no a pesar de mi anillo de hierro de simple liberto».

Algunos libertos llegaban a ser altos funcionarios imperiales o médicos famosos; estos últimos, por lo general, después de haber sido esclavos de un médico y del que aprendieron el oficio.

Crucifixión

No se conoce a ciencia cierta el origen de este terrible suplico. Probablemente lo inventaron los asirios, pero también lo usaron egipcios, persas, griegos y fenicios. La denominación «arbor infelix» significaba, en un principio, tanto la horca («furca»)

como la cruz («crux»). Los romanos lo aplicaron a malhechores —agitadores políticos, ladrones, esclavos delincuentes— y muy raramente a ciudadanos romanos. El suplicio seguía un ritual diabólicamente calculado para prolongar los espantosos sufrimientos del reo. Iba precedido de una flagelación o apaleamiento con bastones («fustis»), si se trataba de un soldado, o látigos («flagella»), en los demás casos. Pero si el supliciado era incendiario se azotaba con el látigo ardiente («flagra»): cadenillas de hierro rematadas en bolitas de bronce, todo ello previamente calentado al rojo sobre un brasero.

Después de la flagelación, el reo era conducido al suplicio con los brazos atados al travesaño horizontal de la cruz, que portaba sobre los doloridos hombros. El palo vertical era fijo y esperaba ya clavado en tierra en el lugar de los ajusticiamientos.

Al llegar allí, los verdugos desnudaban al reo y, tendiéndolo en tierra sobre el palo que había traído, le clavaban los brazos extendidos, haciendo pasar los clavos entre los huesecillos de las muñecas. Luego izaban al supliciado sobre el palo vertical, en cuyo extremo superior había un pivote que encajaba en el alvéolo practicado en el centro del travesaño horizontal. Después, se flexionaban las rodillas del crucificado y se le clavaban o ataban los pies al madero vertical. Los restos de un crucificado del siglo I, descubiertos y estudiados por arqueólogos israelíes cerca de Jerusalén, en 1968, presentan un único clavo de 18 centímetros de longitud que atraviesa los talones lateralmente. No había soporte para los pies en la cruz, pero sí una especie de barra o clavo grueso («sedile») sobre el que se acomodaba, a horcajadas, el reo. Este cruel aditamento fue también usado en los postes de la inquisición como atestigua la pintura de Berruguete «Auto de fe» (número 618 del Museo del Prado, Madrid). El crucificado tardaba varios días en morir (Jesucristo, que murió a las nueve horas, fue una excepción). En aquella forzada postura, su agonía era atroz. La tensión en los músculos pectorales y abdominales dificultaba su respiración, puesto que prácticamente se respira con el diafragma, de modo incompleto. Esto conduce a una progresiva falta de oxígeno que acaba provocando la muerte por asfixia o por insuficiencia coronaria (provocada por la reducción de la presión arterial que hace que llegue poca sangre al corazón y que el cerebro no se riegue suficientemente). No obstante, cuando el crucificado siente que le falta el aire, descansa su peso sobre el «sedile» para aliviar los músculos del tronco. Entonces la sangre vuelve a subir y la sensación de asfixia se mitiga, pero el dolor que el «sedile» provoca sobre el perineo es tan insoportable que nuevamente el crucificado levanta su peso para aliviarse, lo que vuelve a poner en marcha el proceso que conduce a la asfixia o al infarto.

Cuando los verdugos quieren acelerar la muerte del reo, le rompen los huesos de las piernas («crurifragium») con una barra de hierro, lo que le impedirá apoyarse sobre el «sedile» cuando la asfixia o el paro cardíaco le provocan la muerte. Por el

contrario, en algunos casos, se podía prolongar la agonía y el suplicio del crucificado perforando su costado derecho de una lanzada para que el aire penetrara directamente al pulmón, a modo de rudimentario y brutal neumotórax.

La crucifixión fue empleada por los romanos hasta el año 337, en que Constantino la abolió por respeto a la memoria de Jesucristo.

Capítulo 12

Treinta mil dioses (y algunos más)

Las religiones monoteístas suelen profesar la creencia en un dios absoluto, severo y remoto que se sitúa por encima del mundo y castiga o premia a los hombres con arreglo al exigente código moral que les ha impuesto.

Para comprender las ideas religiosas del ciudadano romano es menester que hagamos el esfuerzo de instalarnos en su mentalidad politeísta. Los muchos dioses del romano eran, también, poderosos e inmortales, pero al propio tiempo estaban sujetos a humanas debilidades y a corporales urgencias.

Como participaban de la debilidad del hombre, no le imponían código moral alguno. Sus relaciones con el devoto eran meramente funcionales: toma y daca. Cúrame y te ofreceré un sacrificio. Si la divinidad permanece sorda a nuestras súplicas será porque el sacrificio ha sido insuficiente o defectuoso. Hay que cansarlos, insistir hasta que se consigue su auxilio («fatigare deos»).

La historia sagrada que los niños romanos aprendían de labios de sus nodrizas o en la escuela establecía que en un principio sólo existieron el cielo (Urano) y la tierra. De su unión nacieron los doce titanes, dos de los cuales, Saturno y Cibeles, engendraron a la primera generación de dioses, a saber: Júpiter, el todopoderoso dios del cielo; Juno, su esposa, diosa del cielo y del matrimonio; Ceres, la tierra fecunda; Vesta, diosa del hogar; Neptuno, que reina sobre el mar, y Plutón, señor del reino de los muertos. Además, la generosa virilidad de Saturno tuvo una polución sobre el mar y de ella nació Venus, la diosa del amor y de la belleza. A estos dioses se sumaban los de la segunda generación, nacidos unos de la unión de Júpiter con Juno y otros de las múltiples aventuras adulterinas en las que el fogoso Júpiter se complacía: Marte, dios de la guerra; Vulcano, dios del fuego; Minerva, la inteligencia; Apolo, el sol y las artes; Diana, la luna, la castidad y la caza; Baco, el vino y el frenesí, y Mercurio, el comercio y la elocuencia.

Pero el brillo de estos doce dioses mayores, casi todos heredados de los griegos junto con su rica mitología, no lograba eclipsar el fascinante firmamento de dioses menores que tutelaba cada mínima parcela de la vida del romano. Varrón llegó a contar treinta mil dioses, pero seguramente no agotó la lista, que por otra parte se ampliaba continuamente con la adopción de las exóticas divinidades de los pueblos conquistados. Naturalmente, ningún romano recordaba los nombres y atributos de

todos.

A los dioses principales se consagraban templos magníficos en los que se adoraban sus veneradas imágenes.

El sencillo pueblo las distinguía por sus atributos simbólicos, como nosotros hacemos con nuestros santos (alguno de los cuales, por cierto, no es sino el correspondiente dios pagano cristianizado).

A la abultada nómina de estos dioses hay que añadir algunos otros llegados de Oriente que, en la época de los Césares, atraerán cada vez más a la plebe romana con sus ritos secretos e iniciáticos (místicos). Nos referimos a Isis, Serapis y Attis, a los que cabe añadir el más autóctono Baco (cuyas fiestas, las bacanales, eran motivo de escándalo para los severos partidarios de las antiguas costumbres). Augusto intentó, infructuosamente, limitar la difusión de estos cultos orientales. No obstante, a partir del siglo II todos ellos serían barridos por el culto de Mitra, de origen persa, al que muy pronto el cristianismo, otra religión oriental, de origen judío, haría la competencia. En el siglo IV, el cristianismo, que había asimilado una serie de mitos y creencias mitraicas, solares y místicas, fue casi universalmente aceptado.

Al margen de las divinidades públicas que hemos enumerado, cada familia de clase acomodada rendía culto a otras divinidades privadas, los lares familiares (Vesta, Lares y Penates), que vienen a ser los espíritus protectores del hogar. Este culto privado tiene su sacerdote en el «paterfamilias» y sus imágenes y altar en el «Lararium», la hornacina sagrada que ocupa la parte más noble del «atrium» doméstico. También recibían culto privado los «manes» o ánimas de los difuntos familiares, cuyas sacralizadas máscaras de cera se exhibían en los entierros y en otras ceremonias familiares. Existían, además, maléficas ánimas en pena, los «lemures» y «larvas», a los que había que apaciguar mediante sencillas ofrendas.

Entre los romanos, el sacerdocio era un cargo público como otro cualquiera, para el que solían designarse funcionarios de orden senatorial de probada experiencia. En la cúspide del escalafón estaba el sumo pontífice («pontifex maximus»), por lo general el propio emperador, que era el jefe de la religión nacional, nombrado por el cónclave de los dieciséis pontífices. A él corresponde nombrar y controlar a los sacerdotes públicos, particularmente a los flaminios y a las vestales. Los flaminios eran quince y estaban consagrados al culto de Júpiter, Marte, Quirino y los otros dioses mayores. Las vestales eran siete religiosas escogidas entre las muchachas de las mejores familias.

Hacían voto de castidad y de pobreza y habitaban en un convento de clausura («atrium vestae»), donde tenían a su cuidado el fuego sagrado. El castigo por la pérdida de la virginidad de una vestal consistía en enterrarla viva.

Existían también los doce sacerdotes salios, consagrados a Marte, al que celebraban en la fiesta del patrón con una danza guerrera, y los decemvros, que eran

los intérpretes autorizados de los Libros Sibilinos, colección de ambiguas profecías que el rey Tarquino compró a la sibila de Cumas siglos atrás. Cuando ocurrían milagros («prodigia») la autoridad ordenaba consultar solemnemente estos textos y de ellos se deducía la conducta a seguir por el gobierno. Quedan todavía otras categorías sacerdotales importantes, dedicadas a la predicción del porvenir: dieciséis augures y hasta setenta arúspices. Estos últimos basan sus predicciones en el examen del hígado de animales sacrificados. El romano está persuadido de que los dioses comunican a los hombres sus deseos sirviéndose de fenómenos naturales tales como truenos, relámpagos, ataques de epilepsia, sueños y formas de volar de distintas aves. A este efecto son de buen agüero el águila, la garza real y la corneja; de mal agüero, el búho y la golondrina.

Los encargados de interpretar tales signos son los augures. Antes de proceder a cualquier empresa importante, pública o privada, es aconsejable consultar al augur. El augur se coloca mirando al sur y espera a que la manifestación de lo numinoso se produzca.

Lo que ocurre a su izquierda es, en términos generales, negativo (izquierda es «sinister», lo siniestro). No obstante, para las más importantes consultas oficiales, particularmente en tiempo de guerra, resultaba más científico y seguro recurrir a los pollos sagrados, mantenidos en una gran jaula dorada, al cuidado del templo. Si comían de buena gana era excelente señal, pero si se mostraban inapetentes, la señal era funesta, se avecinaban malos tiempos.

Para estimular a las divinidades a que nos favorezcan se les reza, se les encienden lámparas y se les ofrecen los sacrificios que más les agradan, según un ritual rígidamente establecido: a Júpiter, bueyes blancos; a Ceres, cerdos o tortas de harina; a Venus, palomas; a Diana, ciervos.

Los pobres se contentan con animales pequeños, tortas votivas, figuritas exvotos o un poco de vino. En ocasiones especiales se ofrece una «suovetaurilia» o triple sacrificio de cerdo, oveja y buey; o incluso una «hecatombe» en la que se inmolan cien bueyes. Y, sólo para situaciones extremadamente angustiosas, de peligro nacional, como cuando Roma se sintió amenazada por Aníbal, se vota una primavera sagrada que entraña la inmolación ritual de todo lo nacido durante la primavera, sea hombre o animal.

Al paganismo romano, lo mismo que al cristianismo que lo suplantó, no le repugnaba la idea de que un hombre nacido de mujer pudiera recibir honores divinos. Un notable precedente lo justificaba: el faraón del antiguo Egipto recibía culto como dios vivo y se consideraba ahijado de los dioses y manifestación visible de la divinidad.

Los Césares romanos adoptaron la misma idea y elevaron a la categoría de dios al emperador Augusto («divus Augustus») como hijo de la diosa Roma. Sus sucesores

también fueron divinizados, algunos de ellos en vida.

Serían «dominus et deus» y cambiarían el título de Imperator Cesar por el de «Dominus Noster». La creciente importancia del culto al emperador, cada vez más asimilado al del Sol, fue arrinconando al politeísmo y, eficazmente secundado por la nueva moral que imponía la filosofía estoica, preparó el camino del monoteísmo cristiano.

Magia y superstición

Como todos los pueblos antiguos, los romanos son muy supersticiosos.

Cuando estalla una tormenta sudan y se angustian, permanecen inmóviles en sus casas, acurrucados y con la cabeza cubierta por un trozo de tela. A cada relámpago que perciben silban para conjurar los desatados espíritus. Si se produce un eclipse, la ya de por sí ruidosa Roma se conmueve con el fragor de las cacerolas. Todo el que posee objetos de cobre los hace entrechocar para alejar de su casa la mala suerte. Los pobres se sienten más pobres que nunca puesto que sus cacharros de barro no consienten tan ruidosas instrumentaciones. Miles de supersticiosas limitaciones presiden la vida diaria del romano. Nadie se corta las uñas si es día de mercado o cuando viaja por mar. Si están comiendo y una tajada cae al suelo, la recogen y la comen sin limpiarla.

El romano siente auténtico pavor por el mal de ojo. Para conjurarlo no se cansa de hacer la higa («digitus infamis») o recurre al falo, que es símbolo de saludable vida. Por todas partes encontramos representaciones del pene en erección: en medallas que se llevan al cuello, en colgantes, adornos, muebles, lámparas, cuadros.

Incluso la flecha que señala una dirección en la encrucijada de caminos puede adoptar la forma de un pene.

Las inscripciones conjuradoras se leen por doquier: «rumpere inviedax» «revienta envidia» o «arseverse», en la puerta de la casa, para preservarla del fuego. Igualmente abundantes son las maldiciones. Por ejemplo, esta tan curiosa que encontramos en los vestuarios de los baños públicos:

Si te llevas mi toalla que se te haga agua el cuerpo y la vayas dejando atrás como rastro apestoso por donde andes, ladrón.

Cae uno enfermo y lo primero que piensan es que algún enemigo lo ha hechizado. Antes de llamar al médico recurren a la magia: queman azufre en torno al enfermo (probablemente agravando su mal si inhala los vapores), lo espolvorean con harina bendita, salmodian secretas fórmulas mágicas a Hécate, la diosa hechicera, cuyos dominios son la fiebre y la epilepsia...

Los romanos creen en los fantasmas, en las casas encantadas, en los vampiros devoradores de difuntos, en los hombres lobos («versipellis») y en las brujas que vuelan por los aires. En Horacio encontramos los nombres de tres de ellas: Canidia, Sagana y Veya. En cuestiones de hechicería, hasta los descreídos Propercio y Ovidio, que hacen profesión de despreciarla, se nos muestran sospechosamente bien informados sobre sus procedimientos. Se supone que las brujas obtienen sus filtros mágicos a partir de poco comunes ingredientes: huesos de difuntos, hierbas del cementerio, huevos de serpiente, vísceras de sapo, etc. Sus drogas tienen el poder de embotar los sentidos. Tibulo avisa a su amada Delia de que esta noche podrán dormir juntos sin temor ni sobresalto, pues el marido de ella no podrá sorprenderlos: con ayuda de una hechicera le ha ofuscado los sentidos. Casi nos alivia saber que la dulce Delia perpetrará su desliz conyugal sin recurrir al más drástico e igualmente efectivo procedimiento mágico que otras romanas infieles usaban para burlar la vigilancia de sus maridos. Daremos la fórmula en beneficio del curioso lector: se toma una corneja, se rezan sobre ella ciertos conjuros y a continuación, con unas tijeras, se le extraen los ojos («configere oculos»). De este modo el marido no se percatará de que su esposa recibe a un amante en el lecho. Es magia simpática, sin duda más terrible para las cornejas que para los maridos.

Los procedimientos mágicos son infinitos. El campesino envidioso de su vecino puede recurrir al «rapto de la cosecha» por medio de un mal «carmen» o cántico, sortilegio recitado de origen sabino, que tiene la virtud de captar la energía de la parcela del vecino y concentrarla en la propia.

Si el encantamiento funciona, el codicioso labriego se verá doblemente recompensado: obtendrá una excelente cosecha y su odiado vecino no recuperará en la suya ni la simiente que sembró.

La magia negra puso de moda, en la Roma imperial, la defixión, un antiguo procedimiento mágico consistente en consagrar a una divinidad infernal la persona que se quería perjudicar.

En una tablilla de plomo o de cera se inscribían los datos del hechizado seguidos de ciertas fórmulas mágicas y de una ristra de imprecaciones.

Un ejemplo:

«¡Introducidle terribles fiebres en todos sus miembros! ¡Matadlo, oh dioses infernales, en el alma y el corazón! ¡Destruídlo, trituradle los huesos! ¡Estranguladlo! ¡Retorcedle y torturadle el cuerpo!».

Luego la ilustrada tablilla se atravesaba con un clavo, operación que contribuía a «fijar» la maldición. Si el clavo procedía de un cadalso o de las parihuelas de un muerto, tanto mejor. Finalmente se enterraba en las proximidades de una tumba o se

arrojaba al mar, para que el espíritu del muerto o los de los ahogados se encargaran de cumplir el maleficio. No todas las tablillas de defixión intentan perjudicar a una persona. Los móviles pueden ser muy variados: inclinar la voluntad de los jueces en un proceso, recuperar lo robado, hacer que el amante aborrezca a una rival (las romanas eran muy aficionadas a este procedimiento), o, simplemente, prevalecer sobre un adversario político o deportivo.

Cristianismo

A partir del siglo II, el cristianismo se difundió rápidamente por el imperio, favorecido por la tolerancia politeísta de los romanos y por la creciente demanda popular de religiones místicas orientales. Será mucho más tarde —cuando el culto oficial se afirme en torno al divinizado emperador, en un desesperado intento de robustecer un poder ya decadente— cuando se den las primeras situaciones conflictivas entre la Iglesia y el Estado. Algunos cristianos se negaban a aceptar una rutinaria obligación de todo ciudadano romano que consistía en quemar un grano de incienso en el altar del templo de Roma y Augusto, lo que, en tiempos de absolutismo imperial, constituía delito político.

Este conflicto dio lugar a algunas persecuciones, a menudo propiciadas por cristianos fanáticos a los que sus líderes habían prometido la salvación eterna si morían por su fe. Con todo, hay que advertir que la mayor parte de las Actas de los Mártires son falsificaciones muy posteriores a la época en que acaecieron los sucesos que pretenden atestiguar. Se calcula que la persecución más sangrienta, la de Diocleciano, sólo favoreció con la palma del martirio a unos tres mil cristianos. No obstante, conviene señalar que no todos los emperadores se mostraron contrarios a los cristianos; algunos, como Trajano, se inhibieron, y otros los favorecieron abiertamente, entre ellos Domiciano y Cómodo, este último probablemente influido por su concubina cristiana, la hermosa Marcia.

El número de los cristianos creció vertiginosamente. La que había comenzado siendo una oscura religión de esclavos, despreciada por la aristocracia y odiada por la plebe, ascendió hasta la cúspide del poder. En 313, los cristianos lograron que Constantino y Licinio, emperadores de Occidente y Oriente respectivamente, publicaran el edicto de Tolerancia (Edicto de Milán) que colocaba al cristianismo en la privilegiada situación de tutelar del Estado absolutista.

La civilización cristiana occidental había comenzado.

Capítulo 13

Los trabajos...

El romano era, por tradición, laborioso y emprendedor, como buen campesino. Incluso cuando no se dedicaba a sus trabajos («negotia»), procuraba que el ocio («otium») fuera enriquecedor.

El trabajo físico se consideraba impropio de los nobles, pero sus esclavos y clientes se empleaban en las explotaciones agropecuarias, en los diversos servicios y en la industria de fabricación de objetos exportables a provincias. A este respecto la definición del trabajo que da Plotino es reveladora: «La masa de los obreros constituye una chusma despreciable destinada a producir los objetos necesarios para la vida de los hombres virtuosos». Por lo tanto, el noble no trabaja, sólo dirige («cura»). Pero, a veces, su avidez de ganancias lo lleva a especular y a practicar la usura, actividades no consideradas trabajo. Esta ideología entronca plenamente en el ideal griego clásico que consiste en vivir de las rentas.

La aristocracia, siempre fiel a sus orígenes campesinos, sentía un cierto desdén por la industria y el comercio.

Por lo tanto fue la clase ecuestre la que se hizo cargo de estas productivas parcelas y se enriqueció rápidamente.

Un nuevo rico, industrial o comerciante, que aspirara a que sus hijos fuesen admitidos un día en los restringidos círculos del poder, no dudaba en invertir una buena parte de su fortuna en propiedades rústicas, aunque éstas fueran menos rentables.

Sólo así comenzaba a parecerse a las exclusivas familias patricias con las que pretendía emparentar.

El imperio demandaba de la metrópoli productos manufacturados. Para atender esta demanda llegaba a Roma continuamente mano de obra especializada, particularmente griega y oriental, que se establecía en determinados barrios, un poco como hoy sucede con los emigrantes asiáticos que llegan a las grandes ciudades de Occidente.

La jornada laboral del obrero no estaba muy bien delimitada. Si en una época se trabajó de sol a sol, mientras hubiese luz, andando el tiempo las condiciones fueron mejorando y el período de trabajo se acortó hasta hacerse incluso más breve que el actual, pues se daba de mano a mediodía o poco después, lo que supone una jornada

laboral de sólo seis horas en invierno y de siete u ocho en verano.

Los gremios tradicionales de Roma, instituidos en tiempos de Numa Pompilio, fueron ocho: flautistas, orífices, carpinteros, tintoreros, zapateros, curtidores, bronceístas y alfareros. No obstante, en la época imperial asistimos a una gran prosperidad de los oficios relacionados con la industria edilicia. Por encima de todos está el gran patrono («redemptor») y, a sus órdenes, una legión de oficiales soladores («pavimentarii»); mosaístas («tessellarii»); vidrieros («vitrarii»); marmolistas de ventanas («speculararii») y decoradores de interiores («pictores parietarii»), algunos de ellos grandes artistas a juzgar por las obras que nos han legado.

También existían las profesiones liberales, de las que sólo examinaremos las dos que nos parecen más peculiarmente romanas: la abogacía y la medicina.

Abogados

Sabido es que nuestro derecho es descendiente directo del derecho romano. La evolución ha sido más larga y traumática de lo que muchos admiten.

Pensemos, por ejemplo, que en Roma el hurto y el robo eran delitos pertenecientes al ámbito del derecho privado por lo que, a menudo, el demandante débil se veía impotente ante los abusos del delincuente poderoso, al que no tenía medios de hacer comparecer ante un tribunal. En un pueblo que estimaba la elocuencia por encima de cualquier otra posible virtud, es natural que la abogacía constituyese la más noble profesión. De hecho, el único camino para hacer carrera pública y ascender en la administración del Estado pasaba por el ejercicio de la abogacía. Tan noble era esta profesión que en un principio sus practicantes no cobraban un céntimo por ejercerla: se daban por satisfechos con el prestigio adquirido. Solamente a partir del principado de Nerón comenzó a considerarse lícito y razonable que el abogado percibiera una cantidad de dinero por sus servicios. No obstante hacía ya mucho tiempo que se había establecido la costumbre de que el defendido recompensara privadamente al defensor.

Claudio fijó el tope máximo de la minuta de un abogado en la respetable cantidad de diez mil sestercios. Mucho más tarde, Valentiniano III determinaría los requisitos que deben reunir los que hacen profesión de la abogacía, así como sus fines: «Defender la suerte del que está en peligro y tutelar los derechos de los oprimidos».

Aunque muchos romanos se pasaban la vida ejercitándose en la elocuencia y memorizando complicadas figuras retóricas y una casuística en la que ya se anuncian las estériles controversias bizantinas, lo cierto es que los abogados malos abundaban más que los buenos. Lógicamente los honorarios estaban en consonancia con la calidad del profesional. Los picapleitos («causadici») que sólo conseguían contar con una clientela pobre, de la que apenas podían esperar más que algún regalo de poco

valor por las saturnales, eran a menudo víctimas de las sátiras de los poetas y de los chistes del pueblo. Catulo nos habla de uno de estos abogados que, después de haber discursado deplorablemente frente al tribunal, requiere el parecer de un amigo:

—¿Cómo he estado? ¿Habré conmovido al juez?

Y el amigo le contesta, con toda la doble intención que puede interpretarse de sus palabras:

—Sin duda alguna: a todos nos ha dado mucha lástima tu discurso.

La ampulosa presentación y el artificio retórico eran procedimientos usuales a los que tanto jueces como audiencia estaban acostumbrados. Solamente a un demandante poco avisado, como el que nos retrata Marcial, se le podía ocurrir extrañarse:

—No se trata de violencia —exclama el cliente interrumpiendo a su abogado— ni de destrucción ni de veneno.

El objeto de mi pleito son tres cabras; yo sostengo que mi vecino me las ha robado y el juez pide pruebas.

Tú hablas de la batalla de Cannas, de la guerra de Mitrídates, de los perjuros, de la furia de los cartagineses, del dictador Sila, de Mario, de Mucio, levantas la voz y das puñetazos. ¡Yo te suplico que te atengas al asunto de mis tres cabras!

Los juicios, en un ángulo del Foro, eran tan espectaculares que a ellos asistía una gran cantidad de público. Ante aquella temperamental audiencia de desocupados y curiosos, cualquier ardid era válido. Demandado y demandante solían comparecer con sus peores ropas («sordidatus»), demacrados y con barba de varios días, para mover a compasión a los jueces. El juicio en sí podía ser tan pintoresco como este que nos describe el máximo abogado de Roma, Cicerón:

—Me apodero directamente de las tablas en las que estaba escrita la ley: he aquí de nuevo el alboroto y la pelea... Un tal Teomnasto, un chiflado del que todo el mundo se mofa a sus espaldas, intenta arrebatarme el documento, locura que hizo reír a muchos pero que a mí, en aquel momento, no me hizo ninguna gracia; echaba espuma por la boca y llamas por los ojos y gritaba que yo le hacía violencia. Trabados los dos al documento («copulati» es la palabra latina que emplea), llegamos ante el pretor.

Al término de un largo desarrollo, en tiempos ya de Justiniano, vemos dibujarse la abogacía romana con las características que aún hoy conserva: colegios de abogados, en los que existe un «*numerus clausus*», inmunidad particular e incluso escuelas de derecho similares a nuestras facultades.

Médicos

En los primeros tiempos de Roma no existió la profesión médica. Las enfermedades se curaban —cuando se curaban— con ayuda de plantas medicinales

prescritas por el «paterfamilias» —que a tanto llegaba su autoridad— con arreglo a unos conocimientos («scientia herbarum») adquiridos por medios puramente empíricos. También se usaba el todavía más curioso procedimiento de la «incubatio» o sueño del templo. El enfermo pasaba la noche en el santuario del dios sanador y éste le indicaba, en sueños, el camino a seguir para recuperar la salud. Uno de estos santuarios-sanatorios, el dedicado a Esculapio, se fundó en Roma con ocasión de la epidemia de 291 a. de C. Lo construyeron sobre la isla del Tíber. Dos años antes habían llevado a la ciudad el Asclepios de Epidauro. La «incubatio» continuaría practicándose activamente hasta el final del imperio.

En la época de los Césares, muchos médicos griegos u orientales ejercieron su oficio en Roma. Algunos de ellos eran libertos que habían aprendido la profesión de sus amos médicos a los que sirvieron como esclavos.

Quizá debiéramos aclarar que eran libertos enriquecidos, porque los honorarios de un médico eran altísimos.

«No hay profesión que produzca más», dice un contemporáneo de los Césares, quizá con su punto de envidia. La posesión de un esclavo médico era uno de los signos exteriores de riqueza más apreciados por la alta sociedad romana. Lo mismo que hoy, había médicos militares, adscritos a las legiones, y los había deportivos en las escuelas de gladiadores y gimnasios.

Incluso existía la figura del médico titular de la real familia, el «medicus palatinus». A partir del siglo IV los habrá de la seguridad social, cuando se designe para cada barrio («región») de la ciudad un médico público («archiatra»). Serían en total catorce para una población que rebasaba el millón de habitantes, lo que parece una proporción insatisfactoria. Curiosamente, estos médicos públicos eran democráticamente elegidos a propuesta de sus propios pacientes.

Aparte de los médicos de medicina general, que serían los más, existieron también muchas especialidades: ginecología, cirugía, oftalmología («medici oculari»), garganta, masajes, hernias, ortodoncia... Algunos médicos eran también boticarios. Los oftalmólogos, por ejemplo, fabricaban sus propios colirios y los comercializaban en forma de barritas que llevaban impreso el nombre del facultativo.

En cuanto a la ortodoncia, parece que estaba muy desarrollada desde tiempos antiguos. Nos lo da a entender la ley de las XII Tablas que establece que el único oro que puede acompañar a una persona a la tumba será el que tenga en los dientes. Hubo también cirujanos estéticos capaces de borrar la huella que el hierro candente dejó en la frente del antiguo esclavo fugitivo, luego liberto rico, que podía pagar la operación. Naturalmente existían también los chistes de médicos. Catón el Censor se vanagloriaba de haber llegado a viejo porque nunca se había fiado de los matasanos, y añadía: «Vienen a echarnos al otro mundo y encima hay que pagarles para que no se descubra su juego». Nuestro compatriota Marcial, que parece anunciar a Quevedo

en sus simpatías hacia la profesión, nos cuenta su caso: «Estaba indispuerto y he aquí que de pronto se presenta Símaco, el médico, que viene a visitarme acompañado de una muchedumbre de discípulos. Me palparon cien manos, todas heladas. No tenía fiebre, ahora la tengo».

El progreso de la medicina trajo aparejado el de la farmacia, que en puridad era anterior a ella. En la Roma de los Césares existían ciertas tiendas, que hoy podríamos denominar droguerías, donde el enfermo se hacía preparar sus salutíferos polvos, pomadas, tisanas y emplastos («unguentarii; aromatarii; pigmentarii»). El que confiara en un buen herborista («pharmacopola») podría acceder a un sinfín de recetas. El herbario medicinal romano es de muy prolija enumeración: para la conjuntivitis (mal muy común entonces), infusión de violetas con pizca de mirra y azafrán; para la locura, eléboro; para los cortes infectados y quemaduras, asfodelo; para el dolor de muelas, pulpa de calabaza con ajeno y sal o jugo de tallo de mostaza; para el estómago, el «chiston» (leche de cabra hervida con hojas de higuera y un chorrito de vino); para dormir a los niños, leche con adormidera (es natural que se durmieran, los angelitos); para despertar dormidas virilidades se confiaba en la virtud afrodisíaca de la ajedrea, la pimienta, el pelitre y la ortiga, todo ello diluido en vino; pero Ovidio, que sabe mucho del amor, desaconseja su uso. Y, para cualquier mal, por encima de todas las otras hierbas, el «laserpicium», la gran panacea, cuya importación tutelaba el Estado.

Capítulo 14

... y los días

Los romanos nunca concedieron demasiada importancia al horario, en parte quizá, por libérrima inclinación de carácter latino, y en parte porque la carencia de aparatos con los que medir el tiempo imponía esa impuntualidad.

Hay que tener en cuenta que los primeros relojes de sol («solarium») y de agua («horologium ex aqua» o «clepsydra») no se comenzaron a divulgar hasta bien entrado el siglo II a. de C. y aun entonces constituían más un decorativo capricho de ricos que un instrumento útil. Por lo tanto la duración del día y de la noche se calculaba por el sol. Había doce horas diurnas y doce nocturnas, lo que entrañaba que la duración de cada hora dependiese de la estación del año.

Las horas diurnas de junio eran muy largas, mientras que las nocturnas resultaban muy cortas. En diciembre ocurría justamente lo contrario. La hora central del día, sobre la que pivotaban todas las demás, era la séptima, correspondiente a mediodía («meridiem»). El trabajo, para los que se deslomaban de sol a sol, comenzaba al amanecer y terminaba en la hora novena («nona»), es decir, entre la una y media y las dos y media, dependiendo de la estación.

El primer calendario romano se basó en el año agrícola y sólo tenía en cuenta el periodo comprendido entre un equinoccio de primavera y el siguiente. No se contaba el invierno, en el que la tierra está muerta. Este curioso año tenía diez meses, que sumaban 305 días. Eran los siguientes: Treinta y un días de Martius (marzo), consagrado a Marte, el dios de la guerra.

Treinta días de Aprilis (abril), por el jabalí («aper») o por la apertura de los brotes vegetales («aperire» es abrir).

Treinta y un días de Maius (mayo), por la pléyade Maia. Treinta días de Junius (junio), por Juno, esposa de Júpiter.

Los seis meses restantes no tenían denominación propia y se designaban por el ordinal correspondiente: quinto («quintilis»); sexto («sextilis»); séptimo («september»); octavo («october»); noveno («november») y décimo («december»). Más adelante, en tiempos de Numa Pompilio, se añadieron otros dos meses para el periodo invernal: «Januarius» (enero), por Jano, el dios de los dos rostros; y «Februarius» (febrero), por los ritos de purificación («februalia»). De este modo el calendario completó seis meses de treinta días y otros seis de veintinueve, todos ellos

lunares, que sumaban tan sólo 355 días, lo que obligaba al sumo pontífice, responsable del calendario sagrado, a intercalar un mes suplementario («mensis intercalaris») cada dos años, para evitar que el desfase del año oficial respecto al natural provocase graves desajustes.

Pero, a pesar de todo, los desajustes se producían, particularmente cuando, en el descontrol que trajeron las guerras civiles, se dejó de actualizar el calendario. En el año 45 a. de C. existía ya una diferencia de setenta días entre el año natural y el oficial.

Julio César impuso entonces una radical reforma (motivo por el cual aquel año sería conocido como «annus confusionis») consistente en aumentar el año a 365 días más uno bisiesto que se añadiría cada cuatro años. Este calendario juliano tampoco coincidía exactamente con el natural, puesto que ahora pecaba por exceso, motivo por el cual hubo de ser revisado en 1582 por el papa Gregorio XIII, pero básicamente continúa siendo hoy el calendario de los países cristianos.

Después de la muerte de Julio César se decidió honrar su memoria dando su nombre a un mes. El quinto, antes «quintilis», pasó a llamarse «Julius», julio; Augusto, el sucesor de César, también se hizo merecedor de tal distinción y «sextilis» se llamó desde entonces «Augustus», agosto.

Por cierto que este cambio suscitó algunos problemas protocolarios. Algún avisado señaló que el mes dedicado a Augusto tenía un día menos que el de César, lo que parecía engendrar cierto menoscabo hacia la figura del emperador. El problema fue prontamente resuelto: aumentaron a 31 el número de días de agosto y redujeron, para compensar, a 28 el de febrero. Reajustaron, además, el número de días de los meses restantes.

Al sucesor de Augusto, Tiberio, le propusieron denominar a septiembre con su nombre pero él rechazó sensatamente la idea: «¿Qué haréis —dijo— cuando se os acaben los meses y siga habiendo emperadores?». Los romanos no conocieron la semana hasta época muy tardía. Ellos dividían el mes en tres períodos de duración variable llamados «Nonas», «Idus» y «Kalendas». Nuestra palabra «calendario» se deriva de «kalendarium», que era el cofre donde los usureros romanos (profesión entonces tan respetable como la del actual banquero) guardaban el libro en el que tenían asentados los vencimientos de sus préstamos.

Con el tiempo se fue abriendo camino la denominación de los días a partir de su dedicación astrológica.

Como reconocían siete planetas, la semana adoptaría ese número de días: «Lunae», por la luna; «Martis», por Marte; «Mercurii», por Mercurio; «Jovis», por Júpiter; «Veneris», por Venus; «Saturni», por Saturno, y «Solis», por el Sol. Estos dos últimos evolucionaron en nuestro idioma para aproximarse al hebreo «Sabaot», que da «sábado» y el «dominus», latino «señor», que da domingo, cuando el culto al Sol

se hizo eje de la religión oficial identificándose con el emperador o «dominus».

Capítulo 15

De autores y lecturas

La biblioteca particular de nuestro amigo Marco Cornelio contiene, además del inexcusable lote de clásicos griegos, de cuya directa inspiración nunca se apartaron los escritores latinos, una atinada selección de obras producidas por ingenios locales o por extranjeros que escriben en latín.

Abundan los autores de la denominada Edad de Oro que, según nos aseguran los intelectuales republicanos, terminó en cuanto el imperio dio al traste con las antiguas libertades. Casi todos coinciden en que el periodo más brillante fue el de Cicerón (106-43 a. de C.) y a él le adjudican el mérito de haber elevado el latín a la categoría de lengua literaria. Probablemente llevan razón, aunque no estamos tan convencidos como ellos de que el primero y más sublime de los géneros sea la elocuencia. Notamos, también, que sólo a regañadientes admiten que Julio César fue el mayor prosista de su tiempo y el círculo de Mecenas la más brillante escuela, con figuras de la talla de Virgilio, Horacio y Propertio.

Incurrir en la curiosa manía de clasificar los productos del ingenio humano de acuerdo con las calidades del metal, y al imperio propiamente dicho le adjudican la Edad de Plata (18 a. de C.-133). En poesía destaca Virgilio (70-19 a. de C.), el poeta nacional, cuya excelente «Eneida» intenta ser la epopeya de Roma, a imitación de los inimitables modelos homéricos. Como esta magna obra la traíamos ya leída de Hispania, en esos días exploramos con placer otras producciones del poeta de Mantua: las «Bucólicas» y las «Geórgicas», en las que expresa, con claros cristales, la romana añoranza de la vida en el campo.

Como procedemos de Hispania, Marco Cornelio nos da a leer una epopeya histórica de nuestro comprovinciano Lucano (39-65), la «Farsalia», que narra, de manera un tanto declamatoria, la guerra civil entre Pompeyo y César. Durante algunas tardes nos deleitamos con su lectura, si bien advertimos que, debido a sus simpatías republicanas, el autor presenta una imagen negativa y parcial de Julio César. Nada más distinto a nuestro también comprovinciano el pícaro y chusquero Marcial (40-104), cuyos «Epigramas» satíricos resultan deliciosamente desvergonzados pero también chispeantes juegos de ingenio. Y puestos a mencionar a los hispanos, no dejaremos en el tintero nuestra antigua y profunda admiración por Séneca (4 a. de C.-65), sabio cordobés que hizo del estoicismo la regla de su vida,

aunque algunos malévolos detractores le reprochan que escribe sus alabanzas de la pobreza sobre una mesa de oro.

Más placer hallamos en el profundo y filosófico Horacio (65-8 a. de C.), el cantor del «carpe diem», cuyas «Odas» releímos alguna vez, siempre con renovado placer, en las suaves umbrías de los jardines romanos. Asimismo también conocimos al sin par Ovidio (43 a. de C.-18), cuyas barrocas e inadvertidamente profundas «Metamorfosis» conocíamos ya de Hispania. En Roma encontramos sus conmovedoras «Pónticas», en las que expresó el dolor de su forzado destierro, y el delicioso manual para enamorados «Ars amandi», que tantos y tan buenos consejos da para los que quieren debatirse en las redes de la dulce Venus. Nos conmovieron las elegías de Tibulo (48-19 a. de C.), un romántico de su tiempo, fogoso y tierno, y los poemas de Propercio (47-16 a. de C.), cuyo imposible amor por Cintia, seductora, ardiente y casada con otro, extrañamente continúan habitando los misteriosos aposentos de nuestra memoria.

En la dilatada sobremesa de un banquete al que asistían ilustradas personas, alguien leyó los pasajes más picantes de una curiosa novela, el «Satiricón», obra de un tal Petronio, «arbiter elegantiae» de la corte de Nerón y víctima suya, que debió de ser una especie de dandy de su tiempo.

Lo que nos trae a la memoria otra novela igualmente digna de reposada y regocijada lectura: «El asno de oro» del africano Apuleyo (125-170), que narra las divertidas y a veces escabrosas peripecias de un pobre hombre mágicamente convertido en burro.

Cuando supo de nuestro gusto por la historia, Cayo Sulpicio, el noble socio de Marco Cornelio, nos llevó a visitar la biblioteca latina de Trajano. Allí pudimos consultar una cuidada edición de las obras de Tito Livio (59-17 a. de C.), cuya «Ab urbe condita» es un meritorio monumento a las glorias de Roma y una notable obra de creación pues está trufada de elocuentes discursos y entretenidas anécdotas. También conocimos los escritores del secretario de Adriano, nuestro amigo Suetonio (75-166), y los de Tácito (55-120), cuyo nombre significa «callado», que fue el más locuaz de todos.

De muchos otros autores oímos hablar, no siempre abiertamente, pues, al parecer, en la Roma imperial existe una rigurosa censura. Algunos afirman que esta limitación se refleja oprobiosamente en ingenios tan prometedores como Ovidio. Cuando se suaviza, señalan, la literatura parece rejuvenecerse (Tácito, Juvenal), pero en cualquier caso su peso es observable en la obra de Lucano, Séneca, Persio, Marcial, Quintiliano, Plinio, Suetonio y los otros grandes del periodo. «En tiempos de la república —asegura Cayo Sulpicio sin disimular sus simpatías por la antigua forma de gobierno— nuestro ideal era la "libertas"; ahora lo hemos trocado por la "securitas" y a ella sacrificamos, vergonzosamente, las claras virtudes de nuestros

abuelos».

Los más radicales sostienen que desde que Augusto metió en cintura al Senado se ha percibido una notable decadencia de la literatura, excepto en los géneros clandestinos que están en auge. Se refieren al panfleto anónimo («libelli»). Los defensores de Augusto y de sus sucesores alegan que el empobrecimiento de la literatura se debe achacar a la corrupción de las costumbres y no a la censura.

Como somos forasteros preferimos no tomar partido en la enconada discusión. Los dejamos enzarzados en la cada vez más caldeada controversia y, aunque aparentemos estar atentos, nos refugiamos en nuestras propias lucubraciones. Lo último que acertamos a oír son estas memoriosas palabras, pronunciadas por no sabemos quién: «Los hombres del momento, por vivir en servidumbre, aunque sea justa, no han bebido en su niñez las aguas fecundas de la libertad, fuente de elocuencia, y hablan con la timidez innata de los esclavos».

Un poema de amor romano:

Vivamos, Lesbia mía, y amémonos, y las habladurías de los viejos demasiado serios, todas, valorémoslas menos que un as.

El sol puede ponerse y volver a salir; nosotros, una vez que se pone nuestra breve luz, hemos de dormir una sola noche perpetua.

Dame mil besos, luego, ciento; luego otros mil segundos; luego, ciento. Después, cuando nos hayamos dado muchos miles, enredaremos la cuenta para no saberla, y para que ningún cabrón pueda aojarnos al saber que fueron tantos los besos.

Cátulo (87-54 aprox.), traducido por Bartolomé Segura.

Capítulo 16

Termas y deportes

Esta tarde, nuestro amigo Marco Cornelio nos invita a las termas o baños públicos. Antiguamente las termas eran lugar de aseo y de ejercicio, pero hoy día se han convertido, además, en los casinos de Roma, en los lugares donde la vida mundana se desarrolla. Cuando un romano tiene sus otras necesidades cubiertas, procura pasar las tardes en las termas, en amable tertulia con sus amigos. También, por supuesto, venir a las termas los obliga a hacer un poco de ejercicio, a sudar y a someterse al saludable masaje, lo que contribuye a eliminar las grasas y toxinas que los frecuentes banquetes acumulan en torno a la cintura.

Las termas («thermae») figuran entre los edificios de uso público más cuidados por el Estado. Los emperadores rivalizan en construir termas palaciegas, catedralicias construcciones que pregonan su magnificencia y poder. Además, contribuyen a subvencionarlas para que su disfrute resulte asequible a cualquier mediana economía. Lo acostumbrado es que un empresario privado («balneaticum») explote su servicio por contrata. Atravesamos los jardines y llegamos a las termas. Marco Cornelio se acerca a la puerta hurgando en su monedero, pues hay que pagar la entrada a un portero, pero resulta que hoy la entrada es libre. Estamos de suerte: un adinerado senador ofrece a sus conciudadanos el baño gratuito porque está celebrando el nombramiento de su hijo en una importante sinecura de la administración provincial.

Penetramos. El edificio está caldeado. Hace dos horas que los esclavos encendieron los hornos de leña («hypocaustis») que han de calentar el agua y caldear el ambiente de las salas. Las puertas interiores permanecen cerradas pero ya hay una muchedumbre esperando delante de ellas, cada cual con su toalla al hombro. A la hora acostumbrada suena el gong («discus») de la entrada y se abren las puertas. El personal que esperaba penetra atropelladamente.

La entrada principal comunica con un amplio patio interior con piso de tierra donde se pueden realizar ejercicios («palaestra»). Pero nosotros, poco inclinados a los fatigosos deportes, pasamos de largo lo más rápidamente posible, no sea que recibamos un balonazo, y penetramos en el edificio por una puerta lateral. Un breve y oscuro vestíbulo, decorado con frescos que representan los trabajos de Hércules, nos conduce a un amplio vestuario («apodyterium»). Los muros están cubiertos, hasta media altura, por casilleros de mampostería que sirven para dejar la ropa. Hay varios

esclavos de guardia que velarán por nuestras pertenencias a cambio de una pequeña propina. Es una precaución muy necesaria pues, lamentablemente, en estos lugares abundan los rateros.

Nos desvestimos, plegamos cuidadosamente nuestras togas y túnicas y dejamos el hatillo en uno de los casilleros altos. Observo que algunos bañistas esconden sus vergüenzas tras un sucinto taparrabo, pero lo normal es que cada cual se exhiba en sus cueros.

Pasamos a una especie de vestíbulo cuyo suelo, anegado de agua hasta la altura de los tobillos, es una artesa azul decorada con peces. «Es —me explica Marco— para que la gente se lave los pies antes de entrar en la piscina». La piscina o baño frío («frigidarium») está en la estancia contigua. Me da la impresión de que tendrá las medidas olímpicas y es lo suficientemente profunda como para que se pueda nadar y bucear sin molestar ni estorbar al vecino. Nos zambullimos, le damos un par d largos, nos echamos una carrera, exhibimos nuestras habilidades en los distintos estilos, hacemos el muerto, y cuando nos sentimos algo fatigados salimos del agua y nos retiramos a descansar a la sala caldeada.

El («tepidarium») es una amplia estancia lujosamente decorada con mosaicos de doradas teselas uno de los cuales representa a la diosa Tetis rodeada de peces. A lo largo de los muros hay bancos de mármol. La temperatura es ideal. El aire caliente, procedente del horno de las calderas, circula por una serie de conductos que discurren bajo el suelo y por amplias tuberías empotradas en los muros. De este modo la sala se mantiene a muy agradable temperatura incluso en lo más crudo del invierno.

De hecho, según me explica Marco Cornelio, éste es el lugar de tertulia favorito de muchos ancianos en cuanto llegan los fríos, pues en las calles no hay quien pare y las casas, a menudo mal acondicionadas, son difíciles de caldear.

Después de charlar durante un buen rato, pasamos al baño caliente («caldarium»). Esta sala tiene el techo más bajo que las precedentes. Numerosas lumbreras de gruesos vidrios, abiertas en el techo, permiten su perfecta iluminación sin que el vapor escape. A lo largo de la pared hay una especie de bañera corrida que se completa con una serie de pilas dispuestas en el centro. Nos sumergimos en una de ellas que tendrá capacidad para cinco o seis personas. El agua está bastante caliente puesto que un circuito cerrado que comunica con la sala de calderas la mantiene a la temperatura conveniente.

Después del relajante baño hemos pasado a la sauna («laconicum») donde anudamos nuevamente nuestra distendida charla entre nubes de caliente vapor, en espera de que el sudor perle nuestros cuerpos y nos abra los poros.

Finalmente pasamos a la sala contigua, también muy cálida, el «unctorium», donde una docena de masajistas trabajan otros tantos cuerpos sobre poyos y mesas de mármol. Huele a aceite perfumado y a diversas esencias. Muchos bañistas traen a un

esclavo de su casa para que les aplique el masaje; algunos incluso traen un copero para que les sirva la bebida, lo que les proporciona un pretexto para exhibir alguna rica pieza de su vajilla. Pero nuestro amigo Marco no se cuida de tanta vana ostentación.

Él, me dice, tiene por costumbre alquilar los servicios de un masajista profesional de los muchos que trabajan en el baño. Así pues, nos ponemos en manos de un fornido tracio que aplica a nuestra espalda un helado churretazo de aceite, lo extiende y se pone a masajearla vigorosamente con sus manazas grandes como palas. Algunos gustan de darse un baño frío después del masaje, pero nosotros nos damos hoy por bien remojados. Como ya estamos algo fondones, tampoco visitaremos el paredaño gimnasio donde los jóvenes corren, saltan y juegan a la pelota.

Por lo que tengo observado, la juventud romana es muy aficionada al balón («follis»). Practican una especie de fútbol («sphaeromachia») en estadios de cumplidas proporciones («sphaeristeria») y una especie de rugby («harpastum»). Como todavía no se han inventado la camiseta y el short, los jugadores exhiben alegremente sus cuerpos desnudos y brillantes de aceite. Existen equipos que entrenan regularmente, y aficionados tan apasionados como los hinchas de nuestro tiempo, quizá un punto menos.

Tienen también una especie de frontón, donde pelotean dos o tres jugadores («pila trigonalis»). Nuestro amigo nos indica que todos estos juegos se practicaban antiguamente en el Campo de Marte; pero desde que aquel ensanche de Roma se llenó de edificios, ha habido que habilitar estadios y campos de deportes en las nuevas termas o en sus alrededores. Ya que hablamos de juegos diremos algo acerca de los de azar, a los que los romanos son muy aficionados, particularmente a las tabas y dados («tali»). Aunque la ley prohíbe jugar dinero, excepto en las saturnales o carnavales, y algunos concilios cristianos recurrirán al severo expediente de excomulgar a los jugadores, la verdad es que todo el mundo juega, desde Augusto (que perdió más de veinte mil sestercios en una memorable noche) hasta el último esclavo. Como las deudas de juego no se reconocen, es raro que alguien juegue de fiado.

Otros juegos son el cara o cruz («navia capita») y una variedad de los chinos («micare digitis» o «micatio») que se juega sacando los dedos simultáneamente.

Finalmente están los que se juegan en un tablero («tabulae lusoriae»), que son de índole más reposada e intelectual. Entre ellos destaca el «ludus latrunculorum», híbrido de damas y ajedrez, que otorga dieciséis piezas a cada jugador. Los aficionados juegan a veces en plazas, paseos y lugares públicos, sobre tableros esculpidos en las losas del suelo.

Basta de baño por hoy. Recuperamos nuestras toallas, nos secamos, nos vestimos y nos dirigimos a la cantina restaurante («popinae») del local para dar cuenta, con

despabilado apetito, de una succulenta empanada de buey y cebolla. Mientras nuestras mandíbulas trabajan como ruedecillas implacables, contemplamos, al otro lado del patio, los ágiles cuerpos femeninos que graciosamente bullen en torno a la piscina («piscinae natatoriae»). Esta piscina es mixta, pero en el resto del baño hay separación de sexos. En otros establecimientos menos dotados se han establecido dos turnos, mujeres por la mañana y hombres por la tarde. Por lo general, las termas imperiales son edificios lujosos en los que resplandecen el mármol, los labrados estucos, los mosaicos y los frescos. Alrededor hay frondosos jardines donde los ancianos pasean, corretean los jovencuelos, se arrullan los enamorados y merodean las busconas en busca de clientes. Pero también existen otras termas menos elegantes, de barrio, instaladas a veces en los bajos de las casas de vecinos. Como la construcción de esta clase de edificios deja bastante que desear, los ruidos que producen los usuarios molestan a los inquilinos que habitan los pisos superiores. Cedamos la palabra a nuestro malhumorado compatriota Marcial:

—Sí, vivo precisamente encima de uno de esos baños. Imaginaos toda clase de voces, hasta el punto de que a veces desearía ser sordo. Si los más fornidos se ejercitan con las pesas oigo sus mugidos cada vez que expulsan el aire, cuando emiten silbidos y jadean afanosamente. Si alguno disfruta dándose masaje, percibo el palmoteo del masajista sobre su espalda y puedo distinguir, por el sonido, si le está dando con la mano plana o ahuecada. Si llega el que quiere jugar a la pelota y empieza a contar los tantos en voz alta, es el acabóse.

Añádase el camorrista que arma trifulca, el ladrón al que cogen con las manos en la masa, el que disfruta escuchando el sonido de su propia voz en el baño y los que se zambullen estruendosamente en la piscina.

Lleva razón; no hay derecho.

Capítulo 17

Comer para vivir...

El cine americano nos ha retratado, con un punto de envidia, la glotonería, el despilfarro y la extravagancia en que incurrieron los romanos de la época imperial. Pero no siempre fue así. En los tiempos heroicos, cuando los recursos escaseaban, aquella población de labriegos sólo podía aspirar a una dieta de lo más frugal.

Durante más de trescientos años el alimento básico fue el «puls», especie de gachas de harina de trigo, farro u otros cereales a cuyos componentes básicos, harina y agua, podía agregarse algo de manteca. Una variedad muy diluida en agua se quería parecer a nuestra levantina horchata; otra, muy espesa, se presentaba en forma de albóndigas. En ocasiones especiales se enriquecía con tropezos de queso, miel o huevo formando la variedad que llamaban «púnica». En los tiempos de gran abundancia se inventó el «puls iuliano», que contenía ostras hervidas, sesos y vino especiado, curiosa transformación de un plato paupérrimo, pero entrañable en sus ancestrales connotaciones, en manjar de lujo.

Otro plato de la misma época era la polenta, bastante parecida a la actual, a base de cebada tostada y molida, con la que a veces se fabricaban tortas.

Los que se lo podían permitir en aquellos tiempos de escasez, desayunaban sopas de pan y vino; por lo demás, se consumían productos típicos del campo: legumbres, queso y, de tarde en tarde, algo de carne.

La cocina era sana pero monótona. Abundaban las socorridas sopas: de farro, de garbanzos y verduras del tiempo, de coles, de hojas de olmo, de malva, etc. La de puerros se consideraba buena para la voz, motivo por el cual el canoro Nerón la elevaría a la categoría de manjar imperial. Tampoco se ignoraban los potajes de garbanzos y judías o las ensaladas. La llamada «moretum», cuyos principales ingredientes eran queso de oveja, apio, cebolla y ruda, era la primera comida que hacían los recién casados. La incipiente pastelería ofrecía roscones de queso («circuli») y dulces de sartén («laganum»), en cuya elaboración entran, además de la indispensable harina, vino, aceite, miel y leche.

Se ha calculado que la dieta del romano de aquella época sólo alcanzaba las tres mil calorías, de las que al menos dos mil procedían del trigo. Hacia el siglo VI a. de C. las diferencias entre ricos y pobres se van haciendo más notorias, lo que se refleja,

fundamentalmente, en los hábitos alimenticios. Los pobres siguen engañando el hambre con «puls» pero los ricos comienzan a aficionarse al consumo de carne condimentada con una serie de productos que van determinando el carácter de la futura gran cocina imperial: pimienta, miel, coriandro, ortiga, menta y salvia. La plebe más empobrecida sólo accederá al consumo de carne en la época de Aureliano, en el siglo III, cuando se empieza a repartir gratuitamente. Se trataba, naturalmente, de carne de burro; la de buey continúa siendo privilegio de la mesa de los pudientes.

En la época de los Césares, el alimento básico de la plebe romana sigue siendo el trigo. Ya hemos visto que el equilibrio social se establece sobre las bases de un tácito acuerdo entre las cada vez más enriquecidas aristocracia y clase alta y el cada vez más empobrecido proletariado, al que, a cambio de su docilidad, se ofrece un rudimentario subsidio de seguridad social consistente en «panem et circenses» gratuitos. Se llegó a levantarle un templo a la «Annona Augustae».

En tiempos de César, 230 000 romanos se beneficiaban de los repartos de trigo o de su venta a precios «políticos». Esta cifra de beneficencia se reducirá a 15 000 después de la colonización y reparto de tierras realizada por el mismo César. Las leyes frumentarias fijaban la cantidad de trigo por persona y día en cien gramos. El grano procedía del Norte de África, Hispania y Sicilia.

Cuando Roma quedaba desabastecida, el fantasma del motín popular se cernía sobre las cabezas de los gobernantes, pero esta eventualidad se presentó raramente: en el año 60 a. de C., debido a las actividades de los piratas que infestaban el mar, y hacia el 41 a. de C., durante la guerra civil.

De este pan, que tan importante resultaba tanto desde el punto de vista político como desde el nutricional, se consumían en Roma muy distintas variedades, casi todas ellas heredadas de los griegos que fueron los que liberaron a Roma del «puls» cuando la enseñaron a panificar. El gremio de los panaderos («pistonos») era de los más poderosos de la ciudad. En tiempos de César agrupaba a 329 establecimientos. El pan más barato, fabricado con harina basta, sin refinar y adulterado con muy diversas sustancias, era negro. Recibe distintas reveladoras denominaciones: «panis acerosus, plebeius, castrensis» o «militaris, sordidus, rusticus»... Luego estaba el pan «secundarius», que podríamos denominar normal y, finalmente, el de lujo: «panis candidus» o «picentes», candeal y muy blanco.

Lo había también —como ahora— para los perros: el «furfureus». Por la manera de cocerlo y por los distintos ingredientes añadidos a la masa, los tipos de pan podrían multiplicarse hasta hacer la lista fatigosa: ázimo, con levadura de cerveza, cocido en vasija o en horno, enterrado en ceniza candente, cocido por segunda vez (bizcocho), con grano de anís, de comino, etc. Los «gourmets» exigían la variedad «ostrearius» para acompañar las ostras y la «artolagani» como aperitivo estimulante.

Al lado del pan pondremos el vino.

Italia era, ya entonces, una gran productora de vinos, pero además los caldos más afamados llegaban a las exigentes mesas romanas desde los confines del imperio. El único problema residía en que la ciencia de conservar y mejorar el vino estaba poco desarrollada. Hasta el siglo II, en que comienzan a divulgarse los toneles, solían envasarlo en ánforas cuyo interior pintaban con una mano de hollín de mirra o con pez, para mejor conservar su precioso contenido. Parte de esta capa pasaba al vino, que tenía que ser filtrado antes de servirse.

Con todo, la calidad solía dejar bastante que desear pues los caldos se agriaban y perdían con facilidad. Entonces se bebían especiados. También era frecuente servirlos calientes y aguados. En la cabecera del banquete se disponía un depósito de agua caliente («caldarium»). En verano, sin embargo, se refrescaba sumergiéndolo en pozos o cubos de hielo picado que podían ser de vidrio («vasa nivaria») o metálicos («colum nivarium»). Nos estamos refiriendo, claro está, al vino de los banquetes elegantes. El ciudadano de a pie, mucho menos exigente, lo tomaba a la temperatura ambiente en sórdidas tabernas.

Una deliciosa variedad del vino era el hidromiel, probable invención celtibérica, que consistía en una mezcla de agua y miel fermentada al sol a la que se añadían diversos aromas al gusto: nuez moscada, pimienta, jengibre, canela o clavo. La miel más apreciada era la hispánica. En el «Satiricón» leemos: «El plato siguiente fue una torta de fiambre rociada con exquisita miel de Hispania».

El romano que podía permitírselo hacía un gran consumo de leche, de cabra o de oveja. También se apreciaban bastante las de burra y yegua, que se consideraban medicinales. La de cerda no era unánimemente aceptada pues algunos estaban convencidos de que estropeaba el estómago, lo mismo que la de camella cuando no se diluía previamente en agua. Al yogur («oxygala») se le podían añadir los sabores del tomillo, el orégano, la menta o la cebolla. Batido con hielo picado («melca») resultaba un refresco muy reconstituyente.

La carne más consumida era la de cerdo, a la que, con el tiempo, se le fueron sumando las de buey, cordero, oveja, cabra, ciervo, gamo y gacela. Cabe añadir la de perro, que los más apegados a las antiguas tradiciones no desdeñaban. Cicerón era muy aficionado a la ternera lechal («assum vitelinum»). Los que no podían aspirar a estas carnes se conformaban con la de burro («onager», en realidad un tipo de asno salvaje), que Mecenas intentaría promocionar a mejores mesas, sin conseguirlo. Tampoco se desconocían las de lirón, criado en viveros, y las de diversas aves: pavo real, tórtola, gallina de Guinea, faisán, tordo, estornino, paloma, avutarda, grulla, cisne, urogallo, pavo (aclimatado de la India). Bocados de lujo eran el loro y el flamenco, cuya lengua se apreciaba especialmente. Se evitaba, sin embargo, por tabúes de origen ecológico, las carnes de ibis y cigüeña, que son devoradores de serpientes, y la de golondrina, que come mosquitos.

Curiosamente tampoco comían codornices, pues existía la creencia de que se alimentaban de hierbas venenosas.

El consumo de huevos (de pavo, de gallina, de faisán y, ocasionalmente, de avestruz) estaba limitado a los más pudientes.

Muchos entendidos despreciaban tan espléndida oferta de volátiles y se concentraban, golosamente, en la gallina y el pollo. El recetario de Apicio propone hasta quince maneras de prepararlos. El lector debe imaginar no esos pobres e insípidos animales plastificados y hormonados que adquirimos en nuestros impersonales supermercados, sino el succulento, pinturero e inquieto pollo de antes cuyo sabor aún recuerdan con nostalgia las personas de edad respetable. Existían entonces muchas castas de pollos, pero el español Columela alaba los de plumaje pardo-leonado tirando al rojizo.

En Roma se hacía un buen consumo de capones, los mantecosos eunucos cuyas indispensables cirugías habían aprendido los romanos a practicar en los criaderos de la isla de Kos. Plinio el Viejo escribe: «De Delos procede esta pasión por comer volátiles gordos y bañados en su propia grasa». Nadie recordaba ya las estrecheces de los tiempos heroicos, cuando, en vísperas de la primera guerra púnica, el cónsul Fannius prohibió consumir más de una gallina cebada por persona en la misma comida. En el imperio nadie pone coto a la gula ni al derroche: pollos, gallinas y ocas se engordan con harina hervida y aguamiel o con pan empapado en vino dulce, en cebaderos mantenidos en la propicia penumbra para que los melancólicos cebones no se distraigan.

Pero la pasión por las aves no desbanca al cerdo de su privilegiada posición, si bien es verdad que lo obliga a diversificar su oferta, lo que origina muchas clases de embutidos.

El «gourmet» sabe en qué establecimientos encontrará la mejor longaniza («longano») y dónde la más esmeradamente aliñada morcilla de nueces, de pimienta, de incienso, de cebolla.

Pero, sobre todas estas carnes, se aprecian los curados jamones, sean de cerdo o de jabalí. Al jamón («perna») atribuye Horacio decorosa prosapia: «Los antiguos alaban el jabalí rancio». Catón nos trasmite la receta precisa para su preparación: «Se corta la pata, se mete en sal durante cinco días, luego se saca y se cuelga por espacio de dos días donde se oree y otros dos en el humero de la chimenea. Finalmente, se coloca en la despensa de la carne». Los impacientes que no pueden aguardar a que el cerdo se haga pueden consumirlo en forma de tostones («porci lactantes») que figuran, junto al gazapillo en adobo y los guisos de liebre o conejo, entre las recetas más transmitidas de la antigüedad.

El pescado más apreciado en las mesas de Roma fue quizá el salmonete. Detrás de él, la lista de especies pescadas en la mar o procedentes de los bulliciosos viveros

(desde el 250 a. de C.) es interminable: esturión, murena, lamprea, congrio, merluza, anguila, atún, dorada, caballa, escaro (llamado por algunos glotones «cerebrum Iovis»), ostras, langosta, pulpo, sepia, calamar, venera, almejas, etc. Éstos son bocados de ricos. Los pobres que no podían aspirar a ellos se consolaban con distinta morrallas en salmuera («maenae»). Por un buen pescado eran capaces los romanos casi de cualquier cosa: en una ocasión, Octavio y Apicio rivalizaron por conseguir un hermoso ejemplar de salmonete que Tiberio había sacado a subasta. Lo consiguió Octavio después de pagar por él, escandalosamente, «más de lo que valía el pescador que lo había atrapado». Igual pasión podía despertar un buen rodaballo, ese faisán del mar, como lo llama el admirable Cunqueiro. Catón se escandalizaba porque sus conciudadanos eran capaces de pagar por un buen rodaballo más que por una buena vaca. Horacio lo censura igualmente: «Te has arruinado para pagar el rodaballo y no te queda más dinero que el indispensable para comprar la sogá con la que te vas a ahorcar».

Los que no podían aspirar a carne ni a pescado tenían que consolarse con hortalizas, de las que los mercados romanos ofrecían decorosa variedad a precios muy razonables. La más popular era la col, que se preparaba cruda o cocida, y detrás de ella se alineaban la coliflor, la acelga, la lechuga, el cardo, el puerro, la zanahoria, los rábanos (de los que se consumían incluso las hojas), el nabo, la escarola, las alcachofas, los pepinos y las calabazas. De Egipto llegaban hermosas cebollas. Los espárragos podían ser trigueros o cultivados: todos eran caros.

Las legumbres que reinaban sobre los variados, potentes y especiados potajes romanos eran: habas, salutíferas lentejas, garbanzos, guisantes, altramuces, judías. Plato de pobres y de vacas eran las algarrobas y los altramuces. Ignorantes aquellos paganos del divino y misterioso canon de nuestro ibérico cocido, preparaban los garbanzos, al parecer, con agua, leche y queso rallado.

Todas las clases sociales coincidían en el gusto por las muchas variedades de fruta que llegaban a Roma: manzanas, peras, melocotones (oriundos de Persia), cerezas, ciruelos sirios, membrillos, uvas, albaricoques (venidos de Armenia), moras, fresas, melones (postre favorito de Tiberio), nueces, almendras, pistachos, castañas y dátiles. De algunas plantas consiguieron, mediante injertos, curiosas variedades. Por ejemplo, un cruce de pepino y melón que llamaban «melo pepunes». De los autóctonos higos se conocían muchas variedades que se adaptaban a distintas formas de conserva, unas al sol, otras en harina, que nunca faltaron en la despensa romana donde, en épocas de escasez de trigo, sustituyeron al pan.

Otro producto de gran consumo eran las aceitunas, adobadas o pasas. Hubo muchos aficionados a las setas y champiñones que incluso llegaron a cultivarlos. Los más peritos eran capaces de distinguir, por el sabor, si la pieza procedía de un pinar, de un hayedo o de un bosque de fresnos. Los preparaban crudos, asados o cocidos,

según una variedad de recetas que a veces incluían entre sus componentes vinagre y miel. También apreciaron ese recóndito prodigio que es la trufa, particularmente la libia. Y no desdeñaron los caracoles, que algunos incluso se atrevieron a criar en viveros.

De la pastelería imperial tenemos noticias insuficientes. Sabemos que empleaba mantequilla, miel, huevos y leche, además de excelente harina: sabiendo que éstos eran sus ingredientes, bien se le puede otorgar un voto de confianza. Otras delicias de la culinaria romana fueron los sorbetes de zumos de frutas frescas y las bebidas frías, de distintos sabores, incluida la refrescante aunque insípida agua de nieve («potare nivem»).

Un proceso higiénico consistía en hervir el agua y refrescarla a continuación, aunque el severo Séneca opine que tales refinamientos son excesivos.

Los ricos comían mucho en casas de amigos, en los banquetes de los que hablaremos en el siguiente capítulo.

Los pobres, por el contrario, a menudo comían en la calle puesto que no siempre disponían de fogones ni pucheros en los que cocinar en sus modestos alojamientos. Por todas partes había vendedores ambulantes de dudosas salchichas y de empanada de garbanzos.

Pero, si uno deseaba comer más reposadamente, podía entrar en una «popinae» o restaurante donde se servían comidas calientes, o en las «salarii», tiendas de ultramarinos, donde se vendían salazones.

¿De dónde procedía tanta variedad y cantidad de productos alimenticios? Muchos de ellos, autóctonos o aclimatados, de la fértil Italia. Otros, de los más distantes confines del imperio; transportados penosamente por tierra o desembarcados en el activo puerto de Ostia, desde donde remontaban el Tíber en embarcaciones menores que iban a surtir los almacenes de abastecimientos situados a lo largo de los muelles fluviales. Aquellos depósitos constituían el verdadero vientre de la ciudad, sus salinas («salinae»), su mercado central («velabrum»), donde montaban tenderetes y oficinas los traficantes y los banqueros, a la sombra de los enormes depósitos de aceite, vino y queso, los pósitos de trigo («horrea»), los de ultramarinos («emporium»). Testigo mudo pero impresionante de aquel trajín comercial que se prolongó durante los siglos del poderío romano es el Mons Testaceus: una colina artificial formada solamente con los tiestos de las ánforas y vasijas que se rompían en los cercanos depósitos. El cervantino licenciado Vidriera se queja en un memorable pasaje: «¿Soy yo por ventura el monte Testacho de Roma para que me tiréis tantos tiestos y tejas?». El incrédulo turista aún acude allí para cerciorarse de que, en efecto, el monte está formado solamente de tiestos de vasijas, muchas de ellas de procedencia hispánica, a juzgar por sus marcas. Al margen de los almacenes portuarios, existía en Roma una serie de mercados especializados: el «forum boarium», para carnes; el «holitorium»,

para hortalizas, y el «cuppedinis», par golosinas.

La cocina

Del examen de los textos de Apicio (sus «Diez libros de cocina»), y de otros recetarios y noticias que nos han llegado, se deduce que la cocina romana era robusta, viril, de potentes sabores, poco apta, presumimos, para estómagos delicados. Por la abundancia de grasas y las explosivas combinaciones de especias, hoy seguramente nos recordaría a la de ciertos países del exótico Oriente más que a la europea actual. Muchos platos abusaban de ciertas salsas preparadas por lo general a base de pescado: «garum, oxygarum, muria» y «liquamen». Quizá convenga añadir algunas palabras sobre el «garum», el comodín de las salsas, que los romanos acaudalados añadían liberalmente a sus platos de carne, de pescado o de verdura, e incluso al vino o al agua. Se elaboraba a base de hocicos, paladares, intestinos y gargantas de una serie de peces grandes: atún, murena, escombro y esturión, curados en salmuera y madurados al sol. Había muchas calidades de «garum». La mejor, comparable al caviar iraní, era la llamada «sociorum», que llegó a costar 180 piezas de plata el litro.

El «garum», como el amargo «silfión» griego, acabó cediendo terreno ante el empuje de la pimienta, que todavía sigue siendo la reina de nuestra cocina. No obstante, sobrevivió a la caída del imperio romano aunque no a la invasión islámica de Occidente, lo que no deja de ser una contrariedad. No obstante, podemos imaginar que para el flaco gusto moderno aquella salsa resultaría nauseabunda. El aliento de los que lo comían apestaba, lo que ya es un indicio. Escribe Marcial: «Si recibes una tufarada de su aliento pestilente "ecce, garum est"!».

Además de las fermentadas salsas de pescado, los romanos usaron otras más semejantes a las nuestras, elaboradas a base de vinagre, mostaza, aceite, dátiles, miel, menta y pasas. A veces las guarniciones propuestas no dejan de parecernos curiosas pero no por ello menos estimulantes: por ejemplo, pescado servido con puré de membrillos o setas hervidas en miel. La gran cocina romana corresponde sin duda a la época de los Césares.

Es una cocina esnob y pedante, de nuevos ricos: artificiosa y refinada hasta lo extravagante; descabellada en ocasiones, pero sin duda succulenta y generosa. Los cocineros eran, muy a menudo, esclavos. Por un buen cocinero jefe («archimagirus») se llegan a pagar enormes fortunas. Con el tiempo la profesión se convierte en una de las más importantes de la Roma imperial. Adriano los agrupa en un «collegium cocorum». Es curioso que, sin embargo, tuvieran mala fama, como suele acontecer con tantos artistas que son admirados y odiados a un tiempo. Estos hombres se lanzaron a experimentar en toda clase de caprichos gastronómicos con las exóticas viandas que llegaban a sus fogones: pavos de Samos, dátiles egipcios, ciruelas

damascenas, almendras de Cilicia, tordos de Frigia, murena tartesia, torcaces de Chíos, nueces de Tasia, esturión de Rodas, ostras de Tarento, jengibre, canela, pimienta de la India... Se sobrevaloraron partes mínimas de grandes piezas, cuyo mayor mérito reside en su pequeñez o rareza: ubres de cerda, sesada de faisán, lenguas de flamenco, hígados de caballa, testículos de cabrito. Cuando no se pueden consumir solas, se hacen intervenir en sofisticadas recetas como el denominado escudo de Minerva: escaro servido en una salsa de sesos de pavo y faisán, lenguas de flamenco y la llamada leche de murena.

Los romanos comían cuatro veces al día. Al levantarse desayunaban fuerte («ientaculum»), a veces un combinado rural hoy todavía en uso en algunos países que tuvieron la suerte de pertenecer al imperio romano: corruscante tostada de buen pan untada de ajo y rociada de aceite y sal. Otros preferían el bizcocho con vino («passum»).

Incluso los había amantes de la vida sana que seguían el consejo de los médicos: un vaso de agua en ayunas.

A media mañana era corriente tomar un tentempié ligero, algo de fruta, embutidos o, simplemente, las sobras de la cena del día anterior. Éste era para muchos el almuerzo o «prandium».

A media tarde se repetía el refrigerio («merenda»).

La comida principal era la «cena», que se tomaba bastante temprano, a las dos o las tres de la tarde, en cuanto se regresaba del trabajo. La cena constaba de varios platos en su debido orden: un aperitivo («gustus»), el segundo plato o cena propiamente dicha y el postre. Imaginemos una cena en un día normal, en una casa de clase media alta. En el aperitivo se bebe vino con miel («mulso») y se comen huevos, verdura fría con salsa picante y quizá ensalada de mariscos o sesos en leche; o tal vez hongos con salsa.

El segundo plato es de carne o de pescado, o mixto; pongamos por caso corzo asado con salsa de cebolla, o tórtola hervida en sus plumas, o jamón hervido con higos y laurel, o cerdo con piñones, o guisado de flamenco. A la grasienta carne de cerdo le suele ir bien la miel, que es uno de los ingredientes más socorridos de las especiadas salsas romanas.

El postre no es menos nutritivo: jalea de rosas, dátiles rellenos de nuez y fritos con miel, pastelitos y fruta del tiempo.

Cuando la familia está en la intimidad, es normal que se consuman las sobras del día anterior, pero si hay invitados lo correcto es echar la casa por la ventana y dejarse de censurables economías, no nos vaya a acontecer lo que a aquel anfitrión que hizo servir un gran pescado del que ya se había consumido una parte la víspera.

Le hizo dar la vuelta para que apareciera por su costado intacto sobre la adornada bandeja, pero un sagaz y socarrón invitado observó: «Más vale que nos demos prisa

porque debajo de la bandeja hay gente comiendo con nosotros».

La casa de familia acomodada suele disponer de un comedor. Es una habitación espaciosa cuyos únicos muebles son los divanes del «triclinium», que en la época de los Césares van siendo sustituidos por un diván semicircular, y una mesa central. Otras mesas auxiliares pueden hacer de reposteros.

Estos muebles suelen ser tan lujosos como lo consienta la economía del dueño. Uno de los muchos excesos de Heliogábalo consistió en tenerlos de plata maciza finamente trabajada.

Frecuentemente eran obra de afamados artistas y entre los materiales de su composición destacaban las maderas preciosas, el oro, la plata y el marfil. Las paredes de la habitación suelen estar decoradas con frescos que representan animales, peces, verduras o frutas. El mismo escaparate de productos naturales puede repetirse en los mosaicos del suelo.

Los divanes del «triclinium» solían ser tres, con capacidad para nueve comensales, pero si el número de invitados es mayor se pueden arrimar, por el lado libre de la mesa, banquillos y sillas. En cualquier caso, las mujeres, los niños y las personas que guardan luto suelen usar sillas. Desde la época de Augusto en adelante se divulga el diván semicircular («sigma») en torno a una mesa redonda. En este curioso mueble caben hasta ocho comensales. Estamos hablando, como casi siempre, de las clases acomodadas. Los pobres prescinden del mobiliario especializado: se conforman con poder comer, sentados en torno a una mesa, en cualquier habitación de la vivienda o, simplemente, en «la» habitación de la vivienda, pues muchas familias no pueden aspirar más que a un aposento en las superpobladas ínsulas.

La vajilla es otro exponente fiel de la posición social del dueño de la casa. Los ricos la adquieren de materiales preciosos y caros: plata, oro, ónice, electro, incluso «murra», una piedra que se suponía mejoraba la calidad del vino por simple contacto.

La vajilla de los pobres es mucho más sucinta y de barro («vasa saguntina»).

Lógicamente, las personas educadas y las que aspiran a serlo procuran observar ciertas normas cuando se sientan a la mesa. La primera y principal nos obliga a estar de buen humor. Un comensal taciturno o pensativo es considerado grosero. El plato se sostiene con la mano izquierda y los alimentos se toman con la derecha.

Si es sopa se utiliza cuchara («ligula»); si es paté o puré, cucharilla («cochlear»); si es sólido, los dedos.

Aún no se ha inventado el tenedor, que nacerá en Constantinopla en el siglo XI. Comer con los dedos no es excusa para pringarse las manos o el rostro. Así lo recomienda Ovidio: «carpe cibum, digitis, est quiddam gestus edendi; ora nec inmunda tota perunge manu». Esas cinematográficas escenas de banquetes romanos en las que vemos a los comensales tirar dentelladas a un trozo de carne que agarran entre las manos, constituyen un infundio: en realidad existía un esclavo dedicado a

trincar la carne («scissor, carptor, structor») hasta reducirla a pequeñas porciones que pudieran introducirse cómodamente en la boca.

Entre plato y plato, los servidores acercan a cada comensal una escudilla de agua para que pueda lavarse los dedos. Además, cada uno tiene a su alcance una servilleta de cumplidas proporciones que no sólo sirve para limpiarse los labios y las manos, sino también el sudor (sudan bastante porque las lámparas dan mucho calor) y hasta para sonarse las narices. Por cierto: es perfectamente legal traer la servilleta de casa para que, al término del banquete, nos sirva para envolver las sobras si queremos llevárnoslas. Andando el tiempo parecerá poco elegante concurrir con la servilleta, como un saqueador, y los más refinados prescindirán de ella. Marcial, bromista, señala que un tal Hermógenes es de los que no llevan servilleta... pero luego roba el mantel.

Capítulo 18

... y vivir para comer

Los banquetes fueron la institución social más relevante de la Roma de los Césares. En ella se conjugaban dos inclinaciones típicamente latinas: el gusto por la buena mesa y el placer de la pausada conversación con los amigos, la amable tertulia nocherniega adobada acaso con las otras aficiones compartidas: la música, la lectura, el debate, las mujeres... A lo que podríamos añadir la emblemática ostentación de riquezas y el derroche presuntuoso. También puede haber motivaciones electoralistas. Sólo así podemos comprender cabalmente la celebración de banquetes tan espectaculares como el que el joven Julio César ofrece prácticamente a toda Roma al regreso de su campaña de Oriente. Un cuarto de millón de personas concurren al festín, que duró varios días. También hay banquetes corporativos, las cenas de los gremios de artesanos o de cofradías religiosas («collegia») o de los colegios sacerdotales, que —si creemos a Varrón— cuando se celebraban incidían negativamente en la cesta de la compra puesto que todos los productos del mercado se encarecían.

Dos tipos de banquetes se usaron en Roma: el tradicional (recta coena) servido en mesas, como Dios manda, y el que se distribuía en cestas individuales («sportula»). Intentaremos asistir a uno de los primeros, lo que sin duda promete ser una de las más inolvidables experiencias que puede depararnos nuestro paso por esta sorprendente ciudad. Se celebra en casa patricia, sita en las amables faldas del Capitolio. Engalanados con nuestra mejor toga llegamos a ella hacia las cuatro de la tarde («hora décima»). Nos acompañan varios servidores de los que sólo uno de ellos, el más joven, educado y agraciado, entrará al comedor para asistirnos personalmente. Como permanecerá a nuestros pies durante la cena, se llama «puer ad pedes». Los otros son de escolta, para protegernos y alumbrarnos en el camino de vuelta a casa, a altas horas de la madrugada.

Entramos en la casa y en el atrio nos atienden solícitos esclavos que se hacen cargo de la toga y nos entregan un manto blanco («synthesis»), cómodo y apropiado para las posturas del diván. Uno de los criados nos lava los pies y luego nos los perfuma y nos calza unas sandalias flexibles de las que sólo sirven para andar por casa.

Los zapatos de calle que traíamos van al guardarropa con la toga. Mientras los

restantes invitados acaban de llegar, el atento anfitrión nos introduce en una sala donde, convenientemente expuesta sobre mesas y aparadores, aparece su rica vajilla. Simulando amable atención, escucharemos sus prolijas explicaciones sobre el origen de las más notables piezas allí expuestas y fingiremos admirarnos cuando nos certifique que este vaso perteneció a tal famoso general griego o aquella bandeja a tal héroe troyano. Es posible que el anticuario que le cobró más de cinco veces su valor también estuviese persuadido de la autenticidad de tales reliquias. Cumplido el trámite de alabar la magnificencia de la colección, pasamos al salón del banquete y nos enjuagamos las manos en la palangana que nos presenta un criado.

La sala es bastante oscura pero han encendido una docena de lámparas de aceite cuyo humo y olor acabarán siendo molestos a medida que avance la noche. Para neutralizarlos en lo posible, han adornado la sala con flores y guirnaldas.

Vamos a ser diez comensales a la mesa, quizá porque el anfitrión es observador de la conocida regla: «No menos que las Gracias (es decir, tres) ni más que las Musas (que eran diez)». En banquetes más concurridos, donde se reúne quizá gente de muy distinto nivel social, se puede dar el caso de que el anfitrión establezca enojosos distingos entre los comensales. Los más humildes se sentarán en mesas peor abastecidas, donde se sirven platos más baratos y simples que en las de sus vecinos importantes.

Puede darse incluso el caso de que al banquete asistan parásitos. Los parásitos constituyen una curiosa institución en los banquetes públicos y encarnan, sin duda, el más notable precedente del moderno gorrón. Son pícaros, aduladores, graciosos profesionales a los que la gente sería desprecia y supone capaces de las más abyectas acciones con tal de llenar el estómago. A veces los convidados se divierten gastándoles bromas pesadas o golpeándolos entre pullas y chanzas.

Ellos sonrían, aguantan y no se inmutan. Toman asiento donde pueden, lejos de la mesa, y están pendientes de las sobras o de los potajes especialmente preparados para ellos que les traen de la cocina.

Pero no se alarme el lector: el nuestro no va a ser uno de estos tumultuosos banquetes. Todos los asistentes son personas sosegadas que afectan, en cada uno de sus ademanes, buena crianza y esmerada educación.

Aunque nos acomodaremos teniendo en cuenta la distribución de los divanes según categorías, en esta mesa podremos degustar todos la misma clase de manjares. Sobre el tablero, cubierto ahora de elegantes manteles bordados en oro, sólo hay vinagre, sal y aceite. Después de la oración de la mesa («deos invocare», comienza el banquete. Aparecen los criados más apuestos de la casa, bien vestidos y peinados especialmente para honrar la ocasión, y van depositando ante nosotros las fuentes que contienen los elaborados platos. Se empieza por los entremeses («gustus» o «gustatio»), entre los que no pueden faltar las aceitunas ni el huevo. Para definir el

tiempo que abarca la cena hay un dicho: «ab ovo usque mala», es decir «desde el huevo (entremeses) hasta la manzana (postre)». Hay también lechuga, melón y ostras, todo ello acompañado de vino con miel o de cualquier otro caldo ligero pero de buena casta, pongamos por caso un Falerno. Uno de los comensales ha incurrido en la torpeza de mencionar un incendio ocurrido antes de ayer en un comercio de la calle de los Pañeros. Nueve pares de reprobadores ojos convergen sobre el deslenguado: es de mal augurio hablar de incendios cuando se está comiendo; en seguida derramamos agua sobre la mesa y el mal presagio queda convenientemente conjurado. Tampoco sería bueno percibir el canto de un gallo, pero por fortuna estamos en una zona residencial y el corral más cercano queda lejos.

Viene ahora la «prima mensa», que es la cena propiamente dicha. Una serie de elaborados platos van llegando de la cocina. El principal («caput cenae»), en el que el cocinero griego ha puesto su prestigio y el de su dueño, es, supongamos, un ganso rodeado de peces y pájaros. Cuando nos servimos sus gustosas porciones y lo saboreamos, descubrimos regocijados que todo es apariencia y artimaña: en realidad está elaborado exclusivamente con carne de cerdo. Ha sido un guiño cultural de nuestro anfitrión, que ha querido reproducir un famoso plato de la literatura: el del banquete de Trimalción. Aplaudimos educadamente la ocurrencia mientras echamos el ojo al jabalí relleno de tordos vivos, que, transportado por dos robustos pinches, hemos visto desfilar ante la ventana que da al patio. Tan numerosos y variados son los platos que se van acumulando ante nosotros, sobre las mesas auxiliares, que empezamos a protestar, como requieren las normas de la buena crianza, por una cena tan copiosa. Más vale que cedamos la palabra al agudo Plauto:

—Cuando se han sentado a la mesa, los invitados suelen decir: «¿Qué necesidad había de gastar tanto en nosotros? Pero, hombre, si has preparado comida para un regimiento». Y, aunque protestando que te has excedido por ellos, se lo comen todo. No esperes que ninguno te diga:

«Que se lleven esto, que retiren esa bandeja, no pongas aquel jamón, estoy repleto; que se lleven esas albóndigas; este congrio estará bueno frío, que lo retiren». No, no los oirás hablar así, antes bien se estiran y echan medio cuerpo sobre la mesa para alcanzar mejor los platos. Nuestros alegres compañeros de comilona se han atiborrado de manjares y de vino en la «prima mensa». Ahora llegan los postres («secunda mensa») y ya les queda poco espacio para embaular en los atarugados desvanes del estómago. Estos frecuentes excesos se reflejan incluso en la escultura.

¿No han notado ustedes que las estatuas del periodo republicano suelen presentarnos sujetos entecos, mientras que en las del periodo de los Césares abundan los entraditos en carnes? La contemplación de los pasteles de miel, las frutas confitadas o del tiempo y los vinos dulces que hacen el preciso acompañamiento tiene, en medio de estas harturas, un punto de tantálico suplicio. Nuestro vecino de

mesa, menos resistente que los demás, está ya borracho, comienza a sudar copiosamente, se coloca la alhajada mano de regordetes dedos sobre el prominente hemisferio estomacal y se queja de que no se siente bien. A una breve señal acude solícito su «puer ad pedes», que lo ayuda a incorporarse y lo conduce, entre tumbos, al excusado, en el patio del peristilo, al otro lado de la casa. Allí, con ayuda de una pluma de ave, vomitará el hombre todo lo que ha comido y bebido. Esta costumbre disgusta al severo Séneca: «Vomitan para comer y comen para vomitar y no quieren perder el tiempo en digerir alimentos traídos para ellos desde todas las partes del mundo». Quizá el lector haya pensado que, entonces como ahora, de buenas cenas están las sepulturas llenas. Nada más a propósito que oír a Juvenal: «El castigo de la gula es inmediato, cuando en el excusado arrojas un pavo entero sin digerir... De aquí se siguen las muertes repentinas de viejos sin testamento».

Bien. Ya hemos levantado los manteles y nadie ha perecido en esta alegre reunión. Nueva ronda de aguamaniles y toallas porque ahora viene la segunda parte. Esta cena se había anunciado «con sobremesa» («cenae antelucanae»), por lo tanto es el momento de comenzar la velada nocturna («comissatio»). La señora de la casa, que ha participado en la cena reclinada al lado de su marido —nueva moda de estos tiempos— y compartiendo sus manjares, aunque no su bebida puesto que las mujeres honestas sólo beben «mulsum», al menos en público, se despide de los invitados y se retira. Lo que sigue es sólo para hombres. Primero libamos a los dioses lares de la casa y luego brindamos por el anfitrión y los asistentes. La fórmula del brindis no deja de admirarnos: el que lo pronuncia eleva su copa y la bebe de un trago, luego la tiende al copero para que la llene de nuevo y se la pasa al camarada por el que se ha brindado, que la apura a su vez. La frecuente repetición de brindis da lugar, suponemos, a monumentales cogorzas. Pero nuestro anfitrión es hombre discreto y previsor. Con una sonrisa chasca dos dedos al aire para que entren los criados y distribuyan ente los asistentes coronas de hiedra y laurel. Todos nos las encasquetamos entre guiños. Como somos romanos estamos convencidos de que su verde fragancia es medio seguro para disipar los vapores malignos del vino y despejar las cabezas. Es el momento de designar a un maestresala («rex convivii» o «arbiter bibendi») que tome sobre sus hombros la nada despreciable responsabilidad de ir indicando discretamente al copero la proporción de agua y vino que debe escanciar en la copa de cada contertulio. El oficio de «rex convivii» es delicado y exige dotes de diplomacia y exquisito tacto por parte del que lo desempeña.

Debe conocer, además, por experiencias pasadas, el carácter de cada invitado y su relativa resistencia al alcohol. Ya se sabe que unos tienen la borrachera agresiva mientras que otros la tienen melancólica. Se trata de mantener a cada cual, a lo largo de la joven noche, en el punto óptimo de su euforia etílica. Lo ideal es que todos estén un poco achispados pues los que beben poco se tornan serios y pueden aguar la

fiesta y los que beben en exceso acaban haciendo el imbécil y molestando al vecino. También es recomendable cuidar los temas de conversación, «no deben ser preocupantes sino alegres, variados y de interés general». El programa de estas sobremesas, que se prolongan durante horas y horas, quizá con alguno de los contertulios vencido por el sueño y roncando en el regazo de su amigo, es necesariamente muy variado: se conserva, se juega, se proponen acertijos, se cuentan chistes, se abren regalos, se improvisan loterías... La tertulia a la que estamos asistiendo es, me temo, de las que afectan un cierto aire intelectual. Alguien ha cometido la imprudencia de mencionar a cierto poeta laureado. Aprovechando la ocasión, el anfitrión nos ha contemplado por un momento con una sonrisa beatífica y ha enviado a un esclavo a por el rollo que hay sobre su escritorio.

Me temo que vamos a asistir a la aburrida lectura de una prolija composición sobre los gozos de la vida campestre. El caso es que en otras reuniones menos intelectuales que ésta hemos asistido a actuaciones de bufones («derisores»), a pantomimas, a comedias, incluso a conciertos de lira y flauta, y nos han parecido si no tan cultas sí al menos mucho más divertidas y digestivas. A Augusto y a Aureliano les gustaba escuchar recitales de juglares («aretalogi») y a veces hacían comparecer a artistas callejeros para que distrajesen a sus invitados. En otras cenas hemos asistido a la actuación de ciertas artistas de variedades procedentes de la «licenciosa Cádiz», como la adjetivan los más severos censores de las modernas costumbres. Todo banquete de señoritos libertinos que se precie debe ir seguido de la actuación de algún grupo de «puellae gaditanae»: cuando bailan hacen gestos de increíble lubricidad, pero si se ponen a cantar, sus canciones son tan desvergonzadas que «no las osarán repetir ni las desnudas meretrices». Pero sosiéguese el lector: nuestro anfitrión de hoy es hombre tan circunspecto y serio como aquel que advertía en su invitación: «Quizá esperes que alguna gaditana salga a provocarnos con lascivas canciones... pero mi humilde casa no tolera ni se paga de semejantes frivolidades». Podemos imaginar que la actuación de las bailarinas gaditanas iría, en muchos casos, seguida de desenfrenada bacanal, pero esa tormentosa travesía no es apta para estas veteranas naves después de tan copiosa cena.

Está a punto de amanecer y ya ponemos fin al banquete. Hemos charlado, hemos cantado, los versos del anfitrión no nos han aburrido tanto como temíamos, hemos reído hasta llorar y nos lo hemos pasado muy bien. Pero la última gota de la copa del placer siempre es amarga. Ahora sentimos la cabeza cargada, el pulso débil y el estómago revuelto. Dejamos resbalar la acuosa mirada de nuestros irritados ojos (el inevitable humo de las lámparas) hasta el borde de la taraceada mesa que tenemos delante del diván y notamos, por vez primera, su curiosa decoración: hay un esqueleto de marfil y una inscripción: «Mirándolo bebe y diviértete porque en eso has de acabar». La filosofía del «carpe diem» ha cincelado calaveras y caninas en copas y

bandejas. Ese recuerdo de la muerte es también parte del complejo ceremonial del banquete.

Partimos ya. Nuestro inseparable «puer ad pedes» nos ayuda a calzarnos y a vestir nuevamente la indócil toga.

Nos despedimos del anfitrión y de los compañeros de banquete y marchamos a casa precedidos de un esclavo que porta una lámpara en una mano y una estaca en la otra. Aún no existe alumbrado público, pero ya existe una cierta inseguridad ciudadana cuando, por acortar camino, se transita por solitarias callejas.

Una receta romana: marmita a las rosas

Se machacan rosas perfumadas en un mortero; luego se le añaden sesos de pájaro y de cerdo bien hervidos, a los que previamente hemos despojado de telillas y fibras. Agregamos yemas de huevo, aceite de oliva, un poco de «garum», pimienta molida y vino. Se pica todo y se mezcla bien y se pone al fuego vivo hasta que rompa a hervir.

(Según Ateneo en «El banquete de los sofistas»).

Tres menús romanos:

Del banquete de Léntulo:

Entremeses: Crustáceos, erizos de mar, ostras crudas.

Cena: Espetones de tordos. Gallinas con guarnición de espárragos. Almejas y ostras cocidas.

Filetes de corzo. Filetes de jabalí. Pasteles de ave. Vinos variados.

Del banquete de Lúculo:

Entremeses: Marisco variado.

Cena: Pajaritos en nidos de espárragos. Pastel de ostras.

Lechones asados. Pescados variados. Patos.

Liebres. Perdices de Frigia. Murena.

Esturiones de Rodas.

Queso y dulces. Vinos variados.

Del poeta Marcial:

«Si quieres hacer penitencia conmigo no te faltarán ligeras lechugas, pesados puerros, huevos partidos, col tierna y fresca, salchichas sobre blanquísimas gachas, y judías pintas con tocino magro. De postre se te

servirán uvas, peras y castañas asadas. Todo ello acompañado de vino corriente. Si te apetece algo más tendrás aceitunas, cocido de garbanzos y altramuces calientes. La cena es corta, pero luego podrás descansar. No te importará el anfitrión con la lectura de un grueso volumen, ni te afrentarán las bailarinas gaditanas con sus procacidades. Tan sólo arrullará tu descanso el sonido de una delicada flauta».

Tres despilfarradores

Apicio, nacido en el 25 a. de C., fue célebre por su imaginativa tendencia al derroche. Tres adjetivos lo definen: «prodigus, vorax et golosus».

Ya cincuentón, incurrió en la ligereza de echar cuentas para ver cuánto le quedaba de su antes incalculable fortuna. Descubrió, horrorizado, que sólo ascendía a unos seis millones de sestercios, cifra más que suficiente para vivir en la abundancia el resto de su vida, pero quizá no tanto para proseguir con sus extravagantes prodigalidades. No pudo soportar la idea y se suicidó.

A este gastrónomo debemos investigaciones de cierta importancia cuyos resultados vertió en el libro «Ars magirica». En él explicaba una serie de curiosas recetas (el foie-gras, las lenguas de papagayo con miel y vinagre...) y procedimientos de cría de carnes selectas por él experimentados.

Por ejemplo, el engorde de cerdos con higos secos y vino endulzado con miel.

La dulce y calórica dieta prestaba a las carnes del regalado cochino un sabor prodigioso con el que ni el mejor de nuestros pata negra de bellota se atrevería a competir.

Un poco anterior a Apicio fue Lucio Licinio Lúculo (117-57 a. de C.). Siendo general en Asia Menor amasó una inmensa fortuna metiendo mano en las arcas de las multas impuestas a las ciudades rebeldes.

Luego se retiró de la fatigosa milicia y se entregó a la buena vida. Repartía su ocio entre la lectura de los clásicos en su espléndida biblioteca, la composición de una «Historia de la guerra social», en griego, y la organización de memorables banquetes a los que invitaba a todos sus amigos (y es fácil imaginar que tendría muchos).

De sus tiempos militares le había quedado una inclinación a organizar escrupulosamente sus operaciones. En su mansión había una serie de comedores que recibían distintos nombres de acuerdo con las pinturas que los decoraban. A cada uno de ellos había asignado una diferente categoría de menú. Lúculo sólo tenía que indicar a su mayordomo: «Hoy cenaremos en la sala de Apolo» para que el criado entendiera que debía preparar un banquete de unos cincuenta mil dracmas.

Lúculo debió de ser, como tantos grandes gastrónomos, un punto melancólico. En

una ocasión el mayordomo le preguntó: «¿Para cuántos la cena de esta noche?», y él respondió: «Esta noche Lúculo come con Lúculo. Para uno solo». Junto a estas palabras, un acto no menos memorable: la aclimatación en Europa del delicioso cerezo (de Ceraso, ciudad del Ponto). En 1937 Julio Camba recordó al personaje en el título de su precioso ensayo «La casa de Lúculo o el arte de bien comer».

El tercer fantasma aquí invocado es el de Vitelio, que en menos de un año despilfarró en banquetes casi mil millones de sestercios. Una flota entera se hacía a la mar para abastecer de pescados su mesa. Está en los escritos que llegaba a consumir mil doscientas ostras en una comida. Pero su plato favorito era el escudo de Minerva.

Capítulo 19

Aseo y vestido

Los romanos no se asean mucho ni lavan la ropa tan a menudo como sería deseable, lo que se refleja en la atmósfera pestilente que se desprende de las aglomeraciones. Solamente las casas de los muy ricos disponen de algo parecido a un baño («lavatrina» o, si es mayor, «balnea»), aunque muchos otros poseen una bañera portátil que instalan casi siempre en la habitación contigua a la cocina para disponer del agua caliente con más comodidad. A falta de jabón, que todavía no se ha inventado, se utilizan aceites y compuestos de sosa («aphonitrum»), y en lugar de esponjas, placas arqueadas («strigili») con las que se raen la piel recogiendo el aceite y el sudor. Los juegos de toallas son enteramente modernos: de baño («sabana»), de rostro («faciales») y de pies («pedale»).

Un esclavo está ayudando a su señor a vestirse. La ropa interior no existe (aunque Augusto se inventó una especie de calzoncillos de algodón, pero fue por aliviar su lumbago), pero nuestro senador se coloca un sucinto taparrabos («subligar») que ya la presagia. Luego, laboriosamente, la toga, el digno traje nacional romano que los varones de la clase superior usan desde que cumplen los diecisiete años, excepto durante las desmadradas fiestas saturnales. La toga es un pesado tejido de lana blanca en forma de media luna. Mide cinco metros de largo por tres y medio de anchura máxima.

La toga normal es inmaculadamente blanca, pero los senadores lucen en el borde una franja púrpura («laticlavium»), que es más estrecha en las togas de los caballeros («angusticlavium»). Este aparatoso atuendo resulta poco práctico cuando hay que desempeñar alguna actividad física. En este caso se usa una «túnica», que es la prenda normal del pueblo, de las mujeres y de los niños.

En el siglo III el uso de la toga decae en favor de la mucho más cómoda túnica, con las diversas variantes que la moda va introduciendo: a la griega («pallium»), la clámide («lacerna») y el poncho («paenula») que, si es impermeable, de piel, se llama «scortea». Estas túnicas se siguen adornando con cenefa de púrpura para indicar pertenencia al orden senatorial o ecuestre y, si se trata de un general en triunfo, se adornan con palmas doradas («palmata»). Bajo la túnica se lleva, a veces, una especie de camiseta de lino («túnica interior»). Encima de la túnica, cuando hace frío, se puede llevar abrigo de fieltro («gausapina»), quizá provisto de capuchón

(«cucullus»).

Los pantalones comienzan a verse a partir del siglo III, traídos por los soldados de la Galia Braccata, en tierras cisalpinas. Al principio fueron rechazados por los romanos elegantes, que estaban acostumbrados a sentir sus partes en libertad, pero luego su uso se fue introduciendo paulatinamente.

El calzado que hace juego con la toga son los zapatos («calcei»), en sus variantes negro («senatorius») o de color («patricius»). En la intimidad se usan sandalias («soleae, sandalia») que no estropean el delicado pavimento de mosaico de la casa, pero sería imperdonable llevarlas cuando se aparece togado en público. Hay una variante militar de la sandalia («caligae») con la suela tachonada de clavos, muy práctica y flexible.

El vestido femenino es algo más elaborado que el del hombre. Se usa cumplido sostén («mamillare, fascia pectoralis») y camisa («túnica interior»), debajo de la «stola», túnica hasta los pies, ceñida por la cintura, que es el equivalente femenino de la toga. Si se sale a la calle, se pondrá, además, un manto («palla»).

Desde el siglo III la «stola» es arrinconada por la más vistosa «delmatica», vestido con mangas de diversos diseños y hechuras. Algunos complementos de las elegantes son el abanico («flabellum»), la sombrilla («umbrella») y, muy raramente, una especie de bolso. Extrañamente no conocieron el sombrero ni el pañuelo de cabeza, aunque a veces se cubrían la cabeza con un extremo del manto.

En cuanto a los colores, la incipiente industria química sólo dominaba el pardo, el amarillo, el violeta y el rosado, casi siempre sobre variaciones de la púrpura, obtenida del jugo de un molusco. A veces se diluye en orines, lo que se manifiesta en el olor que despiden algunos tejidos así coloreados.

El cabello tiene gran importancia en Roma pues a menudo es vehículo de complejas simbologías sociales. El esclavo de lujo lleva los cabellos largos pero el común luce la cabeza rapada, lo que quizá determinó el horror que los romanos sienten por la calvicie. ¿Querrán creerme si les refiero que un templado padre de la patria, el senador Fido Cornelio, se echó a llorar en la cámara durante una sesión del Senado porque un adversario político lo llamó «avestruz pelado» («struthocamelus depilatus»)? Un calvo ilustre, Julio César, no se quitaba jamás la corona de laurel que la patria le había concedido. Otro calvo ilustre, Domiciano, escribe melancólicamente en su tratado «Sobre el cuidado del cabello» («De cura capillorum»): «Nada hay tan hermoso ni que dure tan poco».

Los crecepelos hacían furor. Una fórmula: se frota la calva con sosa y después se aplica una infusión de pino, azafrán, pimienta, vinagre, laserpicio y cagadas de ratón (hasta llegar al último ingrediente nos iba pareciendo una apetitosa ensalada). También daban resultado las friegas con manteca de oso, o la cocción de vino y aceite de semillas de apio y culantrillo. Si, a pesar de todo, el pelo se obstina en no salir, el

desconsolado calvorota puede recurrir a diversos tipos de postizos y pelucas.

Pero, como todas las modas cambian, a partir del siglo II, en el que la tristeza y la mediocridad parecen invadir muchos dominios de la antes alegre Roma, se puso de moda llevar la cabeza afeitada.

El que tiene pelo que cuidar procura llevarlo corto, en casos extremos casi al rape. Los elegantes son a menudo censurados porque acuden al barbero para que se lo ríce y perfume.

«El hombre lindo —leemos en un autor de la época— es aquel que se peina con arte los rizos de su cabellera, que huele a bálsamo y cinamomo, que canturrea canciones de Egipto o de Cádiz, que sabe mover con gracia los depilados brazos». Claro que tal tipo de pisaverdes le parecían a Séneca «necios, lujuriosos hijos de papá».

Las mujeres lucen los más imaginativos arreglos del cabello largo pero lo que predominan son las gruesas trenzas dispuestas sobre la coronilla en forma de moño o anudadas sobre la nuca. En la época Flavia se construyen altos, complicados y casi versallescos peinados que han dejado su curioso reflejo en la escultura. Es de suponer que gran parte del pelo exhibido fuese postizo, quizá rubio, importado de Germania o teñido a la moda del tiempo.

En nuestros paseos por la Roma imperial observamos que casi nadie gasta barba. Perdura la moda de afeitarse que se impuso en el siglo III a. de C. por influencia griega.

Algunos mozalbetes aguardan con impaciencia a que crezca en sus mejillas una pelusilla de melocotón. Entonces el padre los llevará al barbero para que los afeite por primera vez. Esta primera barba se ofrece a los dioses («depositio barbae») y simboliza el paso a la edad adulta. A partir de ahora se afeitará regularmente, excepto en caso de luto o de pleito en los tribunales o si pretende que lo tomen por filósofo.

En la época de Adriano se produce un cambio sustancial. El emperador se dejó barba para ocultar una fea cicatriz que tenía en el mentón. Los cortesanos lo imitaron y se impuso la moda de las barbas, aunque en cuanto empezaban a encanecer solían afeitarse para que no se notara la edad. Paradójicamente, como sólo se afeitaban los que huían de las canas, el rostro afeitado simbolizó muy pronto la ancianidad. La moda de la barba perduraría hasta la época de Constantino, en que nuevamente se vuelve al afeitado.

La cosmética romana se basaba en la leche y el masaje. La dama que quería retrasar la aparición de las temidas arrugas se frotaba la cara hasta setecientas veces al día y si quería suavizarse la piel se bañaba en leche de burra. Popea, la esposa de Nerón, llevaba con su equipaje una manada de quinientas burras para este menester.

En el maquillaje se empleaban productos como el comino, que palidece la tez; la linaza, que afina las uñas, y altramuces, que hervidos en vinagre disimulan barros y

cicatrices. Las arrugas menores se disimulan con polvo de harina y conchas de caracoles.

Para depilarse se usa ceniza caliente de cáscara de nuez. Los dentífricos son tan pintorescos como variados: harina de cebada con sal y miel o jugo de calabaza adobado con vinagre caliente. El que quería robustecer y brillantar sus dientes podía masticar raíces de anémonas o de asfodelo u hojas de laurel, pero lo más efectivo era enjuagárselos tres veces al año con sangre de tortuga.

En el capítulo de los adornos personales, la mujer romana era más recargada que la actual. La que podía permitírselo «llevaba encima un patrimonio» (palabras de Séneca) en sortijas, ajorcas, cadenillas, collares, horquillas, cintas de oro, brazaletes y pendientes. Lollia Paulina, esposa de Calígula, acarrea oro y joyas por valor de cuarenta millones de sestercios.

Con la decadencia, los elegantes acabaron por imitar a las mujeres en el uso de afeites y joyas. En la solemne ocasión de su proclamación, Heliogábalo compareció con los labios pintados de carmín y adornado con collares de perlas, pulseras de esmeraldas y una diadema de diamantes.

Capítulo 20

El turismo y otros lujos

En la antigua Roma, los ricos exhibían sin pudor sus riquezas. La exhibición privada, la discreción y el disimulo son conductas relativamente recientes, que no se remontan más allá de Marx. En la Roma imperial, dueña y señora de los recursos del mundo, la clase privilegiada amasaba enormes fortunas. A veces, literalmente, no tenían donde meter el dinero. Por tanto, el lujo más extravagante y el despilfarro eran comunes. Muchos severos tratadistas señalan esta conducta como causa fundamental de la degeneración del otrora austero ciudadano romano, lo que, a la postre, traería aparejada la decadencia del imperio. La tendencia al lujo se había iniciado ya en la época republicana. De hecho, desde el año 161 a. de C. se venían promulgando leyes suntuarias, a las que nadie hacía mucho caso, cierto es, para limitar los gastos de fiestas y banquetes. En la época imperial el derroche del poderoso se hace casi obligado si no quiere que lo tilden de mezquino. Ningún aristócrata conseguirá ascender en política si no es a costa de cuantiosos dispendios privados y públicos. El populacho espera y exige que cada nuevo cargo público se inaugure con juegos. El que obtiene un cargo, el que se casa, el que impone a su hijo la toga viril, tiene que celebrarlo gastando una fortuna en juegos gratuitos para el pueblo y banquetes para los allegados y clientes de la familia. Las sucesivas leyes suntuarias que intentan limitar este despilfarro quedan en letra muerta.

Ni siquiera son obedecidas por los propios emperadores que las promulgan.

Conocidos son los gastos extravagantes de personajes como Heliogábalo, que pagaba millones por un frasquito de perfume y que, en una ocasión, asfixia a varios invitados bajo una bienintencionada lluvia de pétalos de rosa. Los cortesanos imitan al emperador. En Pompeya, el año 61, el magistrado Claudio Verus hace perfumar todo el anfiteatro para regalo de la plebe sudorosa y maloliente en él congregada. Todos compiten por la posesión de muebles, tapices, vajillas, trajes bordados en hilo de oro, ungüentos de Arabia, sedas de China, esmeraldas de Escitia, cristal egipcio, tintura de Batavia, «garum» hispánico, espejos griegos (todavía enteramente metálicos). Se pagan fortunas por pájaros exóticos, loros y papagayos y por el capricho de poseer fieras amaestradas. En un tiempo en que ni siquiera el gato está domesticado, Augusto tuvo un tigre, Domiciano y Caracalla un león; Heliogábalo los superó a todos: él uncía tiros de leones a carros y tuvo leopardos sueltos en su

palacio. Naturalmente, a todos estos animales se les limaban los dientes y se les recortaban las uñas.

Esta compulsiva tendencia al despilfarro, propiciada y aplaudida incluso por los indigentes romanos que no tenían donde caerse muertos, es posible que tenga las mismas razones psicológicas que explican la destrucción ritual de riqueza por parte de ciertos pueblos primitivos. Pero analizar antropológicamente este aspecto del asunto nos llevaría demasiado lejos, así que lo dejaremos en la mera anécdota.

—¿En qué se parece Roma a una ciudad sitiada? —pregunta, de sopetón, Cayo Sempronio Semproniano.

—Pues no sé —admite Daciano.

—En que los que estamos dentro queremos salir y los que están fuera quieren entrar.

Antiquísimo chiste que algunos ingenios han aplicado, también, al matrimonio.

Como todos los romanos con posibles, nuestros amigos Cayo y Daciano poseen una segunda residencia fuera de la ciudad, una «villa» rústica en la que suelen pasar el verano para escapar del calor, de la malaria, de los ruidos y de los otros agobios de la urbe. Las mejores villas de recreo están en los Apeninos, en la Campania, en los alrededores de Nápoles y, por supuesto, en el Lacio.

Pero, como buenos romanos, nuestros amigos son aficionados a ver mundo.

Muy a menudo se han unido al corro de los ociosos que escuchan embobados, en cualquier rincón del Foro, a un mercader que narra sus largos viajes a exóticos y remotos países hoy llamados Polonia, Suecia, la India e incluso China.

Daciano es aficionado a la montaña; Cayo prefiere la playa. Alega Daciano que en las alturas boscosas de los Apeninos, donde está enclavada su «villa», el aire es más limpio y refrescante en verano y la vida resulta, en conjunto, mucho más sana puesto que el día se reparte entre las sosegadas lecturas, los largos paseos, la absorta soledad de la caza o de la pesca y el estimulante ejercicio de los juegos de pelota. Ese programa no convence a Cayo. Él, como el emperador Adriano, necesita mayor animación y movimiento. Este año ha alquilado un trozo de terreno y una casa en Bayas, la playa de moda, a la que los veraneantes romanos acuden cada año en mayor número con el pretexto de tomar las aguas. Si nos damos un paseo por la playa notaremos que casi todos los romanos saben nadar, pues son muy pocos los que se exhiben con flotadores de corcho o vejigas hinchadas. No obstante, el interés por el baño parece secundario. A lo que se dedican más porfiadamente es a hacer amistades con veraneantes del sexo opuesto. En estas playas la moral se relaja mucho más que en la ya bastante corrompida Roma. Si damos crédito a sus muchos detractores, la vida que lleva el turista medio en Bayas dista mucho de ser edificante. Séneca llama al lugar «posada de los vicios» («sedes luxuriae et vitiorum diversorum»); Propertio asegura que aquella ciudad es enemiga de la castidad femenina (y, no obstante, se le

hace la boca agua contemplando a su amada, la hermosa Cintia, entregada a «la ola fácil que se hiende al juego alternado de sus manos» para luego «descansar en una playa solitaria»). Marcial encomia la prodigiosa transformación de cierta dama que llegó a Bayas más virtuosa que Penélope y salió de allí más lasciva que Elena.

La «jet set» romana pasa la primavera y el verano en la lujuriosa Bayas, entregada a sus fiestas y amoríos, pero en cuanto asoma el rostro severo del invierno trashuma a Canope, donde hay mejores alojamientos y el ambiente es más distinguido.

Para los muy inquietos y buscadores de nuevas sensaciones, la oferta es mucho más amplia: pueden ir a Grecia, al Asia Menor, a Sicilia, a Egipto... Los hay que no se pierden las fiestas de Dionisos en Atenas, ni los juegos nemeos en Argos, ni los píticos en Delfos. Otros, con el pretexto de la salud, visitan los balnearios y santuarios de Esculapio en Kos o en Epidauro. Los estudiosos acuden a los centros de cultura: Atenas, Alejandría, Antioquía, o, si se quiere pasar por filósofo, a Tarso.

Los meramente curiosos que desean despertar la envidia de sus vecinos se embarcan en la aventura de trasponer a Egipto para ver las pirámides, o a Cádiz, en el fin del mundo, para contemplar las míticas columnas de Hércules o, si el presupuesto no da para tanto, suben al Etna, sin salir de casa, para ver el cráter por dentro, lo que da lugar a que una floreciente industria turística se instale al pie del volcán.

Lo malo de casi todos los viajes es que hay que embarcarse y el romano es poco aficionado al proceloso mar.

Además, la travesía, a una velocidad máxima de cinco nudos (hoy fácilmente triplicada), resulta incómoda y aburrida. Dice Dión Crisóstomo: «Si hace buen tiempo muchos pasajeros pasan el rato jugando a los dados o cantando o comen sin parar; pero en cuanto asoma la tormenta se lían la túnica a la cabeza y aguardan acontecimientos. También los hay que se acuestan e intentan dormir y no se levantan hasta que han entrado en puerto». Estas actitudes se comprenden: los navíos no hacían concesión alguna a la comodidad del viajero. El buque grande, para el transporte de pasajeros, no existe. Aunque el «Acatos», en tiempos de Augusto, lleve mil doscientos viajeros de Alejandría a Ostia (duración media de la travesía: 18 días), su principal cometido sigue siendo la carga de cereales y productos manufacturados. Las únicas embarcaciones específicamente dedicadas a pasaje suelen ser pequeñas y de cabotaje («phaseli, victoriae»). Sí existe, en cambio, lo que podríamos denominar yate de recreo: Calígula se hizo construir un palacio flotante adornado con columnatas y jardines y provisto de baños, con el que recorría la costa entre Ostia y Tarento echando ancla en caletas y solitarias playas o donde placía a su caprichosa voluntad.

Lo malo del turismo masivo residía, como ahora, en que el afán de visitar muchos lugares en poco tiempo mataba el placer que uno podía encontrar en cada uno de ellos. Séneca censura esta absurda inquietud del turista:

—Se emprenden viajes sin tener a dónde ir. «Vamos ahora a la Campania». En seguida se cansa uno de aquellos hermosos parajes. «Hay que ver sitios agrestes, vayamos a las selvas de los Abruzos y de la Lucania». Pero en medio de los páramos se echa de menos un lugar ameno en el que se explayen los ojos cansados ya de contemplar asperezas. «Vamos a Tarento y su puerto famoso, al clima benigno de sus inviernos, a la región opulenta de aquellas antiguas gentes».

Pero entonces echamos de menos los aplausos y el griterío y la visión de la sangre humana derramada: «Volvamos a Roma». Así es como se emprende un viaje después de otro y un espectáculo sigue a otro espectáculo.

Luego estaban aquellos a los que sus débiles economías o sus quehaceres no permitían veranear, es decir, la inmensa mayoría de la población de Roma. Éstos se conformaban con pasar los calores de la tarde en las amenas pero atestadas riberas del Tíber o en los otros espacios despejados donde se podía tomar el fresco: el pórtico de Pompeyo, los alrededores de los teatros y de los circos, el templo de Apolo en el Palatino...

Finalmente, nuestro amigo Cayo ha decidido que este año irá a Nápoles y piensa hacerlo utilizando el transporte público. Nos aventuraremos a acompañarlo. Marchamos con él a la Porta Trigémina, que es la estación de autobuses de la Roma de los Césares.

Se encuentra en las afueras porque, como ya sabemos, está prohibido que los carros circulen de día por la congestionada ciudad. El transporte que vamos a tomar es una «raeda» de alquiler, especie de berlina que tiene espacio para carga de personas y de equipajes. Si el viaje fuese más corto quizá nos hubiese convenido más un «cisium», calesín veloz que viene a ser el taxi de los romanos, o un «essedum», que es el intermedio. No quisiéramos distraer al lector de la contemplación del paisaje (el campo está precioso en esta época del año a lo largo de la vía Apia), pero hemos de advertir que la oferta romana de modelos de vehículos es mucho más extensa: está el utilitario «plaustrum» de dos ruedas, que no hay que confundir con los sucintos «currus» que compiten en el circo; o el «serralum», coche familiar, fiable y práctico. Existe incluso el coche ambulancia («arcera») para el transporte de enfermos. Todos ellos están tirados por dos, cuatro o seis caballerías. Luego están los que no tienen ruedas: la consabida litera y la silla de manos.

El viajero que se pone en camino por una de las espléndidas calzadas enlosadas que comunican Roma con los más remotos confines de su imperio (lo que revela que su finalidad primordial es la militar: posibilitar el rápido traslado de tropas), puede optar por cualquiera de los tres medios tradicionales: a pie, a caballo o en coche.

El vehículo es lo menos fatigoso pero también tiene sus inconvenientes. Hay que contar con «la lentitud de los carros, las ruedas atascadas en el barro, los baches de los caminos, las piedras sueltas, los árboles caídos, los campos encharcados, las

cuestas...». A pesar de tan agorera relación, nos hemos puesto en camino.

Como viajamos en carro cubriremos etapas de unos sesenta kilómetros diarios. Estos grupos de caminantes que vamos dejando atrás se conformarán con hacer jornadas de cuarenta kilómetros. Observamos con curiosidad que todos ellos van provistos de talega o alforjas donde guardan los alimentos, y que visten una especie de amplia capa («abolla» que les sirve de abrigo y de manta. Aunque caminan agrupados, no hablan entre ellos más que cuando hacen un alto para descansar al lado de una fuente o a la sombra de un grupo de cipreses de los que, de trecho en trecho, alegran la monotonía de la carretera. Esta costumbre de viajar en grupo tiene mucho que ver con la inseguridad de los caminos. Ni siquiera en los de Italia, a cuatro pasos de la capital del imperio como quien dice, se siente uno completamente seguro. Se cuentan terribles historias, quizá un punto exageradas, de los ladrones y salteadores que infestan los caminos. No sólo te despojan de todo lo que llevas, sino que, como calculen que le pueden sacar unas monedas a tu familia, te mantendrán secuestrado hasta que reciban un crecido rescate que te dejará en la ruina.

Después de escuchar dos o tres relatos de salteadores, el pusilánime viajero se pregunta por qué diablos ha tenido que salir de Roma. En adelante procura no apartarse del grupo ni siquiera de día. Camina receloso, volviendo frecuentemente la cabeza para ver si alguien los sigue. Ve peligros en todas partes. No será raro que nos ocurra lo que a aquellos viajeros cuya desgraciada aventura relata Apuleyo.

Como atravesaban una comarca que creían muy peligrosa, se habían provisto de garrotes y marchaban apiñados y en silencio, con tanta prevención que los pacíficos labriegos de la zona los tomaron por cuadrilla de forajidos presta a caer sobre sus desprevenidas haciendas. Por lo tanto reunieron sus fuerzas y salieron a hacerles frente con perros y piedras. Pero dejemos que Apuleyo nos cuente las incidencias del episodio y su relativamente feliz desenlace.

—... en esto, una piedra descalabró a una mujer, y el marido, cuando vio el desaguisado, limpiándole la sangre daba gritos y decía: «¡Justicia de Dios! ¿Por qué matáis a los pobres caminantes y los perseguís, espantáis y apedreáis tan cruelmente? ¿Qué daño os hemos hecho? ¿Qué abuso es éste?».

En cuanto los labriegos oyeron estos lamentos dejaron de tirar piedras y aquietaron a los perros. Uno de aquellos rústicos dijo a voces: «Pero, hombre, haberlo dicho antes. No penséis que os queríamos robar; es que creíamos que veníais a robarnos a nosotros y por eso nos hemos puesto a la defensiva; así que aquí no ha pasado nada, en adelante podéis ir seguros y en paz». Todo aclarado, proseguimos nuestro camino, bien descalabrados, y cada cual contaba su mal: los unos, heridos de pedrada; otros, mordidos de perros, de manera que todos iban lastimados.

A nosotros, que viajamos más regaladamente en compañía de nuestro amigo Cayo, no nos van a lapidar los rústicos, confiemos en ello, pero tendremos que sufrir

otros avatares en las incómodas y desabastecidas posadas donde pernoctaremos. Si fuésemos muy ricos, ni siquiera eso, porque los potentados disponen de albergues privados («diversoria») al término de cada etapa de su viaje habitual de Roma a sus posesiones campestres o, cuando viajan por caminos nuevos, se pueden permitir el lujo de llevar en su voluminoso séquito y equipaje tiendas de campaña alhajadas con todas las comodidades.

Otros pernoctan en casa de amigos o conocidos («*ius hospitii, hospitium*»).

Los funcionarios en comisión de servicios tampoco viajan del todo mal, puesto que pueden utilizar las casas de postas oficiales dispuestas a lo largo de las vías principales para el cambio de tiro y el descanso del personal.

Ya llegamos a nuestra posada («*cauponae*») y sale a recibirnos el sonriente posadero. En vano fatigaremos la dilatada literatura latina en busca de un tibio elogio del posadero.

Te recibe con profesional zalema, sí, pero es un vampiro insaciable que se nutre de la sangre del baqueteado viajero y no le ofrece a cambio más que un guisote despreciable y una polvorienta yacija orinada por los ratones. Horacio los adjetiva: pérfido posadero, posadero vago. Ingentes cantidades de «*graffiti*» que leemos por las paredes (y que dentro de dos mil años harán la delicia de los arqueólogos) confirman, con epítetos menos delicados, el rotundo juicio de Horacio. Aunque, ahora que reparo en ello, el eximio poeta quizá tenía algún prejuicio contra el gremio de la hostelería por motivos más personales.

En uno de sus viajes hubo de pernoctar en Trivico y se quedó esperando toda la noche la visita de una grácil maritornes que le había prometido meterse en su cama en cuanto apagaran la luz.

Muchas mozas de partido ejercían la prostitución en ventas y posadas. Se sobreentendía que el varón que viajaba sin compañía femenina podía recabar los servicios sexuales de una de las camareras del mesón.

Cuando nuestro amigo Cayo pregunta el precio de la pensión completa, el posadero ensancha su sonrisa e inquiere discretamente: «¿Con o sin?», y Cayo, que es hombre de mundo, entiende cabalmente lo que le están preguntando: «¿Con chica o sin ella?».

Cuando los achaques de la ingrata vejez los obliguen a permanecer en Roma, nuestros amigos Daciano y Cayo rememorarán con nostalgia los viajes de sus años verdes mientras toman el reconfortante sol de otoño paseando por las apacibles praderas del Campo de Marte. Quizá lamenten no haber viajado más, no haber visitado alguna de aquellas fabulosas ciudades en los confines del mundo de las que hablan los mercaderes. Piadosamente olvidan que para el mercader el viaje nunca fue un placer. Oigamos lo que uno de ellos nos dejó escrito en su epitafio: «Si no te resulta molesto, oh caminante, deténte y lee. En naves y veleros he surcado muchas

veces el inmenso mar. He arribado a muchas tierras y ésta es la última escala que me depararon las Parcas cuando nací. Aquí me he despedido de todo afán y fatiga; ya no me asustan las estrellas ni la tormenta; ya no temo que los gastos superen a las ganancias».

Quizá este mercader que ha recorrido todo el orbe conocido supo desde el principio que no hay ciudad ni paisaje que no se contengan en Roma y que la última meta de todo viaje es uno mismo.

Capítulo 21

Rijosos y pelanduscas

Un campesino acomodado, Marco Metelo, recorre los últimos kilómetros de la vía Flaminia. Ya cree distinguir la resplandeciente techumbre del templo de Júpiter Capitolino. Impaciente por llegar, aviva el paso de su cabalgadura. El motivo del viaje es adquirir un esclavo que precisa para las labores del campo, pero si no anduviese escaso de mano de obra habría puesto cualquier otra excusa. El caso es viajar a la tentadora capital del imperio un par de veces al año para echar una cana al aire. Nuestro hombre se sonríe recordando el dicho popular: «Baño, vino y amor acaban con uno pero son la verdadera vida».

Marco Metelo está felizmente casado, desde hace quince años, con la todavía atractiva, aunque ya algo chafadita, Calpurnia. Si visita los lupanares romanos en cuanto se le presenta la ocasión es por practicar variaciones que un romano chapado a la antigua no puede intentar con su mujer legítima. No se vayan a imaginar nada raro, son cosas sencillas. Calpurnia, como toda matrona decente, no se muestra jamás completamente desnuda, ni siquiera ante su marido. Incluso en el momento de mayor ardimiento, comparece algo celada de camisas y arneses pectorales, lo que, si añade aliciente a los preliminares del amor, también los entorpece y enoja cuando llega el conclusivo momento de la franqueza. Otras cosas que el fogoso Marco Metelo no puede hacer en casa es copular con la luz encendida o de día. La norma exceptúa solamente a los recién casados, con los que hay que ser indulgentes si se arrullan a la hora de la siesta.

Estas mojigaterías son perdurables vestigios de la severa moral sexual de los antiguos romanos. Pensemos que Catón el Censor censuraba a los senadores por besar a sus esposas delante de los hijos. El caso es que en la timidez de la esposa y su resistencia a mostrarse desnuda advertimos una contradicción pues, por otra parte, el mundo romano cultiva la desnudez: los dioses, incluyendo entre ellos a los emperadores deificados, se representan desnudos; los más celosos defensores de la moral y de las buenas costumbres de los tiempos antiguos, entre ellos el mentado Catón el Censor, solían andar en cueros por la casa si la temperatura de la estación lo consentía.

Es más, la pudibunda costumbre de taparse las vergüenzas se consideraba propia de sociedades subdesarrolladas.

Herodoto se asombra, en el siglo v a. de C., del pudor de los bárbaros.

El romano, al igual que otros pueblos paganos de la antigüedad, se entregaba gozosamente al frenesí de vivir y no consideraba pecaminoso el sexo ni advirtió culpa alguna en la complacencia de los sentidos hasta que el cristianismo lo liberó de su error y le mostró el valle de lágrimas. Muy al contrario, el romano estaba persuadido de que la actividad venérea es fuente de legítimo placer puesto que «lo natural no puede ser indecente» («naturalia non sunt turpia»). Habían heredado de etruscos y griegos una valoración de lo físico difícil de imaginar para las otras culturas más represoras que subordinan lo sensual a lo espiritual. Los romanos no dissociaban armonía corporal y sublimación del espíritu, antes bien los consideraban aspectos complementarios de un conjunto armónico al que cada individuo puede legítimamente aspirar.

El ejercicio de la sexualidad sólo tenía tres limitaciones: el adulterio, el incesto y el escándalo público.

Sin embargo, el incesto debió de ser bastante frecuente puesto que, a menudo, la esclava doméstica que sustituía a su ya ajada madre en el lecho del señor, había sido engendrada por él.

La pederastia se toleraba. Después de todo, el mismo Júpiter, padre de los dioses, la había practicado con su tierno copero Ganimedes. Los más liberales pensaban, con los griegos, que las relaciones de un adulto con un muchacho pueden resultar formativas para éste. Pero cuando el jovencito comenzaba a encañar su primera barba, la intimidad debía cesar y su mentor le hacía cortar los largos cabellos que hasta entonces habían acentuado su aspecto femenino. Las otras posibles limitaciones del sexo eran higiénicas: el coito estaba contraindicado en las mujeres embarazadas y en las madres recientes que dieran el pecho a sus hijos. Quizá por este motivo las mujeres acomodadas solían delegar tal menester en alguna esclava nodriza, cuya forzada abstinencia vigilaban estrechamente.

A la masturbación, presumiblemente frecuente en la juventud, no se le dio gran importancia hasta que, ya entrado el siglo II, se abre camino la nueva moral estoica. Pero aun entonces sólo se desaconseja por motivos de salud, no morales. Se supone que contribuye al precoz desarrollo del organismo.

Si el romano era medianamente acomodado, podía permitirse el lujo de satisfacer sus apetitos sexuales en una querida («delicium») o incluso en muchas. Algunos emperadores dispusieron de auténticos harenes. No obstante, el obseso sexual que anda siempre revolcándose con sus esclavas («ancillariolus») está mal considerado.

En Roma existían muchos lugares donde satisfacerse con amor mercenario de acuerdo con una variadísima oferta adaptable a cualquier economía. La «lex Iulia» distinguía entre dos clases de mujeres: las matronas decentes y las prostitutas. La matrona debía observar una moral sexual intachable, puesto que cualquier desviación

podía ser severamente castigada por la justicia. Por el contrario, la prostituta estaba facultada para ejercer su oficio sin ningún tipo de cortapisas, pero no podía contraer matrimonio legalmente, ni heredar, ni testar. El intrusismo profesional se perseguía.

No era infrecuente que la guardia irrumpiera en un prostíbulo y lo registrara de arriba abajo, sin muchas contemplaciones, para comprobar si había entre las pupilas alguna patricia casada. Éste era el caso de la emperatriz Mesalina, que llegó a ejercer el oficio por pura afición, como queda explicado en otro lugar.

Para que no hubiese malentendidos, las prostitutas quedaban obligadas a usar un atuendo especial que las distinguiera de las mujeres decentes incluso cuando transitaban por la calle. No podían llevar velo ni calzado y habían de vestir túnica corta en lugar de «stola». A esto se debe que una de las muchas denominaciones de la prostituta fuera «togata», «togada». Estas curiosas medidas evolucionaron con el tiempo. En el siglo II no era ya posible distinguir a la mujer de vida alegre de la pacífica y honesta ama de casa: entonces, como ahora, inevitablemente, el seguimiento de la moda y la captación del varón inducían a las honestas a imitar el vestido y aderezo de las que no lo eran. Y las prostitutas no sólo usaban calzado sino que algunas se hacían inscribir en las suelas unas letras que iban imprimiendo el mensaje «sígueme» («sequere me») en la huella que dejaban sobre el polvo. Interesante y original ardid publicitario.

Las leyes toleraban la prostitución como válvula de escape para que los temperamentales romanos desviasen su libidinosa atención de las doncellas casaderas y de las matronas casadas.

Es decir, se trataba de proteger la sagrada institución del matrimonio. Se suponía que un joven debía iniciarse en el sexo a los dieciséis años. Si no tenía esclava adecuada debía recurrir a los prostíbulos. No obstante, no todos los que frecuentaban estos establecimientos eran jóvenes solteros. El negocio florecía porque muchos degenerados esposos desertaban del lecho conyugal en busca de la variedad y atractivo del amor mercenario. El mismo reposado atractivo le encontraban los donjuanes, si admitimos los sabios razonamientos de Horacio: «Ir con prostitutas no tiene los peligros que trae aparejado el adulterio: no hay que aguardar a que se rinda la virtud de la amada; se nos ofrece desnuda sin tapujos y no velada y con disimulos como hace la esposa legítima, y además, no hay que estar temiendo que en medio del orgasmo aparezca de pronto el marido y haga saltar la cerradura».

Casi todos los burdeles romanos («lupanaria, fornices») estaban instalados en la Subura, el «barrio chino» de la ciudad, en el monte Esquilino, en los distritos V y XV. También los había, de lujo, en el distrito IV. Pero sería erróneo pensar que la prostitución se limitaba a los burdeles. También se ejercía en los altillos de las tabernas, en las cercanías de las termas y en las ventas y posadas de las principales carreteras.

Siendo Roma el corazón de un imperio que albergaba tantos y tan distintos pueblos, no nos sorprende que las mujeres que allí ejercían el oficio del amor fuesen de las más exóticas procedencias: las había griegas y orientales, cultas y refinadas, de alto «standing» como se dice ahora, y las había humildísimas busconas de ínfima condición que se entregaban por un par de monedas pequeñas. Una variada gama de nombres designaba sus respectivas categorías: las «meretrices», del verbo «merecer», eran las más caras, por lo general trabajaban por cuenta propia y sólo de noche; por el contrario, las denominadas «prostibulum», es decir, las que pasan el día delante de la puerta, haciendo la calle, eran las más baratas. Éstas ejercían su oficio desde la hora «nona», algo así como las dos de la tarde, cuando los artesanos daban de mano en el trabajo. Por este motivo se las denominaba también «nonariae». Otros apelativos eran «lupa» «loba», de donde procede «lupanar», y «scortum», «pellejo». Ramón J. Sender, al que encantaban las etimologías, nos explica que «se llamaba pellejas a las prostitutas que vestían, por obligación, pieles de cabras rojizas. Y zorras a las que vestían pieles de zorra, amarillentas. Ahora lo hacen sólo las cortesanas ricas con gabanes costosos, y hasta las muchachas más honestas, cuando se prueban esos atavíos en los anuncios de modas, ponen una expresión putísimamente atávica».

La misma variedad encontramos en las posturas y suertes del amor. Cuando examinamos la iconografía sexual transmitida en frescos, grabados, cerámica y medallas, tenemos la impresión de que los romanos conocieron y practicaron todas las posibles posiciones del amor. Por ejemplo: a la postura del varón tendido boca arriba y la mujer a horcajadas sobre él la denominaron, épicamente, «caballo de Hermes». También fueron duchos en las combinaciones tripartitas que hoy pueda ofrecer la más imaginativa pornografía, lo que no quiere decir que estuvieran socialmente admitidas. Al emperador Claudio se le censuraba que se acostase con dos mujeres a un tiempo; al pío Tertuliano le horroriza la felación («fellatio», claro), que él compara con la antropofagia. Si exceptuamos los de lujo, que estaban instalados y alhajados como auténticos palacios, los prostíbulos romanos solían ser locales lúgubres, oscuros y malolientes. Básicamente se componían de un vestíbulo, donde estaba la madame («lena») o el rufián («leno»), que cobraban por adelantado a los clientes, y una serie de mínimas celdas en las que apenas quedaba espacio para acomodar una estrecha cama cubierta por un astroso colchón y un cobertor. En algunos casos, un poyo de mampostería hacía las veces de cama. En la puerta de cada celda se inscribía el nombre de la ocupante, casi nunca el verdadero. Entonces como ahora, las suripantas gustaban de escoger sonoros nombres de guerra.

Recordemos que la emperatriz Mesalina, bajo cuya venerada advocación se titulan hoy dudosas casas de masajes y manufacturas de ropa de cama, cuando bajaba al prostíbulo se hacía llamar Licisca.

Los dueños de los prostíbulos adquirían su mercancía humana por diversos

procedimientos. Algunas chicas habían sido niñas pobres abandonadas en la infancia y recogidas y criadas por un explotador con vistas a dedicarlas al oficio en cuanto alcanzasen la sazón; otras eran esclavas adquiridas en el mercado. También las había de origen penal. Además, las condenadas a las minas estaban obligadas a ejercer la prostitución con sus vigilantes, y otras, finalmente, se cedían a las escuelas de gladiadores para el servicio de sus internos.

Fuera de los prostíbulos, la lujuria romana encontraba variados lugares y ocasiones para satisfacerse. Había fiestas anuales, principalmente las «lupercalia» y los «ludi florales» (en torno al 28 de abril), propicios al desenfreno y bastante equiparables a los modernos carnavales de ciertos lugares. También existía la posibilidad de propiciar encuentros íntimos en el teatro, aquella «escuela de lascivia» contra la que tronaba el indignado Tertuliano. Y, finalmente, estaba el amor adúltero que debía de ser muy frecuente. Entre la masa de población ociosa de Roma es natural que existieran auténticos profesionales especializados en rendir virtudes femeninas. Nuestro buen amigo el poeta Marcial disiente de esta opinión. Para él ni siquiera hay que ser un experto para rendir la virtud de una dama de su tiempo:

—Hace tiempo que me pregunto si existe en la ciudad una mujer capaz de decir no. Tengo comprobado que ninguna se niega, como si fuera vergonzoso emplear la palabra «no».

—¿Entonces, ninguna es casta?

—¡Las hay a miles!

—Y ¿qué hacen las castas?

—No te dicen que sí, pero tampoco te dicen que no.

Es decir, que era cuestión de insistir. Los desvergonzados poetas se habían inventado la expresión «carrera amorosa» («militia amoris»). Lamentablemente para ellos, el carácter especulativo de la sociedad romana se manifestaba también en estos íntimos dominios. Aunque la mujer fuese casada y rica, esperaba una compensación económica por sus favores: un regalo caro, algún costoso capricho que aliviara la mala conciencia de estar entregando su mayor bien a cambio de nada...

El misterioso sentimiento que llamamos amor raramente se dissociaba del sexo. El caso es que a veces notamos en el romano comportamientos que podrían inducir a pensar que ya sentía la presencia del amor contemplativo tan en boga en otras épocas. El jugador solía invocar el nombre de la divinidad, pero también el de su amada, al lanzar los dados sobre el tablero; el alegre bebedor solía brindar por el nombre de su amada de un modo harto espectacular y curioso: trasegando una copa por cada una de las letras que lo componían. Cuando el nombre era largo, los resultados debían de ser devastadores. Era una suerte que en los banquetes hubiera, como ya vimos, un moderador que establecía la cantidad de agua que había que mezclar con el vino de cada comensal.

Capítulo 22

Circo y gladiadores

Dos cosas solamente anhela el pueblo: pan y espectáculos», escribe Juvenal. Los espectáculos públicos («ludi») que apasionaban a los romanos eran de tres clases: las carreras en el circo y luchas de gladiadores en el anfiteatro («ludi circenses»), y las comedias en el teatro («ludi scaenici»). El cristianismo acabará con todo. Para los píos padres de la Iglesia, «el teatro es lujuria, el circo ansiedad y la arena crueldad».

La pasión de los romanos por las competiciones de carros es comparable a la que hoy se siente por el fútbol.

Cuando había carreras, la ciudad aparecía desierta y silenciosa pues la multitud se había concentrado en el circo. A menudo se producían desgracias en aquellas delirantes aglomeraciones. En la naumaquia que ofreció César en el año 46 a. de C., la afluencia de público fue tal que muchos espectadores murieron aplastados por la multitud, entre ellos dos senadores. El clamor de los espectadores ante las incidencias del espectáculo podía percibirse en toda Roma.

Séneca se queja, como es natural en él: «El gruñido confuso de la muchedumbre es para mí como la marea, como el viento que choca en el bosque, como todo lo que no ofrece más que sonidos ininteligibles».

La pasión que los distintos equipos despiertan en sus seguidores nos parecerá también absolutamente moderna a los que vivimos en la era del fútbol: «Roma entera está hoy congregada en el circo —escribe Juvenal—; un gran clamor llega a mis oídos, por lo que deduzco que va ganando el verde. Pero si perdiera veríamos la ciudad tan triste y abatida como cuando se perdió la batalla de Cannas».

Todos los «ludi» tienen un origen sagrado. Las primeras carreras de carros comenzaron a celebrarse en honor de una deidad agrícola e infernal, Consus, en la que se conjuraban los poderes germinadores de la tierra. Ello explica que las carreras formasen parte de los «ludi cereales» o «cerealía» por las cosechas de abril.

La víspera de los juegos era día sagrado. Se celebraba una solemne procesión («pompa»), seguida de sacrificios propiciatorios a los que asistían los atletas. Otra procesión abría solemnemente los «ludi». Su itinerario era invariable: salía del sagrado Capitolio, atravesaba el Foro y el barrio etrusco, el Velabro, el Foro Boiario y terminaba en el interior mismo del circo. Al igual que las modernas procesiones de

Semana Santa —salvadas sean todas las distancias— va presidida por una autoridad, en este caso el delegado de festejos («editor») y exhibe las imágenes de los dioses sobre andas y tronos que compiten entre ellos en lujo y ricos ornamentos. Sacerdotes y cofrades, aurigas y seguidores, ataviados todos con sus característicos atuendos y colores, escoltan cada uno de los tronos. Como en toda ceremonia religiosa romana, los detalles del ritual están rigurosamente establecidos y deben observarse escrupulosamente. Si se produce el más mínimo error o si acaece un mal presagio, la procesión debe repetirse.

Todo romano, desde el emperador hasta el más mísero esclavo de las tenerías, es seguidor de una facción o equipo. En los primeros tiempos sólo había dos equipos, el rojo y el blanco; pero en la época imperial se habían añadido otros dos colores, el verde y el azul, con lo que las facciones aumentaron a cuatro, siempre distinguidas por su color heráldico: «russata» (roja), «prasina» (verde), «albata» (blanca) y «veneta» (azul).

Siendo los cuatro equipos locales, la rivalidad era mucho mayor y no dejaba de estar teñida de un cierto color político. La aristocracia y la burguesía enriquecida era partidaria de los azules, mientras que el proletariado apoyaba a los verdes. Si examinamos la lista de los emperadores, notamos que algunos de ellos (Calígula, Nerón, Domiciano) apoyaron firmemente a los verdes, probablemente para congraciarse con la plebe. Por el contrario, Caracalla y Vitelio se mantuvieron siempre fieles a los azules.

Cada facción o color tenía su sede o «club» en un local de usos múltiples donde se concentraban las cuadras, los talleres de reparaciones de los carros y la pista de entrenamiento de los caballos. Allí solían reunirse los aficionados en actos de hermandad como los que organizan las modernas peñas futbolísticas. La afición era tan devota como la de los actuales equipos de fútbol: los hinchas acudían a presenciar los entrenamientos de sus campeones y llenaban los muros y retretes de la ciudad con sus pintadas o «graffiti» en las que hacían figurar sus nombres y caricaturas. También les dedicaban canciones y componían poemas en su honor. Encopetadas damas insatisfechas se encaprichaban de ellos y miembros de la más linajuda aristocracia se disputaban el honor de invitarlos a sus mansiones y sentarlos —acostarlos debiéramos decir—, a sus mesas.

El propio Calígula, buen aficionado a los caballos y a las carreras, distinguió con su amistad personal a algunos aurigas. Un buen auriga cobraba altos sueldos y sustanciosas primas. Por lo demás, la facción lo trataba a cuerpo de rey: el mejor vino, los mejores manjares, el mejor aceite eran para ellos. Una compleja urdimbre de intereses creados fue creciendo en torno al espectáculo deportivo. Hemos de tener en cuenta que en cada carrera se cruzaban importantes apuestas. Los artesanos se jugaban la paga de la semana y los ricos propietarios, fincas valoradas en muchos

millones de sestercios. Los mejores aurigas amasaban inmensas fortunas y se retiraban de la profesión ricos y respetados. El español Diocles, quizá el mejor auriga conocido, que corrió en tiempos de Trajano y Adriano, es un buen ejemplo. En 146, cuando contaba cuarenta y dos años de edad, colgó el látigo y se retiró después de haber corrido durante veinticuatro años. En este tiempo se proclamó vencedor en 1462 carreras, lo que le valió una suma de treinta y cinco millones de sestercios. Su fulgurante carrera quedó immortalizada por una lápida conmemorativa que le erigieron sus admiradores en el circo de Calígula. Penetremos ya en el circo, o hipódromo, como lo llaman los griegos, y asistamos a una carrera. Lo primero que nos causa admiración es el edificio mismo. Es parecido a un estadio de fútbol, sólo que el doble de largo y algo más estrecho. Uno de los extremos tiene forma redondeada.

En el otro, que es recto, se alinean las cuadras («carceres») de donde partirán los carros. Un alto graderío ocupa todo el entorno. La arena está dividida en dos pistas paralelas por un eje central («spina») decorado con esculturas y diversos adornos. Entre ellos nos llama la atención, por lo exótico, un obelisco de Ramsés II que Augusto hizo traer desde Heliópolis, Egipto, en un barco diseñado especialmente para su transporte (hoy puede admirarse este obelisco en la piazza del Popolo).

El rumor de la multitud sube de tono y muchas cabezas se vuelven hacia el palco presidencial, donde el delegado de festejos está procediendo al sorteo de las carreras en presencia de testigos de cada facción. Ya tenemos las alineaciones. En cada una de las carreras competirán cuatro carros, uno por cada equipo. Los de la primera tanda ocupan sus posiciones en las «carceres». Vamos a presenciar una carrera de troncos de cuatro caballos («cuadriga»), que es la combinación más frecuente, pero también las hay de dos caballos o de más de cuatro, hasta diez. Observamos que los carros son ligeros, fuertes y de simple y elegante diseño: apenas una reducida plataforma instalada sobre dos ruedas de la que se proyecta un largo timón al que van enganchados tres caballos. El cuarto, de la izquierda, genéricamente denominado «funalis», corre suelto, unido sólo a su vecino. Éste es el mejor caballo, el que da la pauta de la dirección y velocidad a sus compañeros. De su actuación depende en gran medida la del conjunto.

Los aurigas («agitadores»), cada cual vestido con la camiseta de su equipo, una túnica corta del color de la facción, están atentos a la señal del presidente. Se han atado a la cintura las riendas de cuero, se han ajustado al costado el cuchillo que completa su equipo y sostienen firmemente con la mano izquierda el haz de correas para evitar que los nerviosos caballos hagan una salida en falso.

En la mano derecha portan el látigo. Expectante silencio en la multitud.

El presidente se levanta de su asiento, eleva el pañuelo y hace la señal. Un operario tira de la cuerda («repagula») que descorre a un tiempo todos los cerrojos de

las «carceres». Un súbito clamor estalla en los graderíos.

¡Allá van! Parten raudas las cuatro cuadrigas en pos de la victoria. Deben dar siete vueltas al circuito, en total unos ocho kilómetros.

Entre las esculturas que decoran la «spina» existe un grupo de siete delfines de bronce que pueden pivotar sobre un eje. A cada vuelta se baja uno de ellos para que los espectadores sepan las vueltas que faltan.

Pero no nos distraigamos con los detalles accesorios y observemos la carrera: las cuatro cuadrigas están prácticamente igualadas. No se han lanzado a fondo, zigzaguean un poco.

Da la impresión de que más que correr lo que importa es estorbar la carrera del adversario. Cuando parece que uno de los carros va a adelantarse a los otros, todos se cierran sobre él impidiéndole el paso y obligando al auriga a tensar las riendas para que sus fogosos corceles atemperen su carrera.

El que corre más próximo a la «spina» dirige furibundas miradas a su vecino que ha estado a punto de estrellarlo contra los marmolillos por cerrarle el paso. Se escuchan algunos insultos de los espectadores. De repente la multitud se pone en pie y un grito brota de todas las gargantas. Lo que temíamos acaba de ocurrir: un accidente, un «naufragio», como se dice en la jerga del circo. El carro de los verdes ha rozado al rojo y se ha deshecho entre una confusión de chispas de acero y astillas de madera. El auriga verde ha salido proyectado por los aires y ahora es arrastrado por sus desbocados caballos. Intenta desesperadamente cortar con su puñal las correas que lleva atadas a la cintura, pero antes de conseguirlo el carro de los blancos le pasa por encima. Queda malherido sobre la arena y un grupo de auxiliares lo recogen y retiran. También despejan la pista de los restos del carro antes de que las tres cuadrigas supervivientes aparezcan en la vuelta siguiente. El último delfín del marcador ha pivotado. Ya estamos en la recta final. Los aurigas aflojan las riendas y fustigan furiosamente a sus corceles. Un operario del circo acaba de marcar con yeso una raya blanca sobre la arena, al derecho del marmolillo que señala la meta.

Los carros la cruzan casi simultáneamente. Un grupo de jueces y testigos intercambian sus opiniones, deliberan y comunican al presidente su conclusión. El heraldo, a indicación del presidente, levanta la banderola azul. El pregonero proclama la victoria de los azules gritando los nombres del auriga y de su caballo «funalis».

El graderío es un hervor. Los partidarios de los azules se abrazan entusiasmados y cantan a coro canciones de victoria. Los hinchas de los otros colores permanecen pesarosos, se remueven inquietos en sus asientos y lanzan furibundas miradas al adversario triunfante. Algunos se enzarzan en acras discusiones. Lo mismo que en nuestros estadios, no faltan los camorristas que llegarían a las manos si no interviniese oportunamente la policía. En la mente de todos están los lamentables sucesos de Pompeya, el año 59, narrados por Tácito. El graderío se convirtió en un

campo de batalla. Un espectáculo bochornoso y de lo más antideportivo. Nerón, disgustado, castigó a los pompeyanos suspendiendo sus «ludi» durante diez años. Los gobernantes de entonces eran más severos que los de ahora.

El más espléndido marco de las carreras de carros fue sin duda el circo Máximo, comenzado por Julio César y acabado por Augusto, aunque Nerón lo remodelaría hasta darle una capacidad de doscientos cincuenta mil espectadores. Su emplazamiento aprovechó las espléndidas condiciones que brindaba el terreno en una vaguada de seiscientos metros de largo por cien de ancho que se extendía entre las colinas del Palatino y el Aventino.

Este circo tuvo tres pisos, el más bajo de piedra, los otros de madera. En él se ofrecieron muy memorables espectáculos, no sólo de carreras de carros, sino también de los llamados juegos troyanos («ludi troiani»), simulacros de batalla entre jóvenes aristócratas; carreras individuales de caballos («desultores»), y hasta carreras pedestres de fondo o de relevos.

Gladiadores

Las luchas de gladiadores tenían por escenario el anfiteatro. Este tipo de edificio, claro precursor de las modernas plazas de toros (aunque el redondel era ovalado), fue un diseño específicamente romano. Los primeros anfiteatros fueron de madera, como el construido por Pompeyo en el siglo I a. de C., o aquel tan famoso que se desplomó en el año 27 ocasionando la muerte de muchos miles de espectadores. A partir de entonces la autoridad competente adoptó enérgicas medidas para evitar que se repitiesen catástrofes semejantes. Al empresario, un tal Atilio, lo desterraron y en adelante se estipuló que el que quisiera ejercer tal oficio había de disponer de un capital superior a los cuatrocientos mil sestercios con el que hacer frente a posibles responsabilidades.

El primer anfiteatro de piedra fue construido por Augusto el año 29 a. de C. en el Campo de Marte. No obstante, el símbolo más universal de Roma sigue siendo el Coliseo o anfiteatro Flavio, inaugurado por Tito en el año 80 y luego remozado en el siglo V. Tenía cuatro pisos y en su graderío podían acomodarse hasta cincuenta mil espectadores.

¿Cuál es el origen de los combates de gladiadores? Los etruscos, al igual que otros pueblos de la antigüedad, solían sacrificar prisioneros sobre la tumba de los caudillos para que los espíritus así liberados los acompañaran y sirviesen en la otra vida. Una evolución de este rito trajo consigo los combates de gladiadores («ludi gladiatorii»), cada vez más secularizados y convertidos en mero espectáculo. A pesar de ello podemos asegurar que su carácter funerario no se perdió nunca del todo. Los «ludi» privados, por ejemplo, estaban presididos por el busto del difunto al que se

dedicaban. Muy a menudo era el propio difunto el que, en sus disposiciones testamentarias, señalaba el número de parejas de gladiadores que quería para sus juegos funerarios; un proceder similar, salvando las naturales distancias, al de los devotos que señalan el número de misas de difuntos que desean en su funeral. Otras pervivencias rituales: a los juegos gladiatorios se asistía con la cabeza descubierta, como a los sacrificios religiosos, y los afectados de apoplejía (la enfermedad sagrada) podían beber en caliente la sangre del gladiador moribundo o conservar como talismán salutífero el hierro que lo había matado.

Como todo lo sagrado, los juegos acabaron convirtiéndose en un asunto de Estado («ludi stati») y formaron parte de los espectáculos con que el emperador entretenía al pueblo romano para que no prestase atención a los problemas sociales y se desinteresase de la actividad política. Los juegos se atenían a un calendario fijo: los «Ludi apollinares», consagrados a Apolo desde el 212 a. de C., se celebraban del 6 al 12 de julio; los «romani», en honor de Júpiter, entre el 4 y el 19 de septiembre; los «plebeii», del 4 al 17 de noviembre.

Éstos eran los más importantes, pero hubo otros («cerealía, megalenses, floralia, saeculares, Dea Mater, Dea Flora», etc.). Al margen de estas ocasiones oficiales, durante el imperio se puso de moda que particulares ricos costearan combates de gladiadores sin otro motivo que el de granjearse el aprecio de las masas.

El pretexto podía ser un acontecimiento familiar o simplemente sus votos por la salud del emperador («pro salute Principis»), en cuyas manos quedaba, por otra parte, el monopolio de los «ludi» desde la época de Julio César.

La pieza fundamental en el engranaje de los juegos es el empresario o «lanista», que se ocupa de contratar gladiadores y de adquirir fieras. Suele ser un hombre de oscuros orígenes pero enriquecido por el oficio. Es tan despreciado socialmente como los tratantes de esclavos, aunque, por otra parte, nadie discute que su labor es muy importante y necesaria. Íntimamente relacionado con el empresario está el «editor» u organizador de los juegos y los «curatores ludorum», funcionarios imperiales que los supervisan. A partir de Marco Aurelio, el crecido impuesto gladiatorio pasará del «editor» al «lanista», en un intento de abaratar los precios, que han ido disparándose y amenazan acabar con el espectáculo.

Muchos días antes de la celebración de los juegos, los empleados del «editor» redactan carteles anunciadores y los fijan en los lugares más concurridos de la ciudad y de las poblaciones del entorno. Esta y otras muchas peculiaridades nos resultan familiares porque recuerdan a la fiesta de los toros. Los carteles especifican el motivo de los juegos, el nombre del empresario, el número de parejas de gladiadores que van a actuar, el lugar, la fecha, la hora e incluso menudencias tales como si habrá toldo o no. Porque en los días de mucho calor el anfiteatro se cubría con un gigantesco toldo que moderaba los ardores del sol, comodidad hoy desconocida para los que asisten a

las corridas de toros.

También suele añadirse la expresión «si el tiempo no lo impide» («qua dies permittat»). Veamos algunos ejemplos de carteles:

Por la salud del emperador Vespasiano César Augusto y de sus hijos y por la consagración del altar, la compañía de gladiadores de Nigidus Mayo combatirá en Pompeya, sin posible aplazamiento, el cuatro de julio. Habrá lucha de fieras. Se tenderá el toldo.

Otro cartel:

Treinta parejas de atletas; cuarenta parejas de gladiadores; una cacería: toros, toreros, jabalíes, osos, y una segunda cacería con fieras diversas. Los aficionados acudían al anfiteatro la víspera de los juegos con objeto de ocupar los mejores asientos.

Llevaron con ellos ropa de abrigo y comida y pasan la noche y las largas horas de espera en alegre algarabía.

Tan alegre que no dejan dormir al vecindario. En una ocasión el temperamental Calígula hizo que la guardia pretoriana desalojase el circo a cintarazos porque la plebe allí congregada perturbaba el sueño de sus caballos.

Pero no todo el mundo llega al anfiteatro la noche antes. Los mejores aficionados pueden concurrir, con permiso del «lanista», al banquete («cena libera») que el editor ofrece a sus gladiadores la víspera del combate. Esta cena, ocioso es decirlo, será la última para muchos. No se trata de un regalo desinteresado: tiene la finalidad práctica de restaurar las fuerzas de los luchadores y criarles sangre, que buena falta les hará cuando empiecen a tajarse.

Las clases privilegiadas no tienen que hacer cola: ya tienen su asiento reservado en el circo o el anfiteatro.

Las mejores gradas, las más próximas a la arena, están reservadas a los senadores y a sus familias; las siguientes, a los caballeros, y las sucesivas, a magistrados provinciales, mujeres, personas de luto y otros grupos más o menos favorecidos. El resto, hasta la bandera, a la plebe, que toma sus posiciones al asalto.

A una hora prudencial, cuando ya el bullicioso público que abarrotaba los graderíos empieza a dar señales de impaciencia, hace su aparición en los palcos de honor el emperador y su séquito, seguido de una cohorte de autoridades, pretorianos y servidores. La música se acomoda en su lugar. Notamos con sorpresa que incluso llevan un pequeño órgano de brillantes tubos.

Va a comenzar el espectáculo. Era la antigua costumbre que en esta ocasión el

pueblo aclamara o abucheara a sus gobernantes, de acuerdo con la favorable o contraria opinión que le mereciesen sus medidas de gobierno. Pero en la época imperial la democrática institución está muy decaída y los abucheos han desaparecido por completo, excepto cuando se dirigen al «editor» sospechoso de estafar al pueblo con un programa más bien flojo.

Van a comenzar los juegos. Se abre, a los acordes de la música, un desfile de participantes que nos recuerda inevitablemente el paseíllo taurino. Cuando llegan frente al palco imperial se detienen, presentan armas y gritan a coro: «Ave Caesar, morituri te salutant!». (Ave, César, los que van a morir te saludan). A continuación viene el sorteo público de las parejas de gladiadores y el «editor» cumple con el expediente de examinar las armas («probatio armorum»), pues es el responsable de que estén bien afiladas y aguzadas. Según van pasando el examen, los gladiadores se distribuyen por la arena y se dedican a realizar ejercicios de calentamiento: hacen fintas, dan carreras, se flexionan, amagan las estocadas reglamentarias, lanzan redes, clavan los tridentes en el aire.

Cada cual procura captar la mirada de los aficionados con lo mejor de sus habilidades gladiatorias. En esta fase algunos espectadores se lanzan a la arena y se unen a sus campeones favoritos en el combate simulado. Es buena ocasión para despertar admiraciones entre el auditorio femenino.

El lector se percatará de que el toreo de salón no es cosa de hoy. No obstante, los que habrán de combatir de verdad dentro de un instante procuran no derrochar inútilmente sus fuerzas porque saben que les queda por delante todo un día en el que habrán de esforzarse para salvar el pellejo, a veces a pleno sol, con la cabeza encerrada dentro del yelmo, que se calienta como una plancha, sobre la candente arena y desangrándose por las inevitables heridas.

Suenan trompetas, se retiran funcionarios y curiosos y quedan los gladiadores solos en el redondel. Las parejas se distribuyen para no estorbarse mutuamente. Se ponen en guardia. El respetable público guarda silencio por vez primera en muchas horas. El combate ha comenzado. Los buenos aficionados conocen las ventajas y los inconvenientes de cada tipo de gladiador y saben las fintas y engaños de que disponen para superar al contrario. De acuerdo con el desarrollo de la lucha, animan a uno, imprecán al otro, insultan, aconsejan, se excitan, jalean, se desesperan... los más exigentes se impacientan y, a la menor sospecha de tongo, comienzan a gritar como energúmenos: «¡Están peleando como en la escuela!». «¡Hasta los condenados a las fieras derrochan más valor que ellos!». «¡Pero si parecen polluelos!».

Los gladiadores profesionales han recibido en sus escuelas un código ético muy estricto. En palabras de Cicerón: «Prefieren recibir un golpe a esquivarlo en contra de las reglas. Lo que les interesa en primer lugar es complacer tanto a su amo como al espectador. Cubiertos de heridas, preguntan a su amo si está satisfecho; si les dice que

no, están dispuestos a dejarse degollar».

El público quiere sangre y la pide a voces. Séneca nos transmite los gritos de los espectadores: «¡Mátalo, hiérello, quémalo!». «¿Por qué va hacia el hierro vacilante?». «¿Por qué muere de tan mala gana?».

La suerte suprema, la de morir dignamente, debe ser memorablemente ejecutada por el gladiador vencido. El caído tiene que representar su propia muerte de manera gallarda y heroica.

«Odiamos a los gladiadores débiles y suplicantes —escribe Cicerón—, a los que con las manos extendidas ruegan que les permitamos vivir». Plinio, por su parte, alaba «las bellas heridas y el desprecio de la muerte que hacen aparecer incluso en los cuerpos de esclavos y delincuentes el amor a la gloria y el deseo de triunfar».

Pero dejemos por un momento la compañía de tan ilustres aficionados y prestemos atención a lo que está sucediendo en la arena. Un «secutor» ha esquivado la red de su oponente y lo persigue. El «retiarius» da un traspié y cae al suelo, herido. Esto o perder el arma son las dos situaciones en que un gladiador queda a merced de su adversario. Reconociéndolo, arroja la defensa de su mano izquierda, sea red o escudo, y levanta el pulgar de esa mano mirando al palco presidencial. Cada espectador consulta el caso con el de al lado. Algunos vecinos de asiento discuten acaloradamente sobre los méritos y defectos del gladiador que pide gracia.

Hay división de opiniones. Los que piensan que ha luchado bien sacan señuelos y los agitan al aire mientras gritan: «Missum!» (sálvalo); pero si, como suele acontecer, están descontentos y no quieren indultar a tan flojo luchador, muestran el puño derecho con el pulgar hacia abajo y gritan: «Iugula!» (degüéllalo). La autoridad que preside los juegos decide sobre la vida o la muerte del hombre teniendo en cuenta el parecer de la mayoría de los asistentes. Claro que su decisión final es a veces muy criticada, como suele ocurrir también en las corridas de toros. Existe un proverbio brutal que está en la mente de todos y que deja poco espacio para la misericordia: «Mata al vencido, sea quien sea» («ut quis quem vicerit occidat»), pero a pesar de ello y de las protestas de la airada afición, son muchos los gladiadores indultados, aunque quizá sea por motivos económicos más que humanitarios. Esto no cuenta en los combates previamente anunciados como «sine missione». En éstos no se perdona jamás la vida del vencido.

Cuando un gladiador muere sobre la arena, su cadáver es recogido por unos esclavos que ocultan el rostro detrás de la máscara de Caronte, el barquero de los muertos. A través de la puerta consagrada a Libitina, la diosa de la muerte, conducen al difunto hasta el depósito («spoliarium»). Mientras esto ocurre, los espectadores aclaman al vencedor, que da la vuelta al ruedo («discurrere») llevando una palma en la mano.

No es frecuente que la lógica tensión que precede al combate haga perder los

nervios a algún gladiador, pero, en cualquier caso, si tal cosa ocurre y alguno da muestras de irresolución o cobardía, los funcionarios del anfiteatro lo obligan a combatir dándole de latigazos o azuzándolo con hierros candentes.

El gladiador vivía peligrosamente.

Era previsible que su carrera fuese corta. No obstante, algunos vivían lo suficiente como para hacerse con un nombre y ascender de categoría. Incluso podían recobrar la libertad y retirarse del oficio con una decorosa fortuna. Una marca de este ascenso era el conocimiento de sus apodos en los círculos de los aficionados.

«Destructor», «Terror», «Furor»... éstos eran los «meliores», veteranos luchadores, robustos, ágiles y conocedores de todos los trucos del oficio, que cobraban —o sus amos— hasta quince mil sestercios, cuando la tarifa normal de los gladiadores ordinarios («gregarii») no pasaba de los dos mil.

La ley establecía que el «editor» estaba obligado a presentar igual número de «meliores» que de «gregarii».

Si no encontraba «gregarii» suficientes tenía que cubrir los huecos con «meliores» pero cobrándolos al precio de los más baratos. Estamos hablando, por supuesto, de los grandes juegos estatales en los que se movían cientos de miles de sestercios. En los del año 35 a. de C., César hizo intervenir a trescientas parejas de gladiadores. Esto fue, verdaderamente, un derroche. Augusto estableció, en el año 22, que el número máximo de parejas por espectáculo sería de cien y además redujo los juegos de primera categoría a dos anuales. No siempre se respetó este límite. En una memorable ocasión el hispano Trajano organizó unos juegos que duraron más de tres meses. En ellos intervinieron 4912 parejas de gladiadores. Pero este caso es excepcional. Un número razonable de combatientes fue el que intervino en el año 61 en Pompeya: treinta parejas en cinco días de actuación.

Al margen de los magnos espectáculos oficiales, continuaron existiendo los mucho más modestos juegos funerarios ofrecidos por ciudadanos privados. Abusando del paralelo taurino, podríamos equipararlos a las modestas capeas de los pueblos. Lanistas de poca monta suministraban cuatro o cinco parejas de remendados gladiadores, llamados «sestertarii» por su baratura, auténtica carne de cañón. Era raro que muriera uno de éstos porque en el contrato se especificaba una cifra por el alquiler y otra mucho más elevada por la muerte. El público se mofaba de sus calculados golpes y se ensañaba con ellos insultándolos y gritándoles las expresiones de tongo al uso, mientras los pobres diablos aguantaban el chaparrón y procuraban herirse levemente, con profesional destreza, sobre los callos de anteriores heridas, de manera que la pérdida de sangre fuera lo suficientemente escandalosa como para aplacar las iras del respetable.

Muchos mosaicos romanos nos han conservado, como en la inocencia de un cómic torpemente dibujado, escenas de combate de gladiadores. En casi todos ellos

podemos apreciar que se trata de hombres robustos, bien alimentados, de anchas espaldas y poderosa musculatura. Algunos tienen el potente cuello más ancho que la cabeza y una expresión perfectamente brutal en el rostro, lo que nos trae a la memoria unas palabras del malhumorado Séneca: «¡Qué músculos y qué hombros tienen los atletas, pero qué vacías están sus cabezas!». Uno entiende que la vida que arrastraban estos desgraciados no fuera la más idónea para el cultivo de las facultades del intelecto. En cualquier caso, el origen de la mayoría de ellos también nos puede explicar muchas cosas. Algunos eran prisioneros de guerra; otros, esclavos alquilados por sus dueños; otros, hombres libres condenados a trabajos forzados que aceptaban convertirse en gladiadores con la remota esperanza de poder alcanzar algún día la libertad.

También los había condenados a muerte por este procedimiento («*noxi ad gladium ludi damnati*»). Y, finalmente, frente a este grupo de forzados, había otro de voluntarios («*auctorati*»): aventureros, malhechores, soldados licenciados sin oficio ni beneficio, pero también, en algún caso, individuos pertenecientes a la clase ecuestre e incluso a la senatorial, lo que, en los viejos tiempos, hubiese resultado escandaloso. Nadie entonces podía imaginar que algún día, con la mudanza de los tiempos, los propios emperadores (Calígula, Nerón, Cómodo) descenderían a la arena para ejercitar sus armas en combates desvergonzadamente amañados. Los hombres libres que se metían a gladiadores habían de renunciar a sus libertades y derechos mediante solemne juramento en el que aceptaban «dejarse azotar con varas, quemar con fuego y matar con hierro».

Los gladiadores se entrenaban, de acuerdo con un exigente programa, en ciertos cuarteles o escuelas donde vivían en régimen de internado. Al principio estas escuelas fueron privadas, más tarde estatales. Las más famosas estuvieron en Capua y fueron creación de César y de Nerón («*ludus gladiatorius Iulianus*» y «*Neronianus*», respectivamente). También las hubo en Egipto, en Hispania y en las Galias. Los instructores («doctores») solían ser antiguos gladiadores ya retirados, viejas glorias trinchadas de orgullosas cicatrices que se las ingeniaban para transmitir a sus nuevos reclutas la experiencia de toda una vida jugándose la piel en el anfiteatro.

Otra modalidad de combate espectacular era la «*naumaquia*» o batalla naval, mal definida a veces como simulacro puesto que lo único simulado era el mar. En atención a los espectadores solía celebrarse en lagos naturales, en estanques o en anfiteatros inundados. Los barcos que se enfrentaban eran reales y también lo era la mortandad de los combatientes. Augusto preparó uno de estos estanques, de casi dos kilómetros de contorno, e hizo intervenir a más de dos mil hombres en la lucha. Algunas veces se reproducían batallas históricas bien conocidas por el público, como la de Salamina. El montaje de estos espectáculos resultaba tan complejo y oneroso que después del derrochador siglo I se abandonaron. En realidad, a la larga, todos los

«ludi» seguirían la misma suerte, fuera por motivos humanitarios o simplemente económicos. Constantino los prohibió en 325, aunque siguieron celebrándose esporádicamente hasta 399. Las luchas de los gladiadores no constituían el único espectáculo sangriento del anfiteatro romano, ni siquiera el más sangriento. Desde nuestra moderna sensibilidad resulta más chocante aún la ejecución pública de condenados a muerte con procedimientos teatrales. Nos referimos a los condenados «ad bestias» para satisfacer la demanda de espectáculos sangrientos del pueblo romano. En un principio se les ataba simplemente a postes de madera y se soltaban fieras hambrientas para que dieran cuenta de ellos. Más adelante, se les dejaba libres y sucintamente armados para que amagasen una defensa, con lo que se añadía emoción al espectáculo, pero el resultado era el presumible: vencían las fieras y se los comían. Finalmente, alguien caviló algo más perverso e imaginativo: los condenados eran disfrazados de personajes mitológicos o históricos que hubiesen tenido un fin desastrado y así el culto público podía reconocer a un Orfeo que toca la lira hasta que es descuartizado por los leones, a una Lucrecia que es violada y luego se suicida, un Ícaro que se precipita, con sus fingidas alas de cera, desde gran altura y va a despanzurrarse contra el suelo, a los pies de los espectadores, o el héroe latino Mucio Escévola que se deja quemar el brazo (el histórico lo hizo voluntariamente, sus desafortunados imitadores del anfiteatro no tenían otra alternativa si no querían bañarse en una caldera de pez hirviendo), o Pasífae que, en figura de vaca, es poseída por un toro.

Otros dos tipos de espectáculo hacían las delicias del público del anfiteatro: los enfrentamientos de hombres contra animales feroces («bestiarii») y las peleas de animales entre ellos («venationes»). En tiempos de la república las «venationes» venían a ser la segunda parte del programa después de las luchas de gladiadores, pero con el imperio constituyeron espectáculo aparte. El Coliseo estaba especialmente diseñado para este menester, puesto que contaba con una serie de subterráneos pasillos, celdas, jaulas y montacargas que permitían hospedar animales, separados según sus especies, e irlos soltando de modo conveniente a lo largo del espectáculo. Todo el imperio contribuía con exóticos animales: hipopótamos del Nilo, jirafas del Sur, elefantes de Libia, tigres de Hircania, osos y jabalíes del Rin y del Danubio, cabras salvajes de Hispania, leones de Tesalia y del Atlas. Al igual que en el combate gladiatorio, la lucha entre fieras procuraba ser una armonización de contrarios. Nunca se enfrentaban animales de parecida especie: los toros luchaban contra los rinocerontes, los elefantes contra los osos, los tigres, toros o jabalíes, contra los leones.

Algunos campeones se especializaron en la lucha contra determinadas fieras y lograron fama y fortuna ejerciendo este peligroso menester. Un tal Carpóforo llegó a matar veinte en un día, récord que sorprenderá al torero más animoso. Algunos

emperadores y aristócratas se esforzaron por participar en este tipo de lucha, pero el infeliz león que Nerón asesinaba era un «preparatus leo» al que habían limado los dientes y suprimido las garras. El público se hacía el bobo y aplaudía a rabiar.

La posteridad ha rechazado, horrorizada, estos sangrientos espectáculos que deleitaban al pueblo romano. «No logramos siquiera comprenderlos —escribe un historiador moderno—. Es una mancha de oprobio que no se borra». Sin embargo, curiosamente, los intelectuales romanos no estuvieron en contra de los juegos, con la posible excepción de nuestro compatriota Séneca. Y estos hombres nos muestran en sus escritos que no eran insensibles. Ellos no pertenecían, desde luego, a la plebe embrutecida y ciega de la superpoblada ciudad, a la que se daba pan y circo para que se mantuviese alejada de posibles reivindicaciones sociales. Quizá si alguno de aquellos autores romanos hubiese vivido hoy se habría atrevido a justificar de algún modo los juegos, dándoles, podemos presumir, una explicación psicológica. Parece que existe un impulso de violencia que es la raíz de una tensión biológica, emotiva y espiritual. Es lo que a veces se ha llamado, por seguir patrones culturales antiguos, violencia dionisiaca. Por supuesto, se trata de algo inaceptable para nuestro código cultural en el que la cólera y la agresividad son tendencias malignas. Ese código no tiene en cuenta que la agresividad, como la sexualidad, están, por así decirlo, programadas filogenéticamente. Algo que los romanos y los otros pueblos antiguos instintivamente sí tuvieron en cuenta. Por lo tanto, en lugar de intentar abortar la violencia condenándola simplemente, se esforzaron en limitarla encauzándola por canales positivos, es decir, ritualizándola, para que surtiera el efecto catártico de toda representación simbólica. En el ritual religioso primitivo, el sacrificio de la vida humana es básico: para que la vida siga debe primero destruirse. De aquí proceden los ritos sacrificiales y la tendencia compulsiva al derramamiento de sangre.

Se contraponen dos impulsos elementales: vida-muerte (Eros-Thanatos), se ritualizan y se consagran a la divinidad. De este modo se liberan los aspectos ingobernables de la naturaleza instintiva. Nosotros, por el contrario, hemos optado por la represión del sentimiento: anulamos el impulso destructor declarándolo malvado y nos reprimimos psicológicamente con complejos de culpa. Aunque, como la naturaleza humana es la misma después de los dos mil años transcurridos, nos complacemos de modo vergonzante en contemplar la ritualizada violencia en el cine y en los noticiarios de televisión, donde cada día asistimos a muchas muertes, algunas de ellas reales. Incluso apreciamos las escenas «de circo» en las películas de romanos, donde volvemos a presenciar, con un conveniente gesto de reprobación, el degüello gladiatorio o el descuartizamiento de la bella cristiana por las fieras.

Teatro

Y nos queda el teatro, el más frecuente, barato y culto de los «ludi», motivo por el cual quizá fuese menos popular que los otros. Quizá sea excesivo llamarlo espectáculo culto.

La verdad es que al pueblo romano nunca le gustó la elevada tragedia.

Los espectadores se inclinaban por el «mimo», género de comedia, a menudo francamente desvergonzado y obsceno, que hacía las delicias del pueblo con sus continuas alusiones sarcásticas a personajes de la vida pública o a los sucesos de actualidad que daban que hablar en los mentideros de una ciudad tan chismosa como Roma. Los mimos más subidos de tono se representaban con ocasión de los «ludi florales» (hacia el 28 de abril). Éstos llegaron a superar lo pornográfico cuando Heliogábalo dispuso que todas las acciones se representaran con el mayor verismo, acto sexual incluido. También había un espacio para la crueldad: en la famosa pieza teatral «Laureolus», que contaba las hazañas de un escurridizo bandolero que finalmente es capturado y crucificado, la última escena terminaba con la crucifixión real de un condenado a muerte, que en el último momento ocupaba el lugar del actor principal.

Entonces como ahora había actores ricos y actores pobres y había estrellas que, aunque fueran torpes en su oficio, eran famosas por su belleza.

Sus admiradores ricos las invitaban con frecuencia a banquetes y fiestas íntimas.

Una de las emociones que la plebe buscaba en el teatro era la de la lotería gratuita. Era costumbre obsequiar a los espectadores con pequeños regalos: comida, bebida o billetes de tómbola que daban opción a diversos premios no siempre deseables: un manojo de rábanos, una mosca, una bolsa de monedas de oro... La gente bien procuraba ausentarse del teatro antes de que la plebe la pisoteara o desgarrara sus vestidos en la rebatiña por alcanzar las papeletas que se lanzaban al aire.

Los primeros teatros, de madera, dieron paso a los de piedra, de los que existieron tres en Roma: el de Pompeyo, que acomodaba a treinta mil espectadores, el de Balbo y el de Marcelo, terminado por Augusto, del que quedan partes importantes incorporadas a una casa de vecinos. Éste tenía capacidad para catorce mil espectadores.

Los cristianos nunca vieron con buenos ojos esta escuela de lascivia —Tertuliano— del teatro. Fue una de tantas manifestaciones del paganismo que perecería con la propia Roma.

Clases de gladiadores

Los gladiadores se enfrentaban casi siempre por parejas. Para añadir emoción al encuentro, cada luchador iba armado de forma diferente y en cierto modo

complementaba a su contrario.

Según el tipo de armamento se imponía una técnica de lucha distinta, lo que tenía sus ventajas y sus inconvenientes. Había que aprovechar los puntos débiles del oponente sin descuidar por ello la propia defensa. Por el armamento utilizado podemos distinguir los siguientes tipos de gladiadores: Sammita («sammis»). Es el tipo más antiguo. En su origen todos los gladiadores eran sammitas. Sus defensas son: yelmo cerrado y rodeado de grandes viseras, escudo, manga acolchada que le protege el brazo derecho y greba de bronce sobre la pierna izquierda. Va armado con una espada corta.

Retiario («retiarius»). Viste túnica corta y cinturón de cuero. Se protege el brazo derecho con una manga acolchada que a la altura del hombro tiene una placa de metal curvada hacia afuera que le guarda la cabeza y el cuello. Va armado de red y tridente.

El sammita y el retiario suelen formar pareja. El retiario combate mejor a unos tres pasos de distancia, fuera del alcance de la corta espada de su oponente, al que, sin embargo, puede herir con el largo tridente o envolver con su red. Uno de sus golpes maestros consiste precisamente en imprimir un movimiento circular a la red plegada para que golpee al sammita en las corvas, al tiempo que le amenaza el pecho o el cuello con el tridente. Si el sammita pierde el equilibrio y cae de espaldas, puede darse por perdido. La mejor defensa del sammita es el ataque. Debe acortar distancias y acercarse hasta un paso del retiario, con lo que le entorpece el manejo tanto de la red como del tridente al tiempo que lo pone al alcance óptimo de su corta espada.

Como el sammita enfrentado al retiario siempre busca acortar las distancias del duelo, da la impresión de perseguir al otro que, por su parte, procura apartarse en seguida buscando los tres pasos idóneos que requiere su armamento. En la secuencia de golpes y contragolpes, el juego gladiatorio se convierte en una persecución. Por este motivo el sammita acabó denominándose «secutor», «perseguidor», en tiempos de Calígula o quizá antes.

Oplomachus. En realidad es otra evolución del sammita aunque más pesadamente armado: casco con visera, escudo, coraza, grebas y tiras de cuero en las articulaciones. Suele enfrentarse al tracio.

Tracio («trax»). Pequeño escudo circular y grebas. Armado con un malvado sable curvo.

Myrmillon. Casco decorado con un simbólico pez («mormyllos»), que le da nombre, alusivo a la red del retiario con el que se enfrenta. Porta escudo rectangular y espada.

Provocator. Escudo redondo y lanza.

Menos frecuentes fueron los «equites» que luchaban a caballo, como torneando, el «essedarus», que combate sobre carro de guerra, y los «andabates», que lo hacen a ciegas, encerrada la cabeza en un casco sin orificios.

Éstos llevan el cuerpo protegido por una cota de malla. Otra variedad no menos cruel es la del combate de «meridiani», es decir, de gladiadores totalmente desprovistos de armas defensivas. Séneca comenta con disgusto: «Nunca se mueve la espada sin herir al contrario».

Existieron otras variaciones pintorescas que, sin duda, indignarían a los aficionados serios: lucha de pigmeos contra mujeres (desde, al menos, el año 88, si bien en el 200 se prohibió que las mujeres lucharan).

Capítulo 23

Correos

Hemos pasado en Roma unos días bastante agradables. Ahora nos disponemos a regresar a Hispania. Nuestro amigo Marco Cornelio nos ha rogado que en el viaje de vuelta llevemos algunas cartas para su hijo Cayo y para otros conocidos suyos destinado en aquella provincia. Marco gusta de escribir sus propias cartas con elegante y picuda caligrafía. Utiliza una pluma de bronce, lo que no es muy común, pues casi todas las que hemos visto en Roma son de caña afilada («calamus»), que de vez en cuando se aguza con una navajita («scalprum»), aunque también las hay de ave («penna») y, si se escribe sobre cera, punzones («stilus») provistos de un pomo, en el extremo no afilado, que sirve para borrar.

El artístico tintero donde Marco moja la pluma contiene un líquido pardusco compuesto de hollín, negro de sepia y heces de vino, todo ello ligado en goma muy diluida. Es una tinta bastante deficiente que puede borrarse con una pasada de esponja (lo que a veces se hace para reutilizar el papiro). También puede borrarse con la lengua, claro. Calígula obligaba a los malos poetas a borrar sus composiciones de este modo, lo que no deja de ser un eficaz ejercicio de crítica literaria. Los enamorados y los espías utilizan a veces otro tipo de tinta que es invisible: la leche, que después de secarse no dejaba rastros sobre el papiro, pero podía leerse espolvoreándolo con carbón.

Antes de nuestra partida, otros amigos nos visitan y nos entregan cartas para Hispania. No es que no funcione el servicio de correos, lo que sucede es que los particulares prefieren no usarlo. El servicio de correos oficial («cursus publicus» o «cursus vetricularis») utiliza una «res veredaria» unida por caballos de posta («stationarii») y posadas oficiales. Existe un director general («praefectus vetricularum») a cuyas órdenes están los jefes de distrito («manceps»). También existen los correos privados al servicio de empresas y grandes señores. Si el destinatario vive en la ciudad o sus cercanías se utiliza un recadero («tabellarii»); para los que viven más lejos están los «cursores».

Algunos eruditos germanos han criticado un aspecto de los correos imperiales: las calles y plazas de Roma no tenían nombre y las casas no estaban numeradas. Piensan que debió de ser tremendamente complicado encontrar al destinatario de una carta en una ciudad de más de un millón de habitantes. Quizá olvidan que sus habitantes eran

latinos y que casi todos vivían en la calle, donde todo el mundo se conocía en cada barrio. Por lo tanto sería fácil dar con el destinatario de una carta en cuyo envoltorio pusiera: «A Fulano, que vive en el sitio del Foro donde empieza la cuesta del Palatino», o «Mengano, cuya tienda está delante del Foro de César»; o «Zutano, que habita cerca del templo de Baco». En las respectivas vecindades, todo el mundo los conocería.

Nadie se pierde en Roma. Dar con una dirección es tan fácil o tan complicado como en cualquier gran ciudad actual. Comprobémoslo en un texto de Terencio:

—¿Recuerdas el pórtico allí abajo, cerca del mercado?

—Por supuesto.

—Pasa por allí, cruza la plaza y sigue hacia arriba. Cuando llegues a lo alto verás una calleja que baja, síguela sin detenerte y al final hay, a un lado, un pequeño santuario y enfrente un callejón.

—¿Dónde?

—Donde está la gran higuera silvestre... ¿Sabes cuál es la casa del rico Cratino?

—Sí.

—Pasas por delante de ella y tuerces a la izquierda, cruzas la plaza y al lado del santuario de Diana tomas a la derecha. Antes de llegar a la puerta hay una fuente y delante una carpintería. Allí es.

Capítulo 24

La caída del imperio romano

Oh, Roma! ¿Por qué culpa han merecido grandes principios estos fines feos? Intentaremos dar cumplida respuesta a esta retórica indagación de Quevedo, otro español que amó mucho a Roma y a lo romano. Montesquieu y otros románticos pusieron en circulación una teoría: Roma se engrandeció gracias al carácter austero, valeroso y emprendedor de sus primeros ciudadanos, pero sus descendientes, enriquecidos por las conquistas de feraces territorios y desentendidos del procomún durante la dictadura imperial, fueron degenerando y se tornaron viciosos, perezosos y cobardes, lo que acarreó, fatalmente, la decadencia y ruina del imperio.

Montesquieu evitó mencionar el fin del paganismo y la expansión del cristianismo como otra posible causa de la decadencia. Gibbon lo insinúa en su magna obra «Historia de la decadencia y ruina del imperio romano», ese espléndido retrato de la disolución de Roma cuando la ciudad se ve atacada por el cáncer de la barbarie y del fanatismo religioso. Voltaire formula la misma idea con brutal claridad: «El cristianismo abrió el cielo, pero arruinó el imperio». Luego han venido otros (Frobenius, Spengler) que consideran la decadencia de los imperios como un hecho biológico inexorable.

Los propios romanos tuvieron clara conciencia de su propia decadencia. Algunos cristianos, influidos por los textos de Daniel y el «Apocalipsis», incluso la saludaron alborozadamente confundiéndola con el profetizado fin de los tiempos que daría paso al reino de Dios sobre la tierra. En otros autores antiguos se descubre, sin embargo, una resignada melancolía: «El mundo —escribe Cipriano— ha entrado ya en su senectud, pues la decadencia de las cosas prueba que se aproxima a su ocaso».

Es posible que las causas económicas pesaran más que las otras: la agricultura decae y se empobrece, escasea la mano de obra, se deterioran las carreteras, faltas de reparos, la congénita inflación dispara los precios y devalúa constantemente la moneda, lo que causa la ruina de la clase media sobre la que se apoyaba el sistema tributario. Y las arcas públicas están más necesitadas que nunca de ese dinero que no les llega. Durante los siglos IV y V Roma vivió en casi constante estado de guerra contra los bárbaros que presionaban sus fronteras del Danubio y del Rin y con los partos de Oriente. Mantener un ejército que contuviese a estos pueblos suponía un

gran esfuerzo económico. En la época dorada del imperio la maquinaria estatal funcionaba gracias al botín de las nuevas conquistas. Pero, desde que Roma deja de conquistar nuevos territorios y sus fronteras se estabilizan, el erario público sólo puede contar con el dinero de los impuestos arrancados a la cada vez más oprimida clase media. Los ingresos disminuyen, los gastos aumentan. Para colmo de males, la administración imperial resulta demasiado compleja para los limitados medios de la época: se va haciendo evidente que Roma no puede administrarlo todo. A partir del siglo III, la autoridad central se disgrega en anarquía militar. En el espacio de medio siglo asistimos a una sucesión de treinta y nueve emperadores, muchos de los cuales son asesinados en golpes de Estado. Roma queda a merced de los militares, de los pretorianos establecidos en la capital o de los jefes de los ejércitos que guardan las fronteras. Muchos de ellos ni siquiera son romanos, sino bárbaros contratados por Roma. Primero se reparten el poder en tetrarquías (desde Diocleciano), después lo descentralizan dividiéndolo en capitales administrativas provinciales, lo que, andando el tiempo, permite que se vayan desgajando provincias enteras sobre las que reinarán, con casi completa autonomía, caudillos vándalos, visigodos, francos u ostrogodos, sólo nominalmente sometidos a Roma.

Desde 364 el imperio se divide en dos grandes bloques: Oriente y Occidente. Todavía sobrevive la idea imperial asociada a Roma, como un símbolo, hasta que, en 476, Odoacro desprecia el título de emperador y envía las insignias imperiales a Zenón, el soberano de Oriente. El título y la sombra del imperio se mantendrán en Constantinopla (la Nueva Roma) por espacio de otro milenio, hasta su conquista por los turcos.

Esto en cuanto al imperio, pero ¿qué fue de Roma como ciudad? Las ilustraciones de los textos de nuestro bachillerato, inspiradas en la aparatosa e imaginativa pintura histórica del siglo pasado, nos han familiarizado con la idea del repentino pillaje, incendio y destrucción de Roma por los bárbaros invasores. En realidad, el acabamiento material de la ciudad de los Césares fue fruto de un proceso mucho más lento y doloroso. Por una parte, el cristianismo triunfante despreciaba la arquitectura civil (termas, circos, teatros, foros, etc.) y centraba sus esfuerzos en la religiosa, es decir, en la construcción de iglesias; por otra parte, la general decadencia económica no permitía ya emprender grandes obras pero sí saquear los materiales de las antiguas que iban arruinándose por falta de reparos. La ciudad comienza a alimentarse, monstruosamente, de su propio cuerpo. Los grandes edificios públicos que elevó el paganismo quedan obsoletos y se deterioran rápidamente.

Después los van despojando de estatuas, bronces, mármoles, tejas, techumbres, vigas y todo tipo de recubrimientos en materiales aprovechables que se revenden en diversos mercados o se transportan a Constantinopla, la Nueva Roma.

La ciudad se va despoblando y sus cada vez más escasos habitantes abandonan las

gloriosas siete colinas y se concentran en el llano, particularmente en el Campo de Marte y al otro lado del río, en el Transtíber, donde, en época medieval, se levantará la ciudad del Vaticano. Muy pronto el sagrado Capitolio será «campo de soledad», «mustio collado» y quedará relegado a pasto para cabras (Monte Caprino), y el antaño bullicioso y concurrido Foro, verdadero corazón del imperio, se llenará de yerbajos y será pasto de vacas (Campo Vaccino).

Los saqueados monumentos y palacios de la ciudad se arruinan rápidamente.

Todo el venerable mármol que enorgullecía a Augusto, columnas, frisos, estatuas y solerías, va a alimentar los hornos de cal que surten a las sórdidas construcciones de la ciudad medieval. De toda esa disipada belleza apenas se salva una docena de edificios a los que la ignorancia de los nuevos amos indulta porque pueden reconvertirse en iglesias cristianas, en fortalezas o en pedestales para imágenes de santos. Nos referimos al Panteón, que se consagra a Nuestra Señora; a la biblioteca del templo de Augusto, que pasa a ser Santa María la Antigua; al Templum Sacrae Orbis, que es la iglesia de los Santos Cosme y Damián; a la Curia Iulia, hoy iglesia de San Adriano; al teatro de Pompeyo y termas de Constantino, que después de albergar tanta amable vida se ven brutalmente alistados y convertidos en hoscas fortalezas. La misma triste suerte corre el mausoleo de Adriano, actual castillo de Sant. Ángelo. Y la columna Trajana, que un día sostuvo el águila de Roma y hoy sirve de pedestal a una imagen de San Pedro.

Después de la oscura Edad Media, el Renacimiento, a pesar de su veneración por lo clásico, resultará aún más pernicioso para el legado de la antigua Roma. Un proverbio dice: «Lo que los bárbaros dejaron, los Berberini lo deshicieron».

Capítulo 25

Retorno a Roma

Han transcurrido dos mil años desde nuestra última visita. Hoy, con un punto de melancolía en el alma, nos atrevemos a regresar a Roma. Hubiésemos querido repetir el rito de aquellos peregrinos del Persiles cervantino que «en llegando a la vista de la ciudad, desde un alto montecillo la descubrieron, e hincados de rodillas, como a cosa sacra, la adoraron», pero el veloz y ultramoderno autobús que nos trae desde el aeropuerto no nos parece marco adecuado para estas expansiones del espíritu.

Muchas ciudades han crecido sobre aquella roma imperial que veníamos buscando: la Roma medieval, la renacentista, la Roma barroca de la contrarreforma, la Roma del «Risorgimento» y la trepidante Roma actual, panelada de cemento, acero y cristal ahumado. Cada una de ellas resulta interesante por sí misma, pero nosotros, en una especie de postrera fidelidad a las dispersas sombras de Marco Cornelio y de los otros antiguos amigos que aquí dejamos, nos hemos impuesto la rigurosa disciplina de limitar nuestras indagaciones a los pobres y descarnados vestigios de aquella Roma que visitamos en su añorada y grata compañía tantos siglos hace.

Como queríamos empezar por el principio, nos dirigimos a la sombra del Palatino para cumplir con el rito de saludar a la fascinante loba capitolina, hoy albergada en el Palazzo dei Conservatori, en Campidoglio. Después nos encaminamos al inmediato Foro Antiguo, que es hoy un montón de desordenadas ruinas surcadas de turísticas veredas. A distintos niveles se acumulan restos de edificios cuya construcción abarcó más de un milenio de gloriosa historia. Este torturado corazón de Roma comenzó a excavar a principios del siglo XIX, aunque el mayor impulso lo recibió en 1933, cuando Mussolini ordenó la demolición de todo un apretado barrio romano para trazar, sobre los soterrados vestigios de la grandeza imperial, una grandilocuente avenida (Via dei Fori Imperiali) que enmarcase dignamente los fastos del nuevo imperio.

Así salió de nuevo a la luz lo que quedaba de los foros de César, Augusto, Trajano y Nerva.

Arrastrados por un espeso caudal de imperturbables turistas japoneses, pisamos otra vez las losas de la Vía Sacra, donde tantas jornadas de gloria vivieron los generales que regresaban victoriosos de las fronteras. Penetramos en la Curia, austera

sede del Senado de la antigua Roma. El edificio es reconstrucción de los tiempos de Diocleciano. Hoy aloja una meritoria colección de bajorrelieves que ilustran episodios de la vida de Trajano. Delante de la curia está el Rostrum, ya despojado de sus reliquias navales, aquella tribuna a la que el pueblo acudía para deleitarse con la elocuencia de famosos oradores; y el arco de Septimio Severo (año 203), enmarcado por los exiguos restos del templo de Saturno (siglo IV) y los carcomidos cimientos de la basílica Iulia, del tiempo de Augusto, donde en otro tiempo asistimos a las deliberaciones de los tribunales.

Junto a estos herbosos muros, rubios bárbaros del norte se hacen fotos, e ignoran que están posando ante las tres columnas más bellas de Roma, las únicas que han quedado del templo de Cástor y Pólux. Aquí está, también, la rotonda del templo de Vesta. Ya se apagó el recuerdo de la llama sagrada.

Enfrente, al otro lado de la Vía Sacra, el templo de Antonino y Faustina se ha convertido en iglesia de San Lorenzo. Un poco más adelante alza sus volúmenes espectrales la basílica de Majencio, de tiempos de Constantino. Cerca de ella está el Arco de Tito (año 81), donde morosamente admiramos los relieves que representan a los legionarios romanos que arramblan con el saqueado tesoro del Templo de Jerusalén. Desde este punto iniciamos la ascensión al monte Palatino, dejando a nuestra derecha los espléndidos jardines Farnesio, cuyas raíces exploran las ruinas del palacio de Tiberio. Sobre el Palatino visitamos la Domus Flavia, que fue salón del trono y palacio oficial de los emperadores, y la paredaña Domus Augustana, correspondiente al palacio privado, y, un poco más allá, la humilde casa de Livia, donde habitó el gran Augusto.

Si nos asomamos a los miradores que dan a la Vía dei Cerchi, podremos, entrecerrando los ojos, transmutar el ruido del tránsito que por ella discurre en las aclamaciones de la plebe que abarrota el circo Máximo. Nada queda del magno edificio que albergaba a más de doscientos cincuenta mil espectadores: sólo un ajardinado solar que un perro solitario cruza a todo correr huyendo acaso de su propia sombra.

Poco más hay que ver aquí, porque el estadio se quedó en sus cimientos y solares, así que tomamos de nuevo el Clivus Palatinus y regresamos a los foros. A la altura del Arco de Tito nos desviamos hacia la derecha, camino del anfiteatro Flavio, hoy más conocido por Coliseo. El Coliseo es el monumento más impresionante de la ciudad, devastadas ruinas cuya contemplación aún nos sugiere la intemporal grandeza del legado romano. Los vociferantes graderíos han desaparecido, así como la sangrienta elipse de arena del redondel, pero tales menguas nos permiten apreciar, como si se tratara de una gigantesca maqueta desmontable, curiosos detalles de la construcción del edificio, así como el complicado sistema de galerías, celdas y conductos subterráneos que alojaban a los gladiadores y a las fieras.

No lejos se halla el Arco de Constantino, conmemoración de su victoria sobre Majencio en el año 315. Lo adornan relieves de mérito, algunos de los cuales fueron expoliados de monumentos más antiguos. Ya Roma comenzaba a devorarse a sí misma y en su declive se adornaba con los insuperables despojos de su añorada juventud.

Como estamos un poquito hartos de la bulla internacional que hoy se abate sobre estos lugares, abandonamos el turístico rebaño en busca de un espacio propicio para la soledad y la meditación. Dando un paseo atravesamos el soleado parque Celio para dirigirnos, por la puerta Capena, a las termas de Caracalla (año 212). Son sólo unas impresionantes ruinas que ocupan más de once hectáreas, entre prados y floridos parterres. Asistir en este marco incomparable a la representación de «Aida» puede ser una experiencia inolvidable. Sólo en verano. Recuperadas las fuerzas, nos anudamos de nuevo al trajín de los turistas que hormigean por los foros imperiales, aquel ensanche del Foro Antiguo que ocupó el resto del valle hasta las faldas del Quirinal y del Viminal.

Los foros de Nerva y Vespasiano han desaparecido y del de César quedan apenas unas pocas columnas del templo de Venus Genitrix que conmemoró la victoria de Farsalia.

En el foro de Augusto, casi enteramente ocupado por la medieval Casa de los Caballeros de Rodas, los restos del templo de Marte Vengador evocan todavía el sagrado recinto donde se adoraba, como una reliquia, la ilustre espada de César. ¿En qué aire pretérito se prenderán ahora sus bronceas puertas que permanecían abiertas cuando Roma estaba en guerra con sus enemigos, que es tanto como decir siempre?

El foro de Trajano, que por falta de espacio hubieron de excavar entre el Quirinal y el Capitolio, fue la más monumental de las ágoras romanas y, como puso más, perdió más: casi todo ha desaparecido pero aún nos impresionan las estructuras de los llamados mercados, el conjunto de escalonados edificios que ayudaba a resolver estéticamente el desnivel de las excavaciones. Lo que más llama nuestra atención es la columna Trajana, que ha llegado a nosotros, milagrosamente, casi intacta. Se trata de una monumental columna dórica de 42 metros de altura, cuyo fuste, de 2,50 metros de diámetro, representa una banda en espiral adornada con bajorrelieves. En ellos asistimos a la narración casi cinematográfica de los 124 episodios de la campaña de Trajano contra los dacios. Este magno monumento fue construido por Apolodoro entre 106 y 113. El macizo pedestal inferior albergaba las cenizas de Trajano y sobre el capitel del remate se elevaba a los cielos de Roma un águila de bronce. A la muerte del emperador sustituyeron el totémico animal por una estatua del mismo Trajano, pero ésta fue desbancada, en 1588, por la imagen de San Pedro que hoy vemos.

El resto de la Roma imperial se encuentra más dispersa por la ciudad moderna. Enderezamos nuestros pasos hacia el norte para visitar el Panteón. Éste es, sin duda,

el monumento imperial mejor conservado. Data de la época de Adriano. Cuando lo edificaron estaba consagrado democráticamente a todos los dioses, pero desde 609 su titularidad ha cambiado y se ha restringido notablemente. Tiene una impresionante rotonda artesonada y dotada de una apertura central más atrevida y vistosa incluso que la cúpula de San Pedro en el Vaticano.

No lejos del Panteón visitamos el altar monumental conocido como Ara Pacis, construido, en conmemoración de la paz y el imperio, en el año 9 a. de C. Sus prodigiosos relieves retratan la apretada procesión de Augusto, su familia y los colegios sacerdotales.

Desde aquí, cruzando el Tíber por el venerable puente Aelio, accedemos al panteón familiar de Adriano. Una formidable construcción circular que perdió su sentido funerario para convertirse en edificio de usos múltiples. En el siglo VI el papa Gregorio el Grande consagró una iglesia en su cima y a principios del XVI el papa Alejandro VI, de origen español como Adriano, transformó el conjunto en fortaleza del Santo Ángel. Hoy es una apretada síntesis de las Romas imperial y pontificia. Conviene que ascendamos a su privilegiada terraza para que nuestra vista se pierda sobre tejados y arboledas. No es vano buscar aquella Roma que conocimos en la trepidante Roma que hoy contemplamos.

Y ya que nos encontramos tan cerca del Vaticano —¿qué fue de aquellas arboledas y quintas de recreo que cubrían estos solitarios parajes en nuestra anterior visita?—, bueno será que visitemos sus museos, que, junto con los Capitolinos, se reparten lo mejor que Roma tiene de Roma. Lo que no está en los museos se encuentra disimulado en sorprendentes «collages» y palimpsestos. El teatro de Marcelo es casa de vecinos, el estadio de Domiciano es la plaza Navona, la exedra de las gigantescas termas de Diocleciano es la actual plaza de la República, el obelisco egipcio que adornaba el templo de Isis cumple ahora su función en la plaza de Minerva; su compañero, el implantado en la «spina» del circo de Calígula y Nerón, es el que hoy se yergue en el centro de la plaza de San Pedro, en el Vaticano. Si subimos al Quirinal, para ver la fuente de Montecavallo, antigua Acqua Felice, veremos un mosaico de bellezas de la más variada procedencia. En un principio, el lugar estaba adornado con dos Dioscuros que contemplaban el trajín de las termas de Constantino, pero en el siglo XVI el papa Sixto V los hizo girar para exorno de la fuente. Sus sucesores, los Píos VI y VII, la recargaron con otros despojos, entre ellos el obelisco egipcio que anteriormente había adornado el mausoleo de Augusto... Sí, en esta ciudad hasta las piedras son peregrinas.

Capítulo 26

El legado de Roma

La historiografía materialista ha criticado la obra de Roma. Nos presenta el mundo antiguo como una inmensa vaca cuya leche fluía generosamente sobre las insaciables fauces de la explotadora ciudad. Aquella república de frugales campesinos había degenerado en la opulenta ciudad de los vicios, donde una legión de nuevos ricos y otra de nuevos pobres vivían de las rentas y de la «annona», es decir, de los recursos de las oprimidas provincias del imperio. Y, en la base de todo, una economía que sustenta sus cimientos en la explotación de mano de obra esclava y en la expansión imperialista tras los metales preciosos, las materias primas y las nuevas tierras que el Estado necesita.

El caso es que estas acusaciones son básicamente ciertas, pero su certidumbre no invalida el hecho de que, en términos generales, el balance civilizador de Roma resulte muy favorable. Roma somos nosotros: los europeos y cuantas naciones del mundo han tenido sus orígenes históricos o culturales en Europa (es decir, la mayoría de ellas). Lo que los europeos somos hoy es, para bien o para mal, el resultado de la interacción de dos vigorosas corrientes que hace dos mil años se fundieron en el crisol de Roma: la cultura griega y el pensamiento religioso judío, origen, respectivamente, de la expansión universal de la civilización helénica y de la religión cristiana. Una peculiar aleación que quizá fuese prudente seguir denominando civilización cristiana occidental. Roma nos legó su forma de vida y sus instituciones, impuso a los pueblos sometidos hermandad dentro del marco institucional jurídico y administrativo del «cives romani» y nos legó el patrimonio precioso de su ley y de su lengua, los dos pilares básicos sobre los que aún se asientan las coordenadas históricas de los europeos en este difícil camino que nos conduce a la integración supranacional, es decir, a ser otra vez, básicamente, Roma. «Vale».

Apéndice

Los monumentos romanos de España

Los restos romanos en España datan en su mayoría de la época imperial y son lógicamente más abundantes en las zonas más intensamente romanizadas: todo el litoral mediterráneo y Extremadura.

En el siglo III había 34 calzadas: una tupida red en la que destacaban la Vía Augusta, que costeaba el levante hasta Cádiz, y la Vía de la Plata, que unía Cádiz con Galicia.

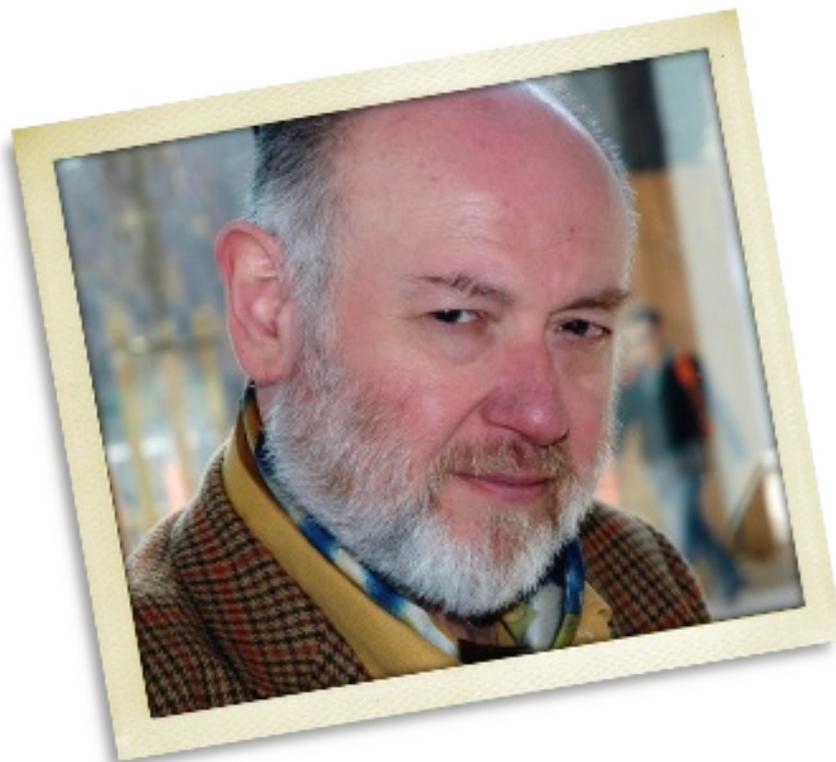
A lo largo de estas calzadas encontramos puentes famosos como los de Alconetar, Salamanca, Alcántara, Mérida y Córdoba.

Las ciudades de nueva fundación obedecían al trazado típico romano: perímetro rectangular y dos vías principales perpendiculares a partir de las que parten las secundarias, quedando la distribución en damero para las manzanas de casas. Este primitivo trazado se adivina en Mérida, Numancia, Lugo, Barcelona y León. En algunos recintos quedan restos de murallas romanas: Barcelona, Tarragona, Mérida, Lugo, Zaragoza y Astorga; o de acueductos: Segovia, las Ferreras (Tarragona) y Mérida.

Los arcos de triunfo nunca fueron tan espectaculares como los de Roma.

Aquí se encuentran en vías, puentes o lindes territoriales. Destacan los de Alcántara, Cabanes (Castellón), Bará, Medinaceli (Soria) y Cápera (Cáceres).

Los edificios ubicados en el interior de las ciudades han soportado peor el paso del tiempo, puesto que han sido reiteradamente expoliados como canteras de materiales de construcción. No obstante conservamos importantes vestigios de teatros (Mérida, Sagunto, Itálica, Málaga); anfiteatros (Tarragona, Itálica, Mérida, Carmona); templos (Vich, Córdoba, Baelo en Bolonia —Cádiz—, Mérida, Évora, Barcelona y el templete del puente de Alcántara); termas (Itálica, Alange de Badajoz); circos (Mérida, Toledo, Tarragona y Sagunto); necrópolis (Carmona, Mérida); monumentos funerarios (Torre de los Escipiones en Tarragona, mausoleo de los Atilios en Sádaba de Zaragoza, dístilo de Zalamea en Badajoz, mausoleo de Fabara en Zaragoza y el de Centcelles en Tarragona). Los restos de escultura, mosaico y utillaje se encuentran principalmente en los museos de Mérida, Tarragona, Madrid, Sevilla, Barcelona, Zaragoza, Jaén y Córdoba.



JUAN ESLAVA GALÁN, nació en Arjona (Jaén) en 1948; se licenció en Filología Inglesa por la Universidad de Granada y se doctoró en Letras con una tesis sobre historia medieval. Amplió estudios en el Reino Unido, donde residió en Bristol y Lichfield, y fue alumno y profesor asistente de la Universidad de Ashton (Birmingham). A su regreso a España ganó las oposiciones a Cátedra de Inglés de Educación Secundaria y fue profesor de bachillerato durante treinta años, una labor que simultaneó con la escritura de novelas y ensayos de tema histórico. Ha ganado los premios *Planeta* (1987), *Ateneo de Sevilla* (1991), *Fernando Lara* (1998) y *Premio de la Crítica Andaluza* (1998). Sus obras se han traducido a varios idiomas europeos...

Para saber más del autor:

<http://www.juaneslavagalan.com/biografia.php>